



**Palabras
Representaciones
y Resistencias
de Mujeres**

**en el contexto del conflicto armado
colombiano**

**Palabras
Representaciones
y Resistencias
de mujeres**
en el contexto del conflicto armado
colombiano

Historias de vida de mujeres de: Chocó
Cauca
Medellín
y Putumayo

Equipo investigador
Olga Amparo Sánchez G
Socorro Corrales
Sandra López
Alejandra Miller
Marcela Uribe S

Ruta Pacífica de las Mujeres Colombianas
Olga Amparo Sánchez G
Socorro Corrales
Sandra López
Alejandra Miller
Marcela Uribe S

Coordinación Editorial:
Corrección de Textos: Carmen Elisa Chaves Soto
Diagramación: mas - comunicación & media
Impresión:
Con el apoyo de:

Medellín, diciembre de 2005

ISBN

Contenido

Introducción

1. Planteamientos acerca de la investigación

- 1.1 Algunas decisiones teóricas
- 1.2 Propósitos para el acercamiento a la realidad de las mujeres
- 1.3 Un acercamiento a la compleja realidad de las mujeres
- 1.4 Premisas orientadoras para el análisis
- 1.5 Contexto de la investigación

2 Los hallazgos

- 2.1 Palabras, representaciones y resistencias de las mujeres del Chocó
- 2.2 Palabras, representaciones y resistencias de las mujeres de Medellín
- 2.3 Palabras, representaciones y resistencias de las mujeres del Putumayo
- 2.4 Palabras, representaciones y resistencias de las mujeres del Cauca
- 2.5 A manera de síntesis de los hallazgos

Bibliografía

Anexos

Introducción

El que no sabe lo que le pasa, hace memoria para salvar la interrupción de su cuento, pues no es enteramente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia.
María Zambrano

La Ruta Pacífica de las Mujeres, en su compromiso de entender, comprender y contribuir a transformar la compleja y diversa situación de los efectos del conflicto armado en la vida de las mujeres; se ha dado a la lenta y ardua tarea de tejer y entreteter acción política con movilización, formación con autonomía e investigación con nuevas formas de acercamiento a las múltiples realidades que viven las mujeres. Una de las acciones para acercarse a esas complejas realidades, en zonas del conflicto armado, fue gestionar recursos y conformar un equipo de investigadoras feministas dedicadas a la vital acción de la investigación feminista. Conformado el equipo, se dio a la tarea de diseñar la investigación, oír, documentar y analizar la vivencia de mujeres en zonas de cultivos de uso ilícito: afro descendientes, indígenas, campesinas y urbanas que han vivido en sus cuerpos los efectos del conflicto armado.

¿Pero cómo acercarse a realidades tan complejas y tan cercanas, como los efectos del conflicto armado en la vida de las mujeres? Largas discusiones, indagaciones y preguntas estuvieron presentes: ¿Cómo transitar por los efectos del conflicto armado en la vida de las mujeres, sin que este tránsito implicara la reproducción de viejos y nuevos esquemas de investigación, en los cuales las voces de las subyugadas no han tenido un espacio propio? ¿Cómo indagar sin quedar atrapadas en pretendidas objetividades y racionalidades? ¿Cómo adentrarse en el drama humano que se teje en cada palabra, en cada rebeldía, en cada risa y en cada llanto de las mujeres afectadas por el conflicto armado?

Una primera opción, fue asumir los desarrollos que el feminismo ha aportado a la crítica social. Desde el feminismo, la crítica flota libre de cualquier base teórica universalista. Y al no encontrarse anclada en explicaciones universalistas y homogéneas, la crítica social cambia de forma y de carácter, se vuelve pragmática, contextual y local. Con este cambio aparece también un cambio correspondiente en el rol social y político de la-el intelectual, la-el investigador-a. ¿Pero qué implica el rechazo a una base teórica universalista?, reconocer que la crítica social necesita de las narraciones históricas y de los análisis macro estructurales sociales y por ello, no tiene porque abandonar herramientas teóricas importantes y necesarias para tratar problemas políticos generales, como por ejemplo, el sexismo el cual tiene una larga historia y se encuentra anclado en todas las sociedades contemporáneas.

Por lo demás, la teoría feminista no pretende ser universalista. Y cuando su propósito de investigación recorre fronteras culturales y temporales, su forma de estudio es comparativo en vez de universalizador, y está atento a las transformaciones y contrastes, en lugar de formular leyes y explicaciones abarcadoras. Por ello, se abdicó a un sujeto único de historia, reemplazando las nociones unitarias de mujer e identidad genérica femenina por conceptos de identidades sociales plurales y de construcción compleja, y en los cuales juegan otros conceptos como clase, etnia y orientación sexual. Teniendo

en cuenta estos presupuestos, para la investigación, se definieron diferentes categorías dejando de lado un solo método feminista o una sola interpretación, optando por un acercamiento a la realidad y la teoría que se pareciera más a un tapiz de múltiples colores que a uno unicolor. Se pretendió mirar a través de un calidoscopio la compleja y múltiple realidad de las mujeres.

La ganancia de asumir esta forma de crítica social, de opción teórica y metodológica, es su utilidad política para la práctica feminista de la Ruta Pacífica. Dado que esta práctica es cada vez más un asunto de alianzas y menos una unidad acerca de un interés o de una identidad solo grupal. Además, la Ruta reconoce que la diversidad de las necesidades y experiencias de las mujeres, implica que no hay una sola solución posible para hacer frente al impacto del conflicto armado en la vida de ellas. La premisa soporte de la práctica de la Ruta, es que, a pesar de que mujeres en zonas de cultivo de uso ilícito, afro descendientes, indígenas, urbanas y campesinas comparten algunos intereses y se enfrentan a contradictores-as comunes, tales puntos en común no son universales en modo alguno; por el contrario se encuentran entrelazados con diferencias de clase, etnia, orientación sexual, e incluso con conflictos. Como la plantea Linda J. Nicholson: “La investigación sería la contraparte teórica de una solidaridad feminista de muchos niveles, más amplia, compleja y rica. El tipo de solidaridad que

es esencial para triunfar sobre la opresión de las mujeres en su variedad infinita y monótona similaridad¹”.

Adicionalmente, y no por ello menos importante, existían otros interrogantes: ¿cómo enfrentar las narraciones e interpretaciones patriarcales que sobre la vida de las mujeres circulan en la sociedad colombiana? La primera dificultad emerge al preguntarse por la relación mujeres – conflicto armado; obstáculo que pareciera deberse al hecho de que por mucho tiempo se ha considerado que los conflictos sociales, entre ellos la guerra, generan implicaciones directas en la vida de los varones, y en consecuencia, las mujeres sólo son afectadas de manera indirecta. Tal consideración, es la que explicaría los vacíos en las referencias bibliográficas y en las investigaciones sobre las mujeres en tiempos de guerra, pues es significativo que los informes, de modo frecuente, se refieren a su rol como madre, hija o esposa que tiene que enterrar a sus hijos-as, padres o esposos; dejando de lado, e incluso no considerando, los efectos no cuantificables en la vida de las mujeres, situaciones que están estrechamente vinculadas a temor, soledad, sufrimiento, abandono, sacrificio, silencio, resistencia, fuerza, vitalidad y sometimiento.

La mayoría de las fuentes y las investigaciones consultadas no registran esta condición de subordinación y de servicio, no se detienen en la consideración de la postergación del proyecto de individuación de

las mujeres; situación que dificulta la documentación de los efectos del conflicto en la vida de ellas, y en consecuencia, obliga a recurrir a otras fuentes y procedimientos con el propósito de darle la palabra a las mujeres, precisamente a aquellas que llevan en su cuerpo, memoria y silencio el registro de las catástrofes cotidianas que han signado sus vidas.

Los resultados de este trabajo, no pretenden hablar en nombre de las mujeres afectadas por el conflicto armado; las reflexiones planteadas son producto de la vivencia, la observación, el acercamiento y análisis del saber que otorgaron las veinte mujeres que amorosamente nos permitieron entrar en sus historias de vida; ellas son las portadoras de ese conocimiento y experiencia. Lo que acá se plantea, es el ejercicio necesario para que sus sufrimientos y sus resistencias se conviertan en motores de acción transformadora. La evocación de sus historias y de sus sentimientos en sus propias voces, quizás es un punto de partida y/o de llegada del drama humano que la sociedad colombiana debe conocer y enfrentar, para lograr transitar realmente en la construcción de la paz, con verdad, justicia y reparación, y sin vencedores ni vencidos.

El informe final de la investigación está integrado por dos cuerpos. En el primero se incluyen las decisiones teóricas para el encuentro con la realidad de las mujeres; los propósitos planteados para la investigación y sus puntos y las premisas claves para

el análisis de las narraciones de las mujeres. El segundo cuerpo, se refiere a los hallazgos y análisis de la investigación. Por último, no por ello menos importante, se presentan a manera de anexo las matrices que permitieron organizar y sistematizar la información obtenida y una bibliografía general sobre el conflicto armado colombiano, el conflicto armado y las mujeres tanto en el ámbito nacional como internacional y un listado de páginas web relacionadas con el tema.



1 Planteamientos acerca de la investigación

1.1. Algunas decisiones teóricas para el encuentro con la realidad de las mujeres en: zonas de cultivos de uso ilícito, afro descendientes, indígenas, campesinas y urbanas que viven el conflicto armado colombiano

Necesitamos el poder de las teorías críticas modernas sobre cómo son creados los significados y los cuerpos, no para negar los significados y los cuerpos, sino para vivir en significados y cuerpos que tengan una oportunidad en el futuro².

¿Cómo acercarse teóricamente a la explicación e interpretación de las realidades sobre las mujeres supervivientes del conflicto armado? En la búsqueda de respuestas a esa pregunta se indagó y se realizaron aproximaciones, pero con la incertidumbre, que aún hoy persiste, que la elección diera cuenta de la vida de las mujeres sobrevivientes de la guerra y que sus voces fueran realmente escuchadas. Una opción, fue asumir la teoría de los conocimientos situados complejos y perspectivas parciales, la cual nace en el debate teórico feminista, como una manera de ponerse de acuerdo sobre lo que significa para las mujeres la objetividad, de contextualizar y obtener respuestas a preguntas formuladas a situaciones sociales concretas, y en respuesta a las teorías transhistóricas y transculturales.

Partiendo de una crítica a las discusiones sobre la objetividad que se han dado desde el feminismo, Donna Haraway, apuesta por la necesidad de pensar en un mundo real, y por construir la posibilidad de hablar sobre la realidad desde una objetividad feminista. Afirma la autora: “Desenmascaramos las doctrinas de la objetividad porque amenazaban nuestro embrionario sentido de la subjetividad y de la función colectiva histórica y nuestras definiciones de verdad, y terminamos con una excusa más para no aprender ninguna de las físicas posteriores a Newton y una razón más para dejar caer las viejas prácticas feministas de reparar nuestros propios coches. Son sólo textos, de todas formas, así que dejemos a los muchachos que los recojan”³.

Con esto, entre otras cosas, Haraway hace una fuerte crítica a la “autoexclusión” de las mujeres de la producción de conocimientos, en últimas de la producción de ciencia, como resultado de la práctica de un relativismo destructor de cualquier opción de objetividad. La apuesta entonces, es por la construcción de una versión feminista de la objetividad, que, antes que a una apuesta epistemológica, se refiere a una apuesta ética y política. “Así, creo que mi problema y nuestro problema es cómo lograr simultáneamente una versión de la contingencia histórica radical para todas las afirmaciones del conocimiento y los sujetos como creadores, una práctica crítica capaz de reconocer nuestras propias tecnologías semióticas para lograr significados

y un compromiso con sentido que consiga versiones fidedignas de un mundo real, que pueda ser parcialmente compartido y que sea favorable a los proyectos globales de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada”⁴.

Por la pertinencia del debate y porque la teoría de conocimientos situados complejos y perspectivas parciales, alimentaron la reflexión y orientaron la lectura de las historias de las mujeres; consideramos importante plantear los puntos neurálgicos de la propuesta de Haraway en relación con el problema de las ideologías de la objetividad. Son necesarios estos enunciados, dado que las historias de vida entrecruzan razón y emoción, miedo e incertidumbre, fuerza y resistencia. A los puntos nodales de su apuesta teórica, la autora los nombra como la persistencia de la vista, y los objetos como actores y/o el aparato de la producción corporal.

- **La persistencia de la vista**

La persistencia de la vista se refiere a la necesidad de recuperar la visión encarnada, para la construcción y producción de conocimiento científico. Una visión encarnada se refiere a la pertenencia a un cuerpo, al ver desde un lugar, desde una posición. Es decir, desde los cuerpos, los lugares y las posiciones de mujeres en zonas de cultivos de uso ilícito, afro descendientes, indígenas, campesinas y

urbanas, nos dimos a la tarea de tratar de dar voz propia a quienes directamente sufren, padecen y enfrentan los impactos del conflicto armado.

La visión encarnada se asume como responsable de sí misma, como particular y específica. Es desde la visión encarnada que Haraway concluye como la objetividad feminista significa, simplemente, conocimientos situados⁵, en contraposición a la tradicional objetividad científica en la cual, en palabras de la autora, “...el sistema sensorial ha sido utilizado para significar un salto fuera del cuerpo marcado hacia una mirada conquistadora desde ninguna parte”⁶. Partiendo de estos enunciados, el cuerpo, la palabra y el sentimiento de las mujeres, fueron tránsito obligado para conocer cómo vivían, pensaban y sentían el conflicto armado en sus vidas; y adicionalmente, asumir que nuestra objetividad como investigadoras, se encontraba restringida a la situación específica que deseábamos abordar.

La visión objetiva que propone Haraway, y que el equipo de investigación comparte, proviene entonces de la perspectiva parcial que es específica, particular, no inocente y responsable de lo que nombra y ordena, de sus monstruos prometedores y sus monstruos destructivos, en últimas, se refiere a la localización limitada del conocimiento situado⁷. De esta manera, entendemos la objetividad científica no como algo trascendente, sino como un sistema perceptivo

que construye una traducción y una manera específica de ver⁸.

En este sentido, la alternativa a la objetividad totalizadora y al relativismo, sería los conocimientos situados parciales, localizables y críticos; conocimientos con responsabilidad política y que admiten la posibilidad, en palabras de Haraway, “(...) de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología”⁹. En últimas, la autora apunta a la construcción de un conocimiento objetivo desde nuestros cuerpos, desde nuestra naturaleza encarnada y desde nuestros lugares y formas de habitar el mundo; en contraposición a las versiones relativizadoras y totalizadoras en donde se da una igualdad del posicionamiento: no se está en ningún sitio pero se pretende estar en todas partes¹⁰.

La crítica de Donna Haraway, se dirige también a problematizar el sujeto femenino del feminismo; planteando que no existe una sola identidad compartida por las mujeres; en este sentido, las diferencias entre las mujeres se comprenderán mejor si son tenidas en cuenta como diferencias dentro de las mujeres. Y al comprenderlas en su poder constitutivo, serán ellas las que definen el sujeto femenino del feminismo en su contradicción inherente; y no tanto una identidad fija representada en el concepto mujer, o en el feminismo como una imagen coherente y asequible. Es decir, no existe la mujer víctima del conflicto armado, exis-

ten sí las mujeres, las múltiples identidades y diferencias dentro de las mujeres sobrevivientes y víctimas del conflicto; por ello, el feminismo, se encarna para muchas de ellas de formas diversas y a veces antagónicas. Porque su yo y sus identidades, no reclaman una sola y única vindicación.

- **Objetos como actores y/o el aparato de la producción corporal**

A través de esta crítica y propuesta en torno al problema de la ciencia, la autora insiste finalmente en un concepto de ciencia que sea capaz de asumir desde sus lugares, las luchas ideológicas. En este punto Haraway se refiere a la necesidad de dejar de ver a los objetos de conocimiento como algo pasivo e inherente. Lo cual responde a una visión de un mundo igualmente determinado y fijo en donde todo puede ser un recurso apto para ser apropiado a través de la ciencia. En últimas, esta visión lleva a una objetificación del mundo como cosa y no como agente. Las mujeres que narraron su historia, así se constata en todos los momentos, son sujetas de transformaciones y de reproducción del patriarcalismo, pero también sujetos que se mueven y buscan espacios propios para determinar sus vidas y destinos, aún en la adversidad y el dolor.

“Los conocimientos situados requieren que el objeto de conocimiento sea representado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca como esclavo del amo que

encierra la dialéctica en su autoría del conocimiento “objetivo” y más adelante dice: “Las versiones de un mundo “real” no dependen, por lo tanto, de una lógica de “descubrimiento”, sino de una relación social de “conversación” cargada de poder. El mundo no habla ni desaparece a favor de un amo descodificador. Los códigos del mundo no están quietos, a la espera de ser leídos. El mundo no es materia prima para la humanización”¹¹. Se trata entonces de reconocer la intervención del mundo y de los sujetos en el conocimiento, permitiendo “las sorpresas y las ironías en el meollo de toda producción del conocimiento”¹². El cuerpo así se convierte en un agente y no en un recurso.

La autora, termina así refiriéndose a una categoría importante para una teoría feminista de los conocimientos situados: el aparato de la producción corporal. Para desarrollar esta categoría, la autora se pregunta por la generación –producción y reproducción actuales- de cuerpos y de otros objetos en posproyectos científicos del conocimiento. Lo que en síntesis quiere decir que“(…) los cuerpos como objetos de conocimiento son nudos generativos materiales y semióticos. Sus fronteras se materializan en interacción social. Las fronteras son establecidas según prácticas roturadoras. Los objetos no existen antes de ser creados, son proyectos de frontera. Quizá el mundo se resiste a ser reducido a mero recurso, porque no es ni madre, ni materia, ni murmullo, sino coyote, una

imagen para el siempre problemático y siempre poderoso enlace entre significados y cuerpos”¹³. Los conocimientos situados complejos y las perspectivas parciales, en tanto concepto, implican tres niveles diferentes:

- Individual: parte del supuesto del carácter construido de los discursos sociales, del reconocimiento a las especificidades históricas, sociales e institucionales dentro de las que se construyen y de los conflictos y relaciones de poder que implican su elaboración; es necesario identificar cuáles son las condiciones que condicionan los nuestros. En este sentido resulta vital e imprescindible el localizarse, situarse en la especificidad de la “propia” realidad social, étnica, de clase, económica y sexual. Identificar las condiciones materiales que determinan la posición de quien habla, la perspectiva política de la que se parte.
- Colectivo: se refiere a la necesidad de localizar la posición de las mujeres de las que se está hablando, qué posición de poder o no poder ocupan con respecto a quien habla de ellas. Cuáles son las relaciones de poder entre las mujeres. De esta manera se evita, por un lado, el riesgo a calificar al otro colectivo como un “otro” homogéneo, otorgándole un papel pasivo de objeto de estu-

dio, y por el otro, el riesgo de apropiarse de la visión de quienes tienen menos poder.

- Análisis: en este nivel los conocimientos situados complejos y las perspectivas parciales, implican una necesaria contingencia, una renuncia a dar respuestas válidas a través del tiempo y de las culturas. Los conocimientos situados complejos y las perspectivas parciales se refieren a dos problemas centrales. Un primer problema, se encuentra referido a la complejidad en sí de los análisis. Complejidad porque ante una ontología patriarcal dualista y jerárquica se debe oponer una ontología feminista que vea el mundo como un conjunto orgánico en el que todo está conectado con todo. Y necesidad de deconstruir los conceptos binarios, es decir, aquellos que se han formado en oposición o en negación a sus contrarios. Deconstruirlos significa vertirlos y analizar su creación histórica. “(…) Observar la independencia de conceptos aparentemente dicotómicos, su significado en relación con un cierto momento histórico y los motivos que han llevado a su misma construcción”.

El segundo problema, tiene que ver con la sensibilidad a las diferencias, lo cual “...implica la necesidad de hacer de ellas

una parte constructiva de la investigación empírica así como de la acción política. El riesgo es la caída en el relativismo cultural. De ahí que haya una necesidad de cambiar la atención del análisis de la diferencia en sí a las relaciones sociales que convierten esta diferencia en opresión. En este sentido, es vital realizar análisis que se detengan en las realidades contradictorias a las que se enfrentan las mujeres sin pretender coherencia u homogeneidad colectiva o individual. Análisis que aborden contextos locales y que estudien las relaciones políticas (de poder) que se dan en ellos; es a partir de ahí desde donde se debe construir la categoría “mujeres”, antes que crear una categoría previa y sin referencia a las relaciones sociales en las que se enmarca¹⁴.

1.2. Propósitos para el acercamiento a la realidad de las mujeres afro descendientes, campesinas, indígenas y urbanas en el conflicto armado colombiano

Teniendo como referente la opción teórica, conocimientos situados complejos y/o perspectivas parciales y la metodológica elegida, el propósito inicial de la investigación que fue indagar por el impacto del conflicto armado en la vida de mujeres en zonas de cultivos de uso ilícito, afro descendientes, indígenas, campesinas y urbanas, se fue decantan-

do y transformando. Partimos entonces de aceptar que ni el sujeto-objeto, las investigadoras, que conoce ni el objeto-sujeto, las mujeres, que se miran pueden pensarse como unidades fijas. El yo que conoce, siguiendo a Haraway, es siempre parcial, no terminado ni total. Más bien está siempre construido e inacabado, entonces, es capaz de ver junto al otro sin pretender ser el otro.

En este sentido, los interrogantes cambiaron de ritmo y de lugar. Las preguntas orientadoras fueron: ¿quiénes son las mujeres a las cuales deseamos acercarnos? ¿dónde viven? ¿cómo piensan? ¿cómo sienten? ¿cómo se ven en el contexto del conflicto armado y cómo las ven? ¿cómo resisten el conflicto armado? ¿cómo viven sus relaciones? ¿qué se ha modificado en sus vidas por causa del conflicto armado? Fue preguntarnos y acercarnos a mujeres diversas, a sus realidades, visiones, sentimientos y experiencias. Y esta reflexión se inicia con la palabra enfrentar que designa la acción del equipo investigador de poner frente a frente, de frente y enfrente.

El primer acontecer (de frente) nombra la perplejidad ante el espejo representado por las otras; espejo que hace posible descubrir las relaciones ocultas; es decir, el símbolo de sí misma que sale al encuentro de las investigadoras y que les hace preguntarse por su formación académica, en otras palabras, que las lleva a intentar identificar algunos de los implícitos que se subordinan, yuxta-

ponen y superponen en un modo de hacer investigación social, que se ha caracterizado, tradicionalmente, por invisibilizar la voz y el cuerpo de las mujeres. El segundo (enfrente) alude a admitir la propia confusión en el ejercicio de pensar, el cómo de ésta investigación, situación que lleva al equipo investigador a estrujar sus propios horizontes y en consecuencia, a preguntarse por otros modos de hacer mundos.

Es precisamente este estar enfrente con las preguntas, enmarañamientos y alternativas, que hasta ahora se vislumbran, el que hace posible que se pretenda, sino comprender plenamente, al menos si documentar, teniendo como brújula una mirada feminista, la realidad de las mujeres colombianas en medio del conflicto. Nos acercamos a la realidad de las mujeres en zonas de cultivos de uso ilícito, afro descendientes, indígenas, campesinas y urbanas en el contexto del conflicto armado colombiano; desde el reconocimiento de la contingencia del conocimiento del equipo investigador; desde la necesidad de construir con las mujeres que narraron su historia, visiones parciales de esa cruenta y dura realidad que a diario padecen y sobrellevan. No fueron las voces del equipo investigador las que siempre hablaron en el proceso de la investigación y en el análisis de los resultados, fue la conjugación de múltiples voces, la confluencia de diversas experiencias y saberes.

Asimismo, al preguntarnos acerca de lo que vincula a las investigadoras y a la Ruta,

con las mujeres que viven y sobreviven a los efectos del conflicto armado, surgió el concepto de afectación; el cual se “refiere al estatus de víctima y de objeto que caracteriza a los seres oprimidos, humillados y explotados que están sometidos a la violencia y la represión. Esto quiere decir, que esos seres han sido simultáneamente y directamente afectados por la agresión, la injusticia y la discriminación¹⁵. Son víctimas. Habitualmente, cuando se habla de las-os afectadas-os se hace referencia sólo a esa acepción del término. Generalmente son consideradas-os como afectadas-os las-os otras-os y no nosotras-os mismas-os. En esta concepción de afectadas-os se fundamenta las posiciones asistencialistas y paternalistas con las que las-os no afectadas-os tratan o miran a las-os afectadas-os. Pero en contraste con esta visión, la investigación asume que las mujeres hemos sido afectadas directamente por las prácticas de la cultura patriarcal y en este sentido la guerra como expresión del patriarcalismo, nos afecta ya sea directa o indirectamente.

El propósito de esta odisea investigativa, fue problematizar el conocimiento acerca de la vida de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano y, aproximarnos desde sus realidades parciales y perspectivas, para que hablaran desde sus cuerpos, sus sentimientos y sus pensamientos, y así lograr tener una mejor versión de sus vidas, en el contexto del conflicto armado colombiano. Con la finalidad de que lograda esta mejor versión, ella se constituya en

un elemento generador de transformaciones individuales y colectivas y permita a la Ruta Pacífica, ser un puente en la acción política y social de las mujeres.

1.3. Un acercamiento a la compleja realidad de las mujeres

1.3.1. Las historias de vida, un medio para reconocer la voz y experiencia de las mujeres

En las ciencias sociales ha sido fundamental el debilitamiento de las hegemónicas teóricas, la crisis de paradigmas, las fuertes críticas al empirismo cuantitativo y al fetichismo del dato que habían borrado al sujeto de las explicaciones, la irrupción de nuevas orientaciones teóricas y objetos de estudio. Las críticas y rechazo del feminismo y los estudios de la mujer, a los monopolios que se atribuyeron la cientificidad y la verdad del conocimiento¹⁶.

De esta manera el interés por los grupos sociales excluidos de los grandes relatos y explicaciones, entre otros, permitió la construcción de nuevos objetos, sujetos, métodos y teorías de investigación. Las mujeres, las/os indígenas, las clases populares, los obreros y una multiplicidad de autores reclamaban voz propia. Los géneros testimoniales y las tradiciones orales, se convirtieron así en estratégicos para acercarse a

la realidad de sujetos sin memoria escrita hasta ese momento.

En el caso específico de los estudios de la mujer, las condiciones sociales e históricas de subordinación la habían mantenido invisible, marginada de los espacios donde se elaboraban la Historia y las grandes explicaciones de la realidad social. A esto se refiere Michelle Perrot cuando dice: “primero utilizamos los métodos e instrumentos de la historia clásica. Simplemente, a causa de la especificidad de objeto ‘mujer’ tuvimos que desarrollar ciertas prácticas en el campo de las fuentes. Recurrimos más a los archivos privados, los diarios íntimos, las autobiografías, ya que durante mucho tiempo, no se tenía en cuenta a las mujeres en el ámbito público. También apelamos a la historia oral para conocer la vida de mujeres corrientes que no dejaron mucho rastro”¹⁷.

Pero más allá de esto, la crítica feminista a los científicos sociales develaba las relaciones de poder y las dinámicas del patriarcado, expresadas en un discurso científico que en últimas objetivaba a la mujer como un dato y, manteniendo los supuestos sexistas de las categorías estadísticas, negaba la subjetividad del conocimiento y sobre todo la comprensión y significado de la experiencia femenina¹⁸.

Factores centrales y determinantes en el uso de historias de vida en esta investigación, son las condiciones de exclusión, dis-

criminación, analfabetismo, precariedad, pobreza y violencia que atraviesan a las mujeres que participarán en éste estudio. Asimismo, se debió enfrentar dificultades como el miedo de las mujeres y de las investigadoras, por el riesgo que implicaba colocar en palabras situaciones que podían generar situaciones de inseguridad personal y familiar. Por ello, sus narraciones se convierten así en un material invaluable para visibilizar su situación, para hacerlas partícipes del proceso de construcción de conocimiento, para hacer inteligible una realidad social que sitúa a las mujeres en un lugar específico dentro del conflicto armado, para dar a conocer el drama humano que enfrentan, pero también sus resistencias y sus esperanzas.

En concordancia, las historias de vida son tradiciones orales que rompen linealidades previstas y esperadas por los dominadores. Este planteamiento acotado de Walter Benjamín cuando reconoce que “la historia es el dominio de la clase dominante, mientras que los subordinados se relegan al campo de la tradición”. La historia de vida nos permite entonces inferir que las mujeres afectadas por los conflictos armados “narran” sus dramas, aspiraciones por fuera del lugar esperado, para situarse en sus territorios emocionales de padecimientos y de esperanzas, relatos en las que ellas son actrices y autoras al anudar el yo individual con el colectivo, pero reconociendo y sintiendo la distancia entre sus muchos yoes en su propio cuerpo y corazón.

En consecuencia, una historia de vida es en su más arcana acepción, emergencia del yo cultural e históricamente escindido, censurado, silenciado, invisibilizado en lo individual y en lo colectivo. Yo que brota por acción mancomunada y osada entre quien habla y escucha para unir palabras, silencios y desafíos de quienes exhaustas buscan cobijo para que no se enfríe el corazón ni se “endiose” la razón.

Adicionalmente, se enfrentaron varios retos al colocar en formato de investigación sus narraciones. Un primer reto, lograr fidelidad a sus voces, palabras, sentimientos y pensamientos, tratando de entender esas múltiples realidades y esas experiencias reales de sufrimiento, violencia y resistencias. Un segundo, referido a cómo situarnos ética y políticamente como mediadoras de su conocimiento y experiencia, para que otras personas lo conozcan y aprendan de ellas. Un tercer reto, dar un tratamiento ético a sus sufrimientos y sus experiencias en el conflicto armado.

Para muchas mujeres, el conflicto armado colombiano se ha convertido en una realidad cotidiana, expresión de tiempo y espacio vivido día a día. No es un evento o suceso, es más bien, la condición misma de sus vidas. Desde esta dimensión es vital el relato de vida porque, en palabras de Cavallaro “historizar la experiencia individual (y colectiva), como cadencia temporal de prácticas sociales ligadas a la secuencia de la cotidianidad; hace aflorar el tiempo co-

tidiano de los actores sociales”¹⁹. Las narraciones de las mujeres, permitieron historiar sus experiencias individuales y colectivas y mirar las múltiples interconexiones con sus entornos familiares y sociales.

“...Antes pensaba que la Grande era un pueblito bueno y que uno desarrollaba sus actividades cotidianas fácilmente, ahora que con la paz pudiera volver a hacer lo que era antes pensaba que Quibdó era una ciudad muy grande y que yo no podría vivir aquí ahora que vivo aquí pienso que estoy viviendo aquí y que es la realidad que no esperaba ni quería...” Mujer del Choco.

“...Cuando yo fui niña era bien tranquilo, o sea, era una tranquilidad irremediable que no se la puede remediar con nada, era una tranquilidad que uno podía estar hasta las cuatro, cinco, seis de la mañana todo una noche y a uno le pasaba nada, era tranquilo porque la gente no se moría así matada o asesinada, sino que en ese tiempo la gente moría por enfermedades del cuerpo o muy de vez en cuando tenía que ser que alguien mataba a otro pero así a puño o con cuchillo, es decir, no es como ahorita que hay mucha violencia...” Mujer de Putumayo.

En este sentido, el aporte de las historias de vida no se relacionó tanto con la información que proporcionaron para reconstruir los hechos tal como fueron vividos y percibidos por las mujeres; sino por el contrario respondió principalmente a la pregunta sobre cómo las mujeres perciben e interpretan el conflicto armado y sus efectos sobre sus vidas. Desde esta postura se entiende entonces, para el caso de esta investigación, que los testimonios de las mujeres están a la vez socialmente

construidos y en este sentido representan realidades sociales, sus dinámicas, relaciones, representaciones y roles. Las “víctimas estructurales” expresaron lo más personal, develando al mismo tiempo la verdad más profunda de su lugar social y político²⁰. Las historias de vida fueron portadoras de información, y como tales hablaron de experiencias que sobrepasaron a las mujeres que las relataron. Fueron evocación: transmitieron la dimensión subjetiva interpretativa de las mujeres. Y posibilitaron la reflexión: contienen un análisis sobre la experiencia vivida. Las mujeres que aportan sus historias de vida articularon información, evocación y reflexión.

“...Yo pienso que fui educada en una familia en un pueblo Páez, en un pueblo nasa de verdad, de corazón, de nacimiento y de raíz. Yo hablo muy bien nasayuwe, yo empecé a estudiar en una parte donde no hablaban nasayuwe, desde pequeña lo aprendí pero ya grande cuando terminé la primaria mi abuela me enseñó, al año aprendí nasayuwe, en este momento lo hablo pero en todavía no se da la escritura...” Mujer indígena del Cauca.

Las historias de vida, permitieron hacer eco de la valoración de la subjetividad, lo que equivale a una consideración positiva de las configuraciones que de sí mismas hicieron las mujeres que narraron sus experiencias. Historias que se nutren de la desesperanza y también del valor que se requiere para seguir viviendo; historias que se forman a través de preguntas y críticas, muchas veces formuladas en silencio; historias inacabadas, fragmentadas y verdaderas por ser

la palabra de aquella que ha deseado decir de su contexto a través de su historia. De manera que lo aquí presentado, sólo es un segmento de la tragedia sociocultural que se gesta en y a través del conflicto armado en Colombia.

“...Hasta la destrucción lo que yo tenía era suficiente. No sabía que podía ser libre...”
Mujer del Choco.

¿Usted por qué quiere contar su historia? “...A veces no quiero y otras si, la cuento para que otra persona me de ánimo y valor para seguir viviendo y luchando para mis hijos, porque quedé con siete hijos, la última con siete años después de la muerte de mi compañero. Los actores armados lo mataron, yo lo vi, estaba parada en la ventana de la casa y aunque estaba de noche, yo lo vi pues estaba como a unos 20 o 30 metros cuando lo asesinaron...” Mujer de Medellín.

Mujeres en zonas de cultivos de uso ilícito, urbanas, afro colombianas, campesinas, mestizas e indígenas, que a través de sus historias de vida, dicen de la situación de ellas en medio del conflicto, a la vez, que reconfiguran sus subjetividades y se fortalecen como actrices protagonistas de su vida; pues un modo para saberse a sí misma es a través de la narrativa de la propia vida. Historia abierta a todos y todas, quizá con la intención de contribuir a llenar el vacío dejado por la historia de corte patriarcal, que le ha dado a las mujeres espacios y lugares para la subordinación y la exclusión.

Acudir a la palabra, al recuerdo y al dolor de las mujeres, a las actrices que han teni-

do que aprender a sobrevivir en medio del desangre, es quizá una oportunidad para conocer las formas de resistencia ante el conflicto; resistencia, que de modo cotidiano, ellas inventan y fortalecen haciendo gala de valores como la solidaridad, la justicia, la verdad, la esperanza y la reparación.

“...Bueno, el problema, el problema principal es que mi esposo se encontraba trabajando en una empresa llamada Construequipos, esa empresa de Construequipos hizo unos convenios con una empresa que se llama Ociequipos del municipio de Orito, ellos trabajaban para Ecopetrol, entonces mi esposo era el que manejaba una volqueta, era conductor de una volqueta, entonces de ahí de Caicedo donde estaba la empresa de Construequipos lo mandaron a trabajar para allá para el municipio de Orito, una vereda que se llamaba El Empalme, él estuvo allá, mas o menos unos 15 días, y resulta que allá la primera vez que estuvo lo retuvo la guerrilla. Lo retuvo un día desde las dos de la tarde hasta las once de la noche, le preguntaron que cómo se llamaba él, que cómo se llamaba el papá, que cómo se llamaban los demás familiares, que en qué trabajaban, que que hacían, que donde vivían, que a donde habían vivido, que a que se dedicaban... El dijo: Stella yo me puse tan nervioso, que yo no supe en esos momentos qué hacer, si salir corriendo. Yo caminaba como si estuviera caminando en cámara lenta. Yo estaba tan nervioso, tan nervioso que las güevitas se me subieron acá a la garganta del puro susto, de los nervios, del miedo. Y él eso me lo contó cuando vino a visitarme. Acá en Caicedo, estaba mi suegra: en esos días había llegado mi suegra del Valle del Cauca, ella había sido desplazada con todos mis cuñados, mis cuñadas, mis sobrinos, mis sobrinas porque resulta que a mi suegro también ya lo habían matado...”
Mujer del Putumayo.

1.3.2. Puntos claves para la investigación

- La investigación realizada es de tipo cualitativo de carácter retrospectivo, con información obtenida a través de un instrumento de tipo cualitativo.
- El instrumento central para la recolección de la información fue un cuestionario, que sirvió de guía para orientar la narración de la historia de vida de las mujeres.
- Las variables que se definieron para orientar la narración y contribuir a que la memoria de las mujeres tuviera una voz propia fueron: dimensiones de la vida familiar; dimensiones personales y culturales sobre la afectividad, la sexualidad y el cuerpo; dimensiones de la vida comunitaria. Formas de resistencia y respuestas de las mujeres al conflicto armado en lo público y lo privado, representaciones de sí misma en el conflicto armado y representación del mismo.
- El tiempo cronológico en el que se situó la investigación, para efectos del análisis del contexto es entre 2000-2003. Las historias de vida cronológicamente se situaron en la infancia, la adolescencia y la vida adulta antes y después del conflicto.
- Se realizaron veinte historias de vida a mujeres de diferentes re-

giones y edades; con la intención de recoger sus palabras y aproximarnos a los imaginarios sobre el conflicto. Por otro lado, conocer de los efectos del conflicto armado en sus vidas y de las relaciones sexo/género/etnia y conflicto y las formas de resistencia que han diseñado e implementado. Las categorías de análisis por las cuales se optó para dar vida y palabra a las historias narradas por las mujeres fueron: sumisión y subordinación, cultura patriarcal, memoria-palabra-subjetividades, resistencias individuales y colectivas.

- La información se recogió e interpretó a partir de un marco conceptual que se apoya en un enfoque feminista y también bajo el paradigma de la lectura de corte culturalista. Se trata de una forma de acceder a la investigación social, entendida como un acto de comunicación en el cual las investigadoras están inmiscuidas con su subjetividad y circunstancias. Asimismo, la información contenida en las entrevistas se organizó en matrices.
- Se obtuvo información para el contexto de las regiones, Medellín, Cauca, Chocó y Putumayo, básicamente a partir de la revisión de estadísticas, documentos y publicaciones-fuentes secundarias-.
- El grupo investigador estuvo conformado por cinco investigadoras.

1.3.3. Las mujeres que narraron su historia

La cultura patriarcal ha tejido y entretejido cuidadosamente el silencio para las voces de las mujeres, para que ellas no hablen con voz propia y por sí mismas; sacar esas voces de lo oculto, de lo no nombrado y de lo no reconocido es una posibilidad de penetrar en el mundo de la vivencia de las mujeres, en relación con la guerra. La Ruta Pacífica tiene la convicción que servir de vehículo para que las voces de las mujeres, sean escuchadas y sacadas de los rincones de las casas es una forma de tejer y urdir, no solo sus experiencias, sino también una manera de permitir que se manifiesten nuevos lenguajes, nuevos mensajes de resistencia y esperanza. Desde esta convicción, cinco indígenas del departamento del Cauca, cinco afro descendientes del departamento del Chocó; cinco mujeres de la ciudad de Medellín y cinco del departamento de Putumayo, permitieron que sus voces y relatos salieran de sus territorios emocionales y geográficos. Cada una de las mujeres que participó, estuvo de acuerdo en contar su historia y es una afectada directa por el conflicto, no necesariamente hacían parte de las organizaciones de mujeres y se encontraban en zonas rurales y urbanas con disímiles posibilidades de acceso a servicios como la salud, educación, protección y vivienda.

• ¿Quiénes nos narraron desde el Cauca?

Las historias de vida de las indígenas recurren sistemáticamente a la construcción simbólica de territorio para referirse a los lugares, momentos y sentidos que los pueblos indios le han otorgado a sus procesos de resistencia y supervivencia étnica en la lucha por la tierra, al reconocimiento de sus lenguas ancestrales, cosmovisiones y prácticas. En últimas, por el reconocimiento como sujetos con derechos culturales colectivos.

Se trata de historias de vidas narradas por dos indígenas páez -o nasas como prefieren autodenominarse en su propio idioma nasa yuwe²¹- y tres indígenas yanacunas; con edades entre 26 y 55 años. Dos viven en sus comunidades indígenas; de las otras tres, una va y viene de su resguardo a Popayán, otra vive en la cabecera municipal y la otra está radicada en Popayán; pero las tres siguen ligadas a sus tradiciones y convicciones por el cordón umbilical que está enterrado en sus comunidades, su arraigo lo sienten y viven, estén donde estén. Las dos nasas son bilingües, hablan su lengua nativa y por supuesto el español con niveles distintos, dado sus experiencias en el mundo blanco, su nivel de escolaridad y la necesidad de información para intercambiar.

Destacar en esta investigación, porque así lo relatan las mujeres, el papel que juega la lengua nativa en los procesos de socialización y de trabajo organizativo indígenas, es reconocer que en gran parte la diversidad lingüística de Colombia, está vinculada con lo que han hecho las mujeres indígenas, para contribuir a que las lenguas indígenas no se extingan por influencia, llámese imposición, del español. Contribución que no se ha valorado como otro de los intangibles culturales en los procesos de reconocimiento y proyección social de Colombia.

“...Yo le he dicho a mis hijos y siempre lo diré y me da rabia porque hay uno de mis hijos que no quiere aprender el nasayuwe y la identidad de uno es el idioma, su forma de ser, su forma de reconocer la autoridad del pueblo de donde viene, su tierra, su forma organizativa y todo eso, porque es que los indígenas han tenido tantas posibilidades de ir a las universidades y estudiar y las universidades están abriendo las puertas con esas posibilidades y ya muchos indígenas han sido profesionales, pero esos indígenas profesionales desgraciadamente no han regresado a las comunidades, se han quedado quizás haciendo manillas y vendiéndolas en la ciudad; entonces una se pone a pensar eso qué va a mandar uno los hijos para que se queden por allá, si los estamos mandando a capacitar es porque los necesitamos es en comunidad, necesitamos profesionales en la comunidad, que se sientan indios y a la vez profesionales, pero que se sientan de su tierra y de sus valores culturales...” Mujer indígena del Cauca.

Una de ellas es gobernadora, cargo que hasta hace poco sólo era para los varones. La otra, es una reconocida líder

en un municipio fuertemente afectada por las incursiones guerrilleras. Ambas manifiestan su rechazo rotundo a la guerra y sienten, al igual que las yanacónas, que el conflicto en Colombia y muy especialmente en las comunidades indígenas, es una abierta disputa por la tierra. Sólo, la indígena de 26 años, está en su primera relación de pareja, tres tienen una segunda relación. Todas han trabajado como empleadas domésticas y el rebusque en otros menesteres es parte de sus historias y de sus maneras de resistir contra la pobreza y no precisamente, contra el hambre, porque bien o mal, si tienen tierra tienen que comer. A pesar que las cinco indígenas relatan la pobreza, sobre todo, recuerdan que sus familias no tenían para ponerlas a estudiar, aunque en otros momentos afirman que los papás sostenían que el estudio era para los hombres y que fueron las mamás las que se preocuparon para mandarlas a la escuela.

Cuatro mujeres dicen que no “tienen en su memoria” haber pasado hambre y que ahora con el desplazamiento, en caso de que les toque salir, seguramente todo cambiará mucho porque la tierra no se la pueden llevar. Por haber trabajado como empleadas domésticas dicen saber lo duro que es vivir en una ciudad que no se conoce ni tienen vecinas que las puedan ayudar. En síntesis, las cinco indígenas relatan su identidad étnica con usos y costumbres indígenas.

“... Teníamos ganado, tres vaquitas para el ordeño y con eso uno se defendía, la casa era de mi papá porque como somos indígenas nos correspondía un pedazo de tierra y ahí vivíamos y cultivábamos...”. Mujer indígena del Cauca.

“...Mi papá y mi mamá buscaban el médico tradicional, el médico tradicional nos curaba del duende... apenas uno nacía como que los abuelos hacían remedio... aunque todavía existe esa creencia del duende. Dicen unos que si se curan es porque van a ser médicos tradicionales, los que no, muchas veces se enferman, enloquecen y mueren. Yo conozco historias de gente que se ha enloquecido; por ejemplo, en la familia de mi primer esposo existe mucho esa creencia y como que a dos hermanos les pasó eso, los recuperaron pero como que no pudieron hacerle efecto los remedios y un día se desaparecieron y los encontraron muertos..”. Mujer indígena del Cauca.

“...Fuimos atendidos por una partera que todavía vive y es la madrina mía. Mis papás eran Yanacónas, cuando yo nací mis papás ya no hablaban lengua, hay algunas palabras que todavía se usan como “atatay”: asco; “achichuy”: frío; “acacay”: miedo; “achichay”: marrullero: enredador, mentiroso pero ya casi nadie habla, esas son las palabras que todavía recuerdo..”. Mujer indígena del Cauca.

• ¿Quiénes nos narraron desde el Putumayo?

Las cinco mujeres del Putumayo, que amorosamente nos narraron su historia oscilan entre 37 y 53 años de edad, ninguna de ellas es oriunda del Departamento, fueron llegando al territorio en las distintas oleadas de colonización y por

diversas razones, las más comunes son la necesidad de tener tierra para cultivar y las bonanzas (cauchera, petrolera, coca-lera) que auguraban mejores condiciones de vida para las nuevas familias. En su totalidad provienen de zonas campesinas del Cauca y de Nariño, llegaron al Putumayo cuando eran niñas o adolescentes y les quedó en el cuerpo una primera huella del desarraigo con su tierra de origen. Una de ellas es analfabeta y otra ha alcanzado estudios superiores, el resto tiene algún nivel de primaria o bachillerato. Todas son madres y han sido afectadas de manera directa por el conflicto armado en la región, de ellas, cinco se encuentran en situación de desplazamiento y se consideran hoy jefas de hogar.

Provienen de familias campesinas e indígenas, manifiestan en forma permanente a través de la palabra y el llanto la idealización de la tierra de la que tuvieron que salir cuando eran niñas o adolescentes, porque ya no había espacio suficiente para cultivar o porque sus padres creyeron encontrar en el Putumayo la oportunidad para salir de la pobreza.

“...Cuando ya nosotros, por falta de terreno ya nos tocó trasladarnos para acá en búsqueda de que hubiera más terreno para poder sobrevivir, luego nos trajeron para acá...” Mujer de Putumayo.

En todos los casos y en muchas oportunidades, a sus madres les tocó asumir la responsabilidad del hogar y el apoyo

económico porque sus padres, aunque los reconocen como proveedores “eran muy dejados con la familia” o porque quedaron viudas. En la primera circunstancia, explican que en ocasiones los padres no respondían con su función por desinterés, por abandono o porque se gastaba el dinero en otras actividades.

“...Como mi papá era liberal, él tenía muchos enemigos que lo buscaban para matarlo, entonces a mi mamá le tocaba quedarse sola con nosotros y a ella le tocó trabajar muy duro para ayudarlo, de pronto mi papá era un poco dejado y le tocaba a ella hasta hacer empanadas...” Mujer del Putumayo.

• ¿Quiénes nos narraron desde el Choco?

“...Oye Romanita Páez, carambantúa... mis penas se me pasarán, carambantúa... pensando en mis bellos días, carambantúa... Carambantúa enguayabá. ¡Ay carambantúa enguayaba!...”²².

Las mujeres que se dieron a la tarea de narrar su historia, tienen entre 56 y 30 años, lo cual significa que encarnan tradiciones, creencias y comportamientos del Chocó rural de los últimos sesenta años; se precisa el carácter rural porque con la excepción de una entrevistada, todas tienen un origen campesino e incluso la que nació en la capital Quibdó, vivió una parte de su vida en el campo, a lo anterior se agrega el hecho de que todas son víctimas del desplazamiento forzado del campo hacia la ciudad.

Las familias de las cinco mujeres afro descendientes del Chocó se caracterizaban por ser extensas, solo una familia respondía al modelo nuclear; lo cual significa que la mayoría convivió con parientes de diferentes grupos generacionales y, además, convivieron con entenados-as, expresión de la región para diferenciar a las-os hermanas-os e hijas-os de diferentes progenitores, por ejemplo, la hija-o del padre con otra mujer; dicha situación hizo que las entrevistadas sintieran que su posición en la familia estaba íntimamente relacionada con el vínculo con el padre o la madre.

Vale la pena enfatizar la indefensión de las mujeres ancianas y jóvenes; la joven y la anciana representan los extremos en una sociedad en la cual las mujeres son marginales en la forma como se distribuye el recurso y el ingreso, de ahí que mujeres entre 20 y 50 años, deban asumir la responsabilidad económica de sostener a madres, sobrinas, hijas y tías; la mayoría de las veces lo pueden hacer a través de trabajos que no exigen para su desempeño formación académica, sino más bien asociados a paciencia, dedicación y fuerza física como son lavar ropa, cocinar para familias o restaurantes, limpiar casas o espacios públicos, tejer o hacer artesanías, trabajos que en promedio, y de acuerdo a testimonios femeninos, reciben un salario de treinta mil pesos (\$30.000) mensuales, aproximadamente U.S 12 dólares.

Es importante destacar el trabajo de las mujeres, quienes se han organizado creando lazos de solidaridad para protegerse mutuamente y se han vinculado, desde su especificidad, a las iniciativas nacionales de los movimientos femeninos y feministas, ellas han cargado con la familia y la vecindad creada en medio de la adversidad, algunas están convencidas de que es necesario visibilizar su situación y transformar su condición cultural.

• ¿Quiénes nos narraron desde la zona urbana de Medellín?

La que se ve, la que se presiente y el enigma el día y la noche de la mujer urbana

Tres de las mujeres han convivido con hombres y tienen un promedio de 3.3 hijos-as, una tiene un hijo desaparecido, otra uno muerto y la última dos muertos. Las más jóvenes, que accedieron a la universidad, están solteras, no tienen hijos ni una relación de convivencia. Las mujeres de la zona urbana de Medellín, tienen entre 21 y 60 años lo cual significa que encarnan tradiciones, creencias, comportamientos y transformaciones sociales gestadas en el contexto urbano de la ciudad, en los últimos años, se menciona el carácter urbano porque todas nacieron en la ciudad y su vida se ha desenvuelto en Medellín; a lo anterior se agrega el hecho de que son víctimas directas e indirectas de las múltiples manifestaciones de violencia y guerra, que

se escenifican en los barrios de la ciudad. Se debe señalar que las entrevistadas viven en barrios de estratos uno, dos y tres; escenarios en los cuales se exacerba la contienda protagonizada por los diversos grupos armados.

Las familias de las mujeres entrevistadas en Medellín, se caracterizaban por ser nucleares, solo una familia respondía coyunturalmente al modelo extenso; lo cual significa que la mayoría convivió con parientes consanguíneos de primer grado y que las diferencias generacionales no eran marcadas.

1.3.4. Propuesta para la sistematización y análisis de las historias de vida.

Para el proceso de sistematización y análisis de la información metodológicamente se procedió a:

- Establecer elementos para la elaboración de las categorías analíticas, teniendo en cuenta buscar en los datos patrones de respuestas recurrentes; definir unas categorías tentativas y asignarlas a los conjuntos de datos. Se chequeó la homogeneidad interna de las categorías, relacionando los datos y agrupándolos entre sí y determinando que las categorías fueran mutuamente excluyentes.
- Elaborar matrices para la sistematización e interpretación de la infor-

mación, partiendo del tiempo cronológico de las narraciones de las historias de vida. La categorización se inició definiendo la unidad de análisis a partir de la cual se podía descomponer la información. Y se construyó una tabla que agrupara las categorías derivadas de las preguntas de las historias de vida y organizara las respuestas por la fuente de información. Después de la primera categorización, se reorganizaron las categorías que arrojaron resultados que podrían ser agrupados en otros temas, teniendo en cuenta los tiempos cronológicos en los cuales se periodizaron las historias de vida. Finalmente, para la matriz descriptiva se elaboró una tabla en la cual se cruzaron dos categorías relacionadas público y privado, que se constituyó en un recurso útil dado que permitió describir sintéticamente la información y detectar las formas de resistencia y respuesta al conflicto armado. Ver anexo 1.

1.4. Premisas orientadoras para el análisis.

Las categorías orientadoras tienen como punto de partida la teoría feminista, para el análisis de la situación de subordinación y opresión de las mujeres. A continuación enunciaremos un conjunto de premisas que nos permiten orientar el análisis de las narraciones de las mujeres.

1.4.1. Cultura patriarcal

A través del desarrollo de las sociedades modernas, se han dado diversas interpretaciones a la categoría patriarcado, todas ellas respondiendo a los momentos históricos y culturales. Para Greda Lerner el patriarcado puede ser considerado como: “La manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres, niñas y niños en la familia y la extensión de los dominios sobre las mujeres en la sociedad en general. En la cultura patriarcal los hombres ostentan el poder en todas las instituciones importantes de la sociedad y las mujeres son privadas del poder. Ello no significa, que las mujeres estén totalmente privadas de derechos, influencia y recursos”.

Kate Millet, avanza en su conceptualización y afirma que: el patriarcado es un “sistema social y político y un conjunto de relaciones y compromisos estructurales de acuerdo con el poder en virtud de los cuales un grupo de personas queda bajo el control de otras”. También la cultura patriarcal, puede ser vista como un sistema de poder socio/sexual y político particular o como el proceso de apropiación de la sexualidad y la capacidad reproductora femenina, por parte de una organización social basada en un patrón de ordenamiento masculino, en el cual lo femenino resulta incompleto, desviado e inferior.

Pero aproximaciones más contemporáneas como la de Anna Jónasdóttir, proponen un desplazamiento de la categoría patriarcado que ha tenido como centro de análisis la explotación socio/económica de las mujeres por los hombres: a una forma de relación socio/sexual en la que el poder del amor de las mujeres, entregado libremente, es explotado por los hombres. El amor es una especie de poder humano alienable y con potencia causal, cuya organización social es la base del patriarcado moderno. El amor hace referencia a las capacidades de los seres humanos, poderes, para hacer y rehacer su especie, no sólo en la procreación y la socialización de los niños, niñas, sino también en la creación y recreación de los adultos como existencias socio/sexuales individualizadas y personalizadas²³. La utilización de la categoría patriarcado tiene diversas implicaciones:

- Se puede aplicar al Estado especialmente cuando éste a través de la ley y los derechos, garantiza la no constitución de las mujeres como sujetos políticos.
- Permite analizar la heterosexualidad obligatoria y el contrato sexual previo al contrato social. Según Carole Pateman: El contrato sexual es considerado como el pacto entre los hombres o entre algunos hombres sobre el cuerpo de las mujeres. Un pacto desigual y, no pacífico, porque no es un acuerdo libre entre mujeres y hombres. El pacto sexual

es esencial para entender el patriarcado, el género, la subordinación social y el desorden social en que vivimos las mujeres en cualquier época histórica.

- Contribuye a comprender y analizar la pérdida de soberanía de las mujeres sobre sí y sobre el mundo.
- Visibiliza y analiza las instituciones necesarias para producción y reproducción del orden simbólico patriarcal.

1.4.2. Subyugación - Servicio

Se puede afirmar que el ser humano se define por su naturaleza culturalizada, con la que se nombra el rasgo de distanciarse de la impresión sensible, o sea, que es un animal mediató y sus respuestas son interpretaciones, abstracciones de lo dado. Al respecto Andrés Ortiz-Osés nos dice: “Para la captación de su mundo, el hombre, las mujeres, crea su propio instrumentarium: un mundo de formas simbólicas que, como red tupida de relaciones, proyecta la elemental realidad ante-los-ojos. Ésta queda aprehendida y aprendida a imagen y semejanza del hombre y de las mujeres. La realidad es siempre una realidad simbólicamente ganada y, en tanto, una realidad - implícitamente implicadamente- simbólica”²⁴.

Esta realidad simbólica le brinda al ser humano la posibilidad de crear imágenes y roles para sí y para quienes lo rodean;

de manera que, pueda vivir y hacer de su universo un mundo con significado. Así la naturaleza humana es culturalizada, es el producto de la condensación de información sensible que se hace signo y símbolo, los cuales, pese a su carácter artificioso, se instalan como sentido común. En este sentido, se puede pensar que el primer suelo sobre el cual se configuran signos y símbolos, sentido común, es el cuerpo humano.

De manera que, en la expresión somos y tenemos cuerpo se enuncia una relación cultural conformada por cuatro polos que describen a la condición humana como indeterminación anclada en la tradición; el cuerpo es horizonte de alteridad sobre el que se erigen las nociones de sagrado, profano, femenino y masculino; el cuerpo encarna lo excesivo que alude a la contingencia signada por lo sobrenatural, mágico e irracional haciendo que cada cual experimente la intemperividad y el azar en su propia carnalidad.

El ser es corporal y define a cada cual como unidad diferenciada étnica y sexualmente que se concreta en una subjetividad, que dice del modo cómo se interpreta el medio sociocultural al que se pertenece. Y "la subjetividad tiene como territorio el cuerpo vivido, y es producto de la conformación del sujeto como diversidad y síntesis bio-psico-socio-cultural. Así, la subjetividad se aloja y es a la vez, cuerpo histórico significado social y culturalmente... La subjetividad incluye la dimensión psíquica, sus estruc-

turas, sus capacidades, sus lenguajes y sus métodos. La subjetividad está conformada por la afectividad - afectos experimentados, usos afectivos, lenguajes, capacidades y marcas afectivas-, y por la intelectualidad del sujeto - capacidades y estructuras de inteligencia, memoria, olvido, imaginación, aprendizaje y creación-, así como por los contenidos y los métodos de pensamientos. Concebida de esta manera la subjetividad se expresa tanto en los sentires, en las preocupaciones y en los pensamientos, como en la imaginación, en los sueños, en las fantasías, en los humos y en todos los lenguajes del sujeto-simbólico, gestual, imaginario, estético-, concretado dentro y fuera de sí en sus deseos, en sus formas de ser, de estar, y de actuar en el mundo"²⁵.

Somos y tenemos cuerpo que constata la vida, así, cada sensación es una impresión corporal, una impronta hecha por el cuerpo en el ser; pero a la vez, tenemos cuerpo con el cual cada cual define su singularidad. Ser y tener cuerpo se corresponde con la condición humana de eterno aprendiz que interpreta el medio, lectura que inscribe en su propio cuerpo, como quien escribe la historia de su tiempo; se podría decir que los cuerpos son libros en los que se compila el sentir del presente de cada época como el resultado del diálogo con la tradición y también de la ruptura con dicha tradición hacia la apertura de la ilusión y la utopía. El cuerpo es el escenario de las pulsaciones del devenir individual y colectivo.

El cuerpo es el texto en el que se lee el trayecto que define a cada vida, en él quedan plasmadas las alegrías y tristezas, el amor y el odio, la memoria y el olvido; por eso ya en la Grecia antigua, se decía que un ser humano se re-conoce por sus cicatrices - físicas, simbólicas y psíquicas -, por las huellas que en su cuerpo se conservan como registros de su experiencia, de su existencia, de su participación en la constitución de la cultura y la humanidad. Pero también en el cuerpo de cada persona se manifiesta la especificidad cultural de la sociedad, pues en él se ponen ante los ojos de todos y todas las libertades y restricciones, lo posible y lo imposible de acuerdo con los valores y tabúes de un período histórico particular.

El cuerpo, en tanto localización inmediata que conforma el lugar y el campo perceptivo y sitúa el punto de vista, implica una materialidad ubicada e inmersa en un proceso histórico. El cuerpo, en esta perspectiva, debe ser entendido, al menos, con un doble significado: como locus de interpretaciones culturales, el cuerpo es una realidad material que ya ha sido localizada y definida dentro de un contexto social; además, el cuerpo es la situación de tener que asumir y representar una y otra vez el conjunto de interpretaciones recibidas sobre él mismo. Así pues, si asumimos el carácter construido del cuerpo como cuerpo sexuado, nada impide pensar en la posibilidad de que esta categoría pueda cambiar a medida que las sociedades evolucionan, o participar en combinatorias aún inexistentes.

En todas las sociedades humanas se construyen normas que definen los contenidos de lo femenino y lo masculino, es decir, a partir del sexo como condición biológica expresada en rasgos internos y externos se construye el género, como categoría cultural que describe la condición de lo femenino y lo masculino. Entonces en la práctica el cuerpo aparece como el criterio para establecer una oposición entre femenino y masculino; dicha oposición se erige sobre la relación que establecen los agentes con el cuerpo, un núcleo axiológico con dos caras: el ser-mujer y el ser-hombre las cuales se cruzan en el esfuerzo por preservar la tensión entre varones y mujeres

La tensión entre varones y mujeres, no sólo configura y perpetua imágenes relativas a lo femenino y lo masculino, sino también propone roles a mujeres y varones, describiendo un mosaico de comportamientos para unas y otros, así los preceptos culturales tradicionales le imponen a la mujer conductas orientadas hacia el servicio de otro diferente a sí misma; mientras que, le sugieren al varón prácticas orientadas hacia el aprovechamiento para sí mismo.

Teniendo en cuenta que se habla de preceptos culturales tradicionales, se puede afirmar que el patriarcado promueve un paradigma de lo femenino que se caracteriza por la formación de un ser-para-otro, por un mosaico de comportamientos que aquí llamamos subyugación servicio; subyugación en el sentido que describe con-

ductas, en este caso, orientadas hacia la enajenación del propio ser para favorecer el desarrollo de otro que intimida, y en este sentido, es de servicio y se define porque distancia a la mujer del desarrollo de la conformación de un ser- para- sí favorable al desarrollo de sí misma.

1.4.3. Memoria en palabras subjetivas: Otra versión de la realidad

Las palabras al nombrar los hechos, los sucesos, las cosas, las personas tejen universos emocionales, sociales, culturales. Al decir de Julia Kristeva “La palabra es cruce de palabras” y por ello toda narración, toda verbalización, expresión oral o escrita es un texto que testimonia, revela, evidencia y protege el pensamiento de los pueblos y, pese a las barreras para operar cambios, es un proceso de renovación “histórica” constante.

Las palabras son ante todo metáforas, porque entre el significante y el significado no hay una relación ni lógica ni material, es una configuración mental y social que se torna en múltiples verdades, dependiendo de quienes la vivencien, la escuchen, la retomen, la retransmitan y la reelaboren. Es decir, se trata de representar, de simbolizar, de hacer con las palabras cosas, tejer con el verso universos emocionales y sociales. Pero no el verso en sentido métrico, porque si así fuera, toda expresión que no rime, sería un lenguaje vulgar, corriente y de allí lo prosaico al contraponer verso y prosa.

En virtud de lo anterior, las historias de vida permiten re-cordar: volver a pasar por el corazón y, con-versar cogitar, ejercicio de sopesar lo vivido, los riesgos asumidos, las falencias, las carencias, las intransigencias, los senderos y las huellas para vigorizar, para hallar y construir sendas imaginadas, poco exploradas y valoradas social y culturalmente.

Al con-versar con mujeres que de una manera u otra, tienen su trance en la guerra, el silencio histórico y cultural del que padecen, acrecienta, sin que ellas se den cuenta, su dolor, pero al con-versar valoran sus quejas, resaltan sus resistencias individuales o comunales, su capacidad para sobrevivir y pervivir. En el fondo, lo que se hace en dicha conversación es una tramitación de silencios acumulados, de recuerdos guardados, de renunciadas continuas de sueños jamás hechos realidad y de dolores nunca purgados.

El ser humano piensa con palabras y es por medio del lenguaje que va más allá de la cultura, o sea, que con el lenguaje se va más allá de lo que históricamente se ha cultivado (de aquí la posibilidad de soñar; de cambiar, de resistir), lo que está en el origen y uso de las palabras, de las frases, del discurso, de lo que se dice, es el significado que se le adjudica a las palabras dependiendo del entorno y aspiración de cada quién. Por lo tanto, el lenguaje es la puerta de entrada y salida de la subjetividad al universo de lo simbólico, a lo que

nos permite comunicarnos y a la vez diferenciarnos como seres individuales y como seres sociales.

Pero también el lenguaje permite problematizar las concepciones y las relaciones al percibir y nombrar las dinámicas de la vida, porque al decir de Foucault “sobre las palabras ha recaído la tarea y el poder de representar el pensamiento. Pero representar no quiere decir aquí traducir, proporcionar una visión visible, fabricar un doble material que sea capaz de reproducir, sobre la vertiente externa del cuerpo el pensamiento en toda su exactitud. Representar es oír en el sentido estricto...” Y oír historias de vida es a lo que la Ruta se ha dispuesto con esta investigación, pero no como un mero procedimiento para sustituir una palabra por otra, una historia por otra. Es un ejercicio de subjetividad, entendida ésta como lo que cada ser humano siente, presiente y representa para sí y para exteriorizar. En otros términos, subjetividad es lo que caracteriza al ser que afirma algo.

En suma, las subjetividades tejen historias de sentimientos sobre pertenencias, y representaciones de un pueblo, comunidad o etnia y de su concepción de territorio. Sentimientos que están relacionados con los ordenamientos y sentidos sociales de preguntarse ¿Quién soy yo? Construcción que se forja en diálogo con múltiples tiempos y en la sociedad en la que se vive y se quisiera vivir.

La subjetividad es la que nos permite a mujeres y varones reconocer a qué pertenecemos (no a quién pertenecemos), con qué nos identificamos o nos identifican, cuáles son los rasgos o puntos comunes que tenemos como seres humanos, como integrantes de una comunidad. Es decir, qué imágenes reflejo, qué imágenes construyo como ser independiente y libre, pero siempre adscrito a una colectividad.

1.5. Contexto de la investigación

La investigación se llevó a cabo en Quibdó, Medellín, Popayán y Puerto Caicedo, con 20 mujeres procedentes de diferentes municipios. Con realidades diversas y todas ellas vinculadas al conflicto armado en sus diversas manifestaciones socio-políticas, regionales e individuales. El punto de encuentro el dolor, la pérdida, la subordinación, la negación, la desesperanza, la resistencia y la fuerza para continuar construyendo mejores formas de vida. En sus narraciones las mujeres afirmaron:

“Mi vida es la historia del sufrimiento y no me la va crear”. “La esperanza es lo último que se pierde, pero me ha tocado hacer de todo”. Mujer de Medellín.

La mirada a los contextos regionales parte del reconocimiento: de la afectación diferencial del conflicto armado en la vida de mujeres y varones; de las realidades socio-

políticas tanto en el ámbito nacional como regional; de la sistemática violación de los derechos humanos y de la forma específica como ello incide en la vida de las mujeres y de la crisis humanitaria que vive el país. Sin embargo, los contextos regionales se trataron de mirar de manera que dieran pistas, puntos de encuentros y desencuentros de la cultura patriarcal.

En Colombia se cometen entre 27.000 y 30.000 homicidios por año y el desplazamiento forzoso generado por el conflicto armado afecta a 2.5 millones de personas en lo corrido de los últimos quince años. Las zonas de mayor pobreza de la población, de alta biodiversidad y estratégicas en la expansión del desarrollo capitalista, coinciden con las áreas de mayor conflicto en Colombia, en términos de los enfrentamientos armados y el desplazamiento. Sin embargo, son hacia éstas donde se expande el modelo de acumulación, esto es, son espacios que concentran los grandes macroproyectos del desarrollo. La expansión parte de un modelo concentrado en el interior del país hacia la periferia en forma de herradura.

La herradura es la transformación y expansión espacial del tradicional «triángulo de oro» (Bogotá, Cali, Medellín), núcleo de las relaciones modernas y de la acumulación capitalista durante el período de vigencia del modelo económico de sustitución de importaciones y proteccionismo, entre los años cuarenta y ochentas en el siglo

XX. Con los cambios que caracterizan el capitalismo internacional (globalización, primacía de las multinacionales y el capital financiero, introducción de modernas tecnologías, flexibilización laboral y consolidación de los nuevos ejes estratégicos en el Pacífico), el Estado colombiano y las elites económicas se han visto abocadas, desde los años ochenta, a incorporar extensas áreas del territorio nacional, claves para responder a estas dinámicas.

En las nuevas áreas incluidas confluyen los nudos gordianos de los conflictos de intereses nacionales, las estrategias de guerra, las acciones de una modernización excluyente y autoritaria de la economía y la infraestructura promovidas por multinacionales, por el Estado y las elites regionales. globalización, proyectos de nación, modernización del aparato económico, petróleo y coca animan las dinámicas territoriales de la guerra y los portafolios de inversión²⁶.

En efecto, la herradura comienza en el piedemonte amazónico, sube por el Orinoco, cubre los valles interandinos del río Magdalena, las depresiones del Sinú, Bajo Cauca y Magdalena, extendiéndose hasta el Chocó biogeográfico. En este espacio confluyen los diversos intereses para controlar, además del poder político y territorial²⁷, el petróleo y otros yacimientos minerales, la biodiversidad²⁸, los cultivos de uso ilícito, la expansión agraria y ganadera, las autopistas y puertos multimodales, los aeropuertos y proyectos de comunicación, transporte e

industria, las centrales energéticas, la construcción del canal interoceánico y el tramo de la carretera panamericana y sus desarrollos sobre el Tapón del Darién²⁹.

Desde la década de los 80 los grupos insurgentes lograron crecer en número extendiendo su control geográfico y su participación en la vida cotidiana de las comunidades urbanas; es así como, en medio de la lucha estatal contra el narcotráfico, se empezaron a gestar vínculos entre la insurgencia, que en ese entonces abanderaba el conflicto armado interno, y el narcotráfico. Situación que ha hecho más complicada la resolución pacífica del conflicto, pues por un lado la insurgencia logró que se vincularan a ella más actores y pudo tener mayor capital disponible haciendo más letal su acción; en esta situación se fundamenta la justificación del gobierno nacional, de considerar sumamente difícil la realización de negociaciones, pues sostiene que tales grupos son organizaciones criminales.

En este marco es importante señalar que sí bien la siembra de coca y amapola en las zonas controladas por la insurgencia le brindó recursos para su despliegue territorial; también es cierto que la producción y distribución de narcóticos permitieron la expansión de los bloques de paramilitares que entraron a ser actores del conflicto armado. La guerra que hoy alienta ambos bandos, en campos y ciudades, se sostiene en gran parte gracias a este modo de financiamiento³⁰.

También la implementación del narcotráfico como industria ha provocado la concentración de la propiedad en personas distintas a los terratenientes tradicionales, contribuyó a la modernización económica, situación que quizá no se hubiera conseguido en el mismo grado y tiempo, sin la afluencia de los capitales de esta actividad. El narcotráfico reforzó conductas como el contrabando, la ilegalidad, la corrupción de la clase política, de las Fuerzas Armadas y la Policía; así como también, el arribismo de la gente del común y la resolución violenta de las diferencias, entendidas como justificaciones para el conflicto que implican la eliminación de quienes las encarnan.

1.5.1. Medellín

Cuando se hace alusión a Medellín aparecen dos tipos de descripciones; las primeras relativas al clima primaveral, el desarrollo industrial, la oferta de servicios financieros, las ferias de moda, la pujanza comercial, el desarrollo del transporte masivo y la amabilidad de sus habitantes; las segundas dicen de una representación colectiva de la ciudad como escenario de disputa de diferentes actores armados y lugar de refugio para miles de mujeres y hombres de diversas edades y orígenes étnicos y geográficos, que llegan a esta ciudad huyendo de la pobreza, violencia y desesperanza de otros sitios en los cuales fueron vulnerados sus derechos, expectativas y necesidades.

De manera que, los dos conjuntos de descripciones parecieran decir de una condición opuesta en la representación de la ciudad, pues se le presenta a quienes no viven acá, como un lugar idóneo para el negocio, la inversión económica y el desarrollo de iniciativas individuales y corporativas; sin embargo, también se reconoce la incapacidad que se presenta en la ciudad para resolver los conflictos que padecen sus habitantes.

Los comportamientos y decisiones de gran parte de la población medellinense están relacionados con la vivencia del núcleo axiológico justificado por la antioqueñidad entendida como modelo de interpretación y acción vigente³¹, en tanto paradigma para instaurar roles para mujeres y hombres, que anclados en la tradición, pocas veces son cuestionados; así la antioqueñidad, en el contexto urbano, se cuele en los sistemas de referencia a la manera de un sentido común.

Lo anterior no significa que se desconozca la transformación en los comportamientos y decisiones de la población medellinense provocada por los factores sociológicos y políticos que se gestan en la ciudad, sino al contrario, reconociendo las dinámicas propias de lo urbano, se aclara cómo dichas dinámicas guardan en sí una estrecha relación con una matriz de significación anclada en la tradición y una concepción que ha permitido exaltar la idea de una raza especial, representada por la acción

masculina y ha provocado que se piense al paisa, de forma natural, como un hombre ascético, positivista, andariego, aventurero, activo, pragmático, comerciante, laborioso, aficionado al dinero, motivado al éxito, optimista, religioso, independiente, regionalista, jugador, ordenado, agresivo, progresista, futurista, nervioso, truculento, espontáneo, locuaz, luchador, cumplidor, alegre y amable; en síntesis, la personalidad cultural masculina del paisa describe un campo semántico caracterizado por el ejercicio de la autonomía y la utilización de cualquier medio para obtener ventajas; en este sentido, tiene plena vigencia sociológica la frase tan común entre los y las medellinenses mi hijito traiga plata por las buenas y sino traiga.

Esta misma tradición y como el envés de esta personalidad masculina paisa, ha representado a la mujer casi de forma natural como sumisa, fértil, protectora, hogareña, recia, trabajadora, tolerante, rezandera, pulcra, solidaria, comadre y ante toda madre que vela por sus hijos a contraprestación de una supuesta veneración. En síntesis, la mujer es pensada como aquella que brinda todo para acoger a los otros postergando su deseo y reemplazando sus necesidades para satisfacer los de quienes siente que están casi eternamente a su cuidado, en este caso los hijos; en este sentido, tiene plena vigencia sociológica la frase tan común entre los y las medellinenses: madre hay una y padre puede ser cualquiera.

En el contexto formado por los dos polos; primero mi hijito traiga plata por las buenas y sino traiga, segundo madre hay una y padre puede ser cualquiera, interesa aproximarse al conflicto armado que se vive actualmente en la ciudad a través de la relación entre las mujeres y los varones encarnados en imágenes culturales como; madre - guerrero, en las cuales se reconocen el ser femenino y el ser masculino en una matriz de inclusión y exclusión, que fija binas de comportamientos para mujeres y hombres en Medellín: madre - sicario y compañera - combatiente, y también prescribe espacios y acciones como casa - calle y afecto - contienda.

De acuerdo con las realidades culturales, que han dado sentido a la "cultura paisa", es común encontrar a la imagen de María, madre de Jesús, como referente de la conducta femenina; a lo largo y ancho de la ciudad abundan las imágenes de la madre santa, que sin mancha alguna, sufre por la muerte del hijo terrenal, hijo de carne y hueso instalado en un tejido social caracterizado por la exaltación de la riqueza y la prioridad de la extensión del territorio. Madre abnegada que sufre en la tierra bajo la promesa de una felicidad conquistada solo después de la muerte, tal imagen compone un polo del imaginario femenino el otro polo es la madre patriarcal que espera de su hijo la protección que otorga el padre y en ese esfuerzo esclaviza a sus hijas para satisfacer la ley masculina; es decir,

para servir al padre, al hermano, al hijo, al esposo como al Dios.

Hijos muertos que derraman su sangre en el intento de copar espacios y conquistar territorios que operan como pequeños reinos en los cuales imponen su ley; cada día y por causas no naturales mueren hombres y mujeres en Medellín; así, se ha creado un imaginario de joven sicario y potencial muerto que deambula por las calles de la ciudad, imagen que ha estigmatizado a la juventud masculina y la ha confinado al mundo de la no-posibilidad. La imagen de la madre y del muerto conforma imaginarios sostenidos en realidades sociológicas como el narco tráfico, los homicidios, el porte de armas y las acciones militares.

1.5.2. Chocó

En Colombia las comunidades negras pese a su alta participación en la totalidad demográfica del país, son consideradas minorías; es decir, pequeñas islas poblacionales con costumbres, creencias, valores y usos que se distancian del modelo central, que las elites han querido presentar como iconos de nacionalidad. En este sentido, los y las negras han participado de la configuración simbólica y política de la "colombianidad" desde la penumbra, pues han sido confinados-as a permanecer en la periferia del Estado y los servicios que éste está obligado a satisfacer.

Ser negra-o en Colombia, pareciera implicar para el sujeto una inserción desfavorable en las jerarquías y sistemas de poder económico y político que se han gestado históricamente en el país, es así como, se han visto obligados-as a vivir en territorios apartados del desarrollo económico, a desempeñarse laboralmente en las ocupaciones con más bajas remuneraciones o que no exigen una preparación académica como el trabajo doméstico o la construcción. En Colombia abundan las mujeres negras que sirven en las casas de los mestizos o blancos, los obreros de la construcción negros son quienes manejan los taladros de concreto y en los últimos tiempos su participación en las selecciones de fútbol va en aumento.

El etnocentrismo que niega la humanidad del otro-a y cuya máxima expresión es la discriminación racial, se ha traducido en olvido estatal y marginación política, de ahí que los territorios donde están asentadas las comunidades negras, de algún modo, han sido para muchos colombianos tierras de nadie, pues se ha invisibilizado a cada una y uno de sus habitantes; en consecuencia, se han desconocido y deslegitimado las relaciones tierra- hombre negro, tierra – mujer negra; situación que ha favorecido la condición latente y periférica de las comunidades negras en la conformación de una identidad multicultural y por ello nacional.

Latente porque ha estado silenciada por el prejuicio peyorativo de las elites

mestizas del país, que nos se reconocen a sí mismas como encarnaciones de un proceso de mestizaje también fundado en “lo negro”; es decir, en la música, comida, habla, creencia, estética, mitología y fabulación importadas desde Africa y transformadas en América. De modo que en Colombia, las comunidades negras han sido obligadas a vivir en la retaguardia de las fronteras agrícolas, infraestructurales, urbanísticas y económicas. Los litorales, especialmente el Pacífico, han sido representados por muchos colombianos, como una extensión de tierra que está ahí esperando por ellos, como un escenario de segunda mano.

Sin embargo, las dinámicas del conflicto en Colombia han llevado a que las consideraciones relativas a la importancia de los escenarios varíen de acuerdo a intereses económicos, geoestratégicos, locales y globales, pues lo que está en juego es una ambición territorial, una ilusión de riqueza y quizá una aspiración de transformación social. Así en Colombia la antigua periferia puede ser hoy el centro y el territorio y los habitantes olvidados y hasta entonces latentes, súbitamente aparecen como protagonistas de una trama que no eligieron; quizá el cambio de lo latente a lo manifiesto sea el producto de la reciente demostración de una riqueza que ya se presentía, entonces esa tierra de nadie, pues allí estaban los negros-as, empieza a ser para muchos “el dorado”, la tierra prometida.

El Chocó en tanto tierra ocupada sobre todo por negros y negras, históricamente fue en Colombia un escenario de segunda mano, una tierra de los sin tierra, una periferia que existía por el contraste con el centro mestizo, andino y que seguía la ilusión del progreso económico capitalista. Es así como al mirar el mapa de Colombia pareciera que existen dos países: uno central y otro periférico, en el primero se concentra la población, la administración pública, la riqueza y los medios masivos de comunicación y transporte, en el segundo la densidad poblacional es más baja, la ausencia estatal es mayor, los recursos son abundantes y los medios de comunicación y transporte son insuficientes; cada uno confirma la existencia del otro, formando un articulado histórico y sociológico. De manera que, se pueden entender como escenarios de un conflicto que se origina en las oscilaciones entre opulencia y marginamiento, explotación y aprovechamiento, reconocimiento y olvido.

En Colombia los procesos históricos y sociales han llevado a la conformación de regiones con características específicas relativas al mestizaje, economía y política. Las regiones con gran diversidad cultural, como es el caso del Chocó, ocupan una posición específica dentro del conjunto nacional, pues pareciera que fueran representadas, por el común de la gente que vive en el centro político y económico del país, como zonas “exóticas y ricas”; en el sentido, que se cree que en ellas se

concentran prácticas sociales que tienen un significado asociado a la diversidad cultural, en la que se expresan jerarquías basadas en prejuicios. Así en Colombia el origen regional ha tenido un significado étnico y éste uno regional.

El Chocó ocupa una posición de exclusión que se traduce en escasas oportunidades para acceder a servicios estatales y a atención gubernamental; pues la ideología que propone el blanqueamiento como lo deseable, hace parte de un imaginario nacional que se afianza geográficamente y se traduce en discriminación y retraso para las zonas donde hay poblaciones indígenas y negras; es decir, que se distancian ante todo en sus prácticas del ideal de blanqueamiento. En consecuencia, en Colombia, la discriminación étnica está en la base de la clasificación socioespacial.

En el Chocó se pueden distinguir como grupos étnicos y culturales diferenciados a: afro chocoanos, indígenas y blanco-mestizos. Los tres representan modelos que han tenido un contacto diferencial entre sí pero caracterizado por la pretensión hegemónica de los blanco-mestizos, quienes se han considerado a sí mismos patrón ideal de comportamiento y en consecuencia, han asumido la supremacía sociopolítica. El imaginario nacional basado en prejuicios etnocéntricos, es vigente axiológicamente en las relaciones que orientan a las dinámicas locales del Chocó. Esta afirmación se sostiene en el análisis de los aspectos de diferenciación interna de cada grupo, en la

revisión de las marcas simbólicas, territoriales, económicas y políticas reconocidas por todas y todos como criterios de distinción extragrupal, y en la forma como dichas marcas operan como barreras sociales que fijan puestos para unos y otras definiendo la cotidianidad.

Tales marcas diferenciales se encuentran en diversos aspectos y escenarios de la cotidianidad chocoana, es el caso de la división del trabajo; la población negra se ocupa principalmente en la extracción minera, el empleo público y en menor grado en la agricultura de subsistencia; los antioqueños en el comercio y ganadería y por su parte los costeños en la pequeña agricultura. Es común encontrar en las calles de Quibdó almacenes, restaurantes, supermercados, tiendas y bares con nombres de lugares que ofrecen el mismo tipo de servicio en Medellín, sus dueños por lo general son "paisas" con empleados chocoanos/as.

Tradicionalmente los blanco-mestizos no se ocupan en actividades agrícolas y mineras, no son propietarios rurales y se ubican en los cascos urbanos como comerciantes o funcionarios del Estado. La población negra se dedica a labores agrícolas y mineras y sólo hasta hace treinta años que puede desempeñarse en empleos estatales.

En este esquema rígido de la división del trabajo la posición de la mujer es la más dramática, pues ella no-solo carga con la discriminación étnica, sino también con

las consecuencias culturales de ser mujer y con las implicaciones sociales de ser pobre y no haber contado con alternativas de formación; es común ver a las negras vendiendo frutas, comidas fritas, productos de panadería, lavando ropas, cocinando en restaurantes y limpiando en casas o lugares públicos; es decir, realizando oficios que son hasta impropios para las blancas - mestizas, que pese a su condición de mujeres, no padecen la discriminación cultural asentada en un imaginario que confina a la negra a la triple segregación - exclusión: mujer, negra y pobre.

Mujer negra pareciera, en Colombia, traducirse como pobre, pues la historia patriarcal, que de por sí es ciega al aporte cultural de lo femenino, parece obstinarse en la crueldad contra la mujer negra, colocándola en el último peldaño de las jerarquías sociales imperantes al momento de ingresar al sistema productivo; de modo que, su participación económica es negada o reducida a la explotación de su cuerpo ya sea en la mina, la siembra o incluso en la prostitución, situación alienante para las negras, pues ellas son las más acalladas dentro de las silenciadas. Se deben desenvolver en un mundo masculino que usufructúa la servidumbre femenina, exacerbada por las condiciones culturales impuestas, y por lo general aceptadas, para las mujeres negras.

En síntesis, se puede decir que en el Chocó han prevalecido tres modelos socioculturales: indígenas, afro chocoanos y blancos

- mestizos que han tenido una desigual distribución de recursos económicos y una desigual valoración social, pero que históricamente se han confrontado e imbricado por su condición de periferia, representada como escenario exótico y rico en posibilidades económicas.

1.5.3. Cauca

Históricamente el departamento del Cauca es un territorio diverso en lo étnico y esta diversidad marca a la vez su diversidad cultural y lingüística. En el territorio caucano tienen presencia diversos grupos étnicos: comunidades indígenas, comunidades negras, mestizos y blancos, quienes han convivido y construido identidades y le han dado al Cauca, esa gran riqueza étnica, socio económica y cultural.

Las comunidades indígenas que habitan el departamento son de las etnias guambianas, paéces, totoroés, yanaconas, coconucos, eperaras, siapidaras, ingas, quienes han desarrollado procesos de autonomía, de recuperación de sus territorios y afirmación de su cultura. Las comunidades negras asentadas en el Norte del departamento, en el valle del río Patía y en la costa pacífica caucana, quienes han venido trabajando también en procesos organizativos, en la titulación de los territorios que han ocupado tradicionalmente. Igualmente Campesinos mestizos, hacen parte de la diversidad de los grupos que tienen asiento en el departamento.

La presencia de cultivos de uso ilícito, ha sido una de las causas fundamentales para la desestabilización de la región, tanto por los daños ambientales que ocasiona, como por la violencia que esto genera, a pesar de ser minoritaria, si se tienen en cuenta las áreas y poblaciones dedicadas a esta actividad, con respecto al total del departamento.

De acuerdo con los últimos datos disponibles en el departamento se presentan cultivos de uso ilícito de coca, marihuana y amapola, principalmente en cinco zonas, que afectan a 25 municipios, los cuales presentaban un área de 6.699 hectáreas de cultivo ilícito, las que representan aproximadamente el 4.3 % del total de la superficie agrícola del departamento, y que involucra a 9.378 familias, las cuales equivalen al 3.4 % del total de las familias del Cauca.

El recrudecimiento del conflicto armado en el Cauca en los últimos años, ha afectado directamente los territorios ancestrales, en los cuales han tenido sus asentamientos las comunidades indígenas y negras, lo que se evidenció con el desplazamiento del Naya, El Tambo, a la costa pacífica donde la mayoría de las personas desplazadas, pertenecían a estos grupos étnicos.

Desde los años 70, los territorios de las comunidades indígenas en el departamento han tenido la presencia de los grupos guerrilleros de las FARC, ELN, M-19; y el Quintín Lame movimiento armado in-

dígena que hoy se encuentra reinsertado. Las comunidades indígenas han sido claras y contundentes con los actores en conflicto, para que salgan de sus territorios y no involucren a sus comuneros en el conflicto armado. Han sido diversos los mecanismos de defensa, de resistencia, que vienen utilizando las comunidades indígenas, frente a los actores armados, basados en la fortaleza de sus organizaciones, autonomía, arraigo cultural. Entre éstos la posición unánime de no salir y abandonar sus territorios, el proyecto de las guardias cívicas como medida de prevención y seguridad, las alianzas con otras organizaciones políticas y sociales que comparten sus principios, para que se movilicen y busquen soluciones pacíficas y negociadas, a los conflictos que los aquejan.

El Cauca ha sido escenario de los procesos de paz realizados con los grupos insurgentes del M-19 y el Quintín Lame, así como de diversas negociaciones realizadas por las organizaciones sociales del departamento con el gobierno nacional. Esto ha hecho que la región se distinga por una activa y permanente movilización social que busca una mayor participación política, unas mejores condiciones de vida y la lucha contra distintas medidas económicas que lesionan a la sociedad. Simultáneamente a la presencia de las organizaciones sociales, se encuentra un escalamiento del conflicto armado dada una mayor permanencia de distintos actores armados que ejercen presión en el territorio y la población (para-

militares, grupos insurgentes, narcotráfico, ejército) y que generan desplazamiento forzado y crisis humanitaria. El mismo efecto ha generado la aplicación del Plan Colombia en una gran parte del territorio caucano, la política de fumigaciones a los cultivos de destinación ilícita ha lesionado a las mujeres en aspectos relacionados con la condición económica (cuando son fumigados, además, los cultivos de pancoger) y la salud de ellas y sus familias.

Empero, las manifestaciones de resistencia civil al escalamiento de la confrontación armada, que de manera espontánea realizaron las comunidades en los municipios de Bolívar, Caldon y Puracé del departamento del Cauca, son expresiones ciudadanas, que demuestran que la guerra no hace parte del imaginario comunitario y que por el contrario rechazan los efectos negativos sobre la población, levantando su voz en defensa de la vida, el interés colectivo y su patrimonio. Y en esta resistencia también las mujeres se la juegan toda: todo su temor pero a la vez su convicción de que no es posible la paz cuando se vulnera y lacera el cuerpo de las mujeres. En consecuencia la resistencia por parte de las organizaciones de mujeres no se ha fortalecido, debido al permanente miedo frente a amenazas contra la vida de las mujeres o las de sus hijos e hijas.

La forma como han sido interpretadas estas manifestaciones de resistencia civil, ha distorsionado el carácter ciudadano que

las provocó. De una parte, la movilización de una opinión nacional que se sesga, tomando partido frente a los actores de la guerra y que por lo tanto utiliza los hechos ciudadanos para fines que interesan a uno de los actores del conflicto, sin que ese haya sido ni el propósito ni el sentido de la oposición comunitaria al hecho armado. De otra, consecuente con la anterior, que el aislamiento, la falta de solidaridad y la inmovilidad ciudadana en favor de la paz, hace temer a los líderes y las lideresas, a las organizaciones de mujeres, y a los miembros de estas comunidades, que puedan ser objeto de retaliaciones.

Se conoce que en los municipios de Santander de Quilichao, Timbío, el Bordo, El Tambo, Morales y Cajibío entre otros, las mujeres han sido obligadas por parte de grupos paramilitares a permanecer en sus casas después de las 10 de la noche, se les ha prohibido usar minifaldas y han sido acosadas sexualmente; quienes incumplen con estas imposiciones, son llevadas a los campamentos para que les laven los uniformes y les cocinen durante un tiempo. De igual manera las mujeres han sido víctimas de estos grupos, cuando sus esposos o vecinos las acusan de infidelidad y son juzgadas y castigadas por los actores armados. Algunas lideresas que están al frente de procesos comunitarios, han sido amenazadas por acudir a las alertas tempranas frente a posibles incursiones de los actores armados. El último caso conocido ante la opinión pública, fue el de una adolescen-

te de 16 años del municipio de El Bordo, que fue acosada sexualmente por grupos paramilitares y posterior a su denuncia fue asesinada en su casa.

El fortalecimiento de las capacidades de la comunidad para ganar un entorno favorable que permita movilizar la opinión hacia su proceso, debe promover la participación ciudadana local y regional en torno a hechos ciudadanos de paz, consolidando su experiencia y haciendo visibles los procesos que allí se viven. Es necesario comprometer al sector institucional, a las organizaciones defensoras de Derechos Humanos, a las ONG y a la sociedad civil, para actuar como red ciudadana por la paz, de manera que se prevenga cualquier intención que pretenda afiliar a la población o parte de ella, bajo estrategias que favorezcan alguna de las orillas del conflicto armado interno. De igual forma, es muy importante preservar los líderes y lideresas que han llamado a la resistencia civil y a las ciudadanas y ciudadanos que han respondido con su participación directa, pues sus vidas pueden correr peligro.

Es importante resaltar que las gobernaciones de Cauca, Nariño, Tolima, Huila y Putumayo impulsaron un proceso de integración regional que le apuesta a la construcción colectiva de país y al desarrollo de un nuevo esquema de Estado, cuyos objetivos esenciales son: diseñar políticas sobre el ordenamiento territorial y la reforma política; evaluar las políticas

de erradicación de cultivos de uso ilícito y elaborar una propuesta regional; y avanzar en la construcción del Plan de Desarrollo y Paz de la Surcolombianidad.

De otro lado, la desmovilización de las Autodefensas Campesinas del Cauca convierte al departamento en uno de los escenarios de los procesos adelantados por el gobierno del Presidente Uribe, lo que genera incertidumbre en las organizaciones sociales y las comunidades, específicamente porque se conoce que es un sector muy reducido el que se desmovilizó, pero las AUC continúan con una amplia presencia en el territorio caucano.

1.5.4. Putumayo

El departamento de Putumayo se localiza al Sur del país, limita al Norte con los departamentos de Cauca y Caquetá, al Sur con los países vecinos Ecuador y Perú, al Occidente con el departamento de Nariño y al Oriente con el departamento del Amazonas. Cuenta con una extensión aproximada de 24.885 km², y hace parte de la región amazónica junto con los departamentos de Amazonas, Caquetá, Vaupés, Guaviare y Guainía³².

La amazonía colombiana corresponde al 35% de la superficie total del país, sus ecosistemas están caracterizados por la existencia de bosques húmedos tropicales que cumplen con una importante función de regulación de los ciclos del agua y, por

tanto, de configuración del clima adecuado para las condiciones de vida en el planeta³³. La región amazónica había estado habitada en sus orígenes por indígenas de distintas etnias, que poco a poco fueron recibiendo en su extenso territorio la llegada de nuevos pobladores de distintas regiones del país como resultado del proceso colonizador. Inicialmente, el gobierno central impulsó la colonización para la explotación de recursos naturales como la quina y el caucho (1884-1913), luego la violencia bipartidista de los años 50 ocasionó que muchas personas de diferentes regiones del país huyeran de la violencia, desplazándose a la región. Posteriormente la bonanza petrolera (1963-1970) y por último la bonanza de la coca (1977-1989), contribuyeron a que se generaran importantes migraciones hacia la Amazonía occidental; así el crecimiento de la población en las últimas décadas muestra cómo la región pasa de tener 250.000 habitantes en 1973 a más de 550.000 en 1999³⁴.

El departamento de Putumayo ha sido foco del gran despliegue de la ofensiva contra los cultivos de uso ilícito; se estima que allí se cultiva cerca del 60% de la coca de todo el país; adicionalmente es considerada una importante área donde se localizan grupos al margen de la ley, quienes extraen del comercio de estos cultivos una significativa porción para su financiación. Las fumigaciones en el Putumayo se empiezan a desarrollar en julio y agosto de 1997 con la aspersión de 516 hectáreas y en 1998 en

el municipio de Puerto Guzmán se fumigaron 3.950 hectáreas³⁵.

Con posterioridad a la suscripción de varios de los pactos a finales del 2000 y principios del 2001 se intensificaron las campañas de fumigaciones masivas en Putumayo, bajo la estrategia del Plan Colombia. Para el año 2001 en los municipios de Puerto Guzmán, Villagarzón y Puerto Caicedo principalmente se fumigaron 23.176 hectáreas y a partir de agosto del 2002 se reinició nuevamente la fumigación (Contraloría General de la República). Pese a ello, aunque ha habido una disminución de los cultivos, los resultados obtenidos han sido cuestionables; como lo plantean algunas investigaciones, el comportamiento de la producción de uso ilícito no se elimina totalmente, ya que existe una tendencia al desplazamiento de los cultivos hacia otras regiones, donde antes no existían, generando así la reiniciación de un nuevo ciclo de la producción cocalera.

Las fumigaciones han sido consideradas como una estrategia improcedente del gobierno, ya que a pesar de la suscripción de varios pactos sociales de erradicación, se han realizado operaciones aéreas, afectando no sólo a los cultivadores de coca, sino también a los que no lo son e incluso a las comunidades firmantes de los pactos. Según el informe de la Defensoría "a juicio de las autoridades antinarcóticos, vencido el plazo de un año para erradicar manual y voluntariamente sus plantaciones de

uso ilícito, los-as pequeños-as cultivadores habían incumplido sus compromisos, lo cual había llevado al aumento de los cultivos de uso ilícito en algunas áreas de la región. Sin embargo, como se expuso, el plazo de un año no podía considerarse vencido para esa fecha. Además, no podía afirmarse contundentemente que los campesinos-as e indígenas habían incumplido sus obligaciones (Defensoría del Pueblo, octubre de 2002).

Ante esta realidad, la implementación de estas acciones han estado rodeadas de fuertes críticas y oposiciones por parte de las comunidades campesinas e indígenas y de las organizaciones de la sociedad civil nacionales e internacionales que rechazan totalmente la forma en que se ha orientado la política antidrogas; así la Contraloría General de la República y la Defensoría del Pueblo, han denunciado reiteradamente los impactos ambientales y sociales de las fumigaciones, tanto por su ineficacia como por el deterioro ambiental y el perjuicio en la salud y en la alimentación. De este modo, han demandando la suspensión inmediata de las fumigaciones indiscriminadas, hasta tanto no cumpla con los planes de manejo ambiental que permitan evaluar los impactos en el medio ambiente con el fin de mitigarlos, compensarlos, corregirlos y controlarlos y así mismo hasta tanto no exista un plan de salud de vigilancia epidemiológica que realice un estudio científico serio esclareciendo los efectos de este químico en la salud humana.

La expansión de los cultivos de uso ilícito ligada al fenómeno del narcotráfico, ha venido ganando proporciones tan amplias y tan complejas, que se ha articulado funcionalmente a la guerra interna que vive el país, y en consecuencia, repercutiendo en el escalonamiento del conflicto armado colombiano. En este complejo escenario confluyen diversos actores-as que coexisten y problematizan aun más la situación. Por un lado, se encuentran los grupos al margen de la ley quienes han ejercido una presión y lucha por el control de territorios estratégicos con propósitos meramente económicos, políticos y militares, beneficiándose así del negocio del narcotráfico como fuente de financiación, provocando el crecimiento de las actividades de narcotráfico y por ende, de la siembra de los cultivos de uso ilícito. Por otro lado, se encuentra el gobierno nacional, quien ha decretado la lucha contra las drogas y por lo tanto su ofensiva militar contrainsurgente. Y finalmente la población campesina, vinculada con los cultivos de coca, sobre quienes han recaído las peores consecuencias³⁶.

La sociedad putumayense cuenta con las características de una cultura patriarcal, la cual se reproduce en diversos espacios; escuela, familia, iglesia, organizaciones sociales y estatales, entre otros. En el Putumayo, las familias presentan tres factores que se deben tener en cuenta: su diversidad cultural, como producto de los distintos complejos culturales que se han establecido en la zona por efecto de la colonización;

el impacto del conflicto armado, el narcotráfico, y la producción de cultivos de uso ilícito, entre otros; y como consecuencia de los dos anteriores factores, por la configuración de diversas tipologías donde se pueden encontrar, en mayor proporción que las familias nucleares, a otras estructuras familiares.

En el departamento la organización familiar más frecuente es: la monoparental, con altos niveles de madresolterismo por encima de los casos de la jefatura del padre sin presencia de la madre; familias recompuestas que han pasado de una a cuatro uniones sucesivas; familias extensas, donde cohabitan diferentes generaciones y por lo tanto, diferentes clases de concubinatos³⁷.

Es evidente que toda la situación de violencia que vive el departamento, incide en las dinámicas familiares y en la violencia al interior de ella. Según estudios realizados acerca de los efectos del impacto del cultivo de coca, el fenómeno del narcotráfico, el fenómeno del desplazamiento forzado, y el conflicto armado, sobre las dinámicas familiares, reconocen que estos fenómenos generan dispositivos culturales³⁸, que se configuran sobre la subjetividad y la vida privada de las personas, reproduciendo y manteniendo la violencia intrafamiliar.

“En cuanto al impacto tanto de los cultivos de uso ilícito como del conflicto armado se ve mucho la desintegración familiar, originando muerte, mujeres cabeza de familia, viudez. el entorno familiar se

ha transformado enormemente..., no hay una sola familia por todos estos cambios. Veamos también cómo la familia se empieza a incorporar a la guerra, el joven vinculado al conflicto armado, como soldado campesino o red de informante... y la mujer se siente muy afectada, por esto, es a la que le toca ver partir a sus muchachos, es como arrancar una parte de sí para participar en una guerra sin sentido” Mujer del Putumayo

1.5.5. La violación de los Derechos de las Mujeres, un elemento común a Chocó, Putumayo, Cauca y Medellín

En Colombia la mayoría de las víctimas de la violencia socio-política son hombres, pero progresivamente se presenta un incremento de manifestaciones violentas que afectan con especial crudeza a las mujeres, niñas y niños. “Las mujeres que viven en zonas de conflicto armado padecen cotidianamente una serie de violaciones de sus derechos humanos y en particular de los derechos sexuales y reproductivos, por parte de los diferentes actores de la guerra. La violencia sexual, utilizada como arma política por los grupos en conflicto, es una de las formas más comunes de violencia – no denunciadas, ni investigadas, a que son sometidas las mujeres colombianas que habitan en sectores urbanos y rurales, que se encuentran bajo la influencia de estos grupos armados. A estas violencias se suman especiales prácticas discriminadoras existentes en algunas de esas zonas, tales como la venta de niñas y la mutilación genital en

algunas comunidades indígenas, amén de las violencias cotidianas en la familia, la comunidad y las instituciones mismas”³⁹.

El homicidio deja huérfanos a más de 50.000 niñas-os y a 15.000 viudas cada año de acuerdo con las cifras de la Consultoría para los Derechos Humanos y Desplazados, Codhes. Desde 1980 la violencia cruzada entre guerrilla, militares, paramilitares, narcotráfico y delincuencia común, ha provocado el desplazamiento forzado de más de 2.000.000 de personas dentro de las cuales el mayor porcentaje corresponde a mujeres y menores de edad.

El impacto negativo de la violencia sociopolítica se refleja en la composición y dinámica familiar, así como también, en la desdibujación de los roles, límites y funciones que cumple cada uno de las-os miembros de la familia. Incide en aspectos económicos como el empobrecimiento gradual y progresivo de las mujeres, muchas de ellas jefas de hogar, que intempestivamente encontraron la viudez, hallándose indefensas y sin recursos para garantizar la supervivencia propia y la de sus hijas-os.

Lo cierto es que la violencia contra la mujer se exagera en tiempos de conflictos armados, adoptando connotaciones sexuales como violaciones, acosos, abusos, esclavitud doméstica y sexual y mutilaciones sexuales. La situación llega al punto de que se afirma que las mujeres de los barrios saben de complicidad, por acción

u omisión, en algunos casos, de las mujeres con miembros de grupos paramilitares, y /o con las bandas que han sido cooptadas por ellos⁴⁰.

Niñas y Mujeres son víctimas de violaciones de sus Derechos Humanos, entre varias razones por habitar en territorios de disputa, por tener o ser acusadas de tener relaciones afectivas o vínculos familiares con alguno de los actores armados, por ser líderes comunitarias, por su condición de mujeres.

Algunas de las formas de violencia que a las mujeres afro descendientes, indígenas y campesinas, les impone el conflicto armado interno están relacionadas con la irrupción violenta del mismo en sus prácticas culturales y en su cotidianidad. Otras están atravesadas por prácticas discriminatorias y racistas, de los actores armados y no armados. Y muchas de ellas dejan ver lo que supone el desarraigo y la pérdida de sus tradiciones culturales, al ser forzadas a vivir dentro de su territorio pero bajo el control de los actores armados, o bien fuera de su territorio por el desplazamiento, enfrentando al llegar a las ciudades una triple discriminación por ser mujeres, por ser afro colombianas y por estar desplazadas⁴¹.

El conflicto tiene unos contenidos específicos cuando se trata de las afro descendientes y las indígenas, pues a él se añade el tratamiento histórico dado por la cultura

patriarcal a la mujer, es así como, las afro descendientes tienen que vivir las implicaciones de la guerra bajo la lógica que discrimina por sexo/género y etnia, haciendo de ellas las más marginadas de las marginadas, pues son colocadas en el lugar más bajo de la jerarquía impuesta por la autoridad violenta del varón.

Para las afro descendientes y las indígenas la disputa territorial y el desplazamiento, tienen que ver con procesos largos y confusos en los cuales se mezclan intereses económicos y políticos que chocan entre si, porque quienes los abanderan tienen la misma intención: imponer al otro/a su deseo. En años recientes la misma lógica hegemónica que ha orientado las acciones de los grupos que combaten en el territorio chocoano y caucano, ha sido la que ha estado en la base de su comportamiento en relación con el cultivo de la coca, es así como ya no sólo se disputan el territorio y las inmediaciones de los ríos, sino también el acceso a las costas como referentes geográficos asociados a los mercados de este cultivo.

1.5.6. Desplazamiento forzado y las mujeres

El desplazamiento forzado⁴² identifica una serie de hechos que amenazan la integridad de las poblaciones y que destruye sus lazos sociales, históricos, a la vez que les obliga a abandonar sus bienes. En términos generales el desplazamiento

forzado está asociado a masacres, amenazas y otras prácticas de violencia que se derivan del tratamiento de la población como objetivo militar. Las motivaciones del desplazamiento son diversas y se entrecruzan de manera diferenciada según las prácticas de guerra de los actores armados y la situación del conflicto en las diferentes regiones del territorio, en una cambiante geografía política del conflicto armado. A continuación se muestra un breve inventario de los motivos asociados el desplazamiento forzoso en Colombia.

- La demostración de influencia político militar en el nivel territorial: El despliegue estratégico de los actores armados sigue distintas lógicas según las relaciones de poder a que da lugar el enfrentamiento. La tendencia de los últimos años apunta al desarrollo de diferentes tipologías de asentamiento territorial de los actores armados: a) territorios con presencia hegemónica de uno de los actores armados, b) territorios en disputa y c) territorios de eventuales incursiones, que sugieren cierta inestabilidad y están condicionados por los ritmos de la guerra irregular.
- El conflicto se arraiga fundamentalmente en las regiones en las que se han venido desarrollando nuevas fuentes de acumulación económica. Por eso, entre otras causas, el des-

plazamiento está asociado a los procesos de recomposición de la estructura de la tenencia de la tierra, en las nuevas fronteras de colonización y expansión de la frontera agrícola, en los territorios con fuerte presencia de los intereses del narcotráfico a partir de modalidades de ganadería extensiva, el latifundismo tradicional e incluso los nuevos enclaves de agricultura comercial. Además se trata de zonas donde la solución de los problemas y la existencia de lazos sociales e institucionales es frágil⁴³. Asociado al factor anterior, existe una relación entre presencia territorial de los actores armados, seguridad y protección o riesgo de la propiedad y la valorización del suelo. El proyecto paramilitar no cuestiona políticamente la estructura de la tenencia de la tierra y su dominio territorial se traduce en mayor valorización. Igual ocurre en algunas regiones de predominio de los proyectos insurgentes, aunque en términos generales esta presencia suele producir incertidumbre sobre la propiedad, cobro de impuesto revolucionario e inseguridad con la consecuente desvalorización.

- La lucha por el control o la desestabilización de zonas dotadas de recursos naturales en explotación o potencialmente explotables en el futuro (En Urabá, la industria ba-

nanera, el latifundio de tierras antes selváticas del Darién, la economía petrolera y aurífera). Igual ocurre con las zonas donde se localizan megaproyectos públicos o privados en desarrollo (especialmente los nuevos proyectos de infraestructura energética y de comunicaciones que tienen importantes impactos de valorización de tierras las cuales empiezan a ser objeto de disputa).

- ✦ Demostraciones de fuerza con fines estratégicos y políticos (actos de presencia armada con interés político en zonas claves. El caso de Putumayo, los santuarios del adversario y la misma zona de distensión se convierten en regiones objetivo en términos militares. De hecho, a comienzos de 2001 la FARC golpea uno de los centros de operaciones de Carlos Castaño en Córdoba así como los paramilitares desarrollan estrategias para influir en los territorios de distensión del Caquetá y sus alrededores.
- ✦ El repoblamiento dirigido y el desarrollo de proyectos que puedan ser la base social y política de los actores armados. La destrucción de reales o potenciales bases sociales del adversario o de sectores sociales que puedan tener finalidades políticas y sociales similares a las de los adversarios, juega un papel decisivo.

- ✦ El control de corredores y zonas estratégicas en el ámbito militar -zonas de tráfico de armas e intenciones de guerra o de tránsito de economías ilegalizadas-. Y las formas de relación e influencia sobre las economías de los cultivos de productos de uso ilícito y en general del narcotráfico.
- ✦ La disputa por la recomposición política regional y el control e influencia sobre los gobiernos territoriales, cuyo poder político, fiscal y administrativo se ha incrementado sustancialmente a raíz de los procesos de descentralización del Estado colombiano. Además de la prevalencia de redes locales de poder y sus consecuencias sobre las dinámicas de protección y extorsión sobre los pobladores.
- ✦ Los efectos de la fumigación de los cultivos ilícitos, es una realidad en la Amazonía y Orinoquía. Desde 1995, miles de campesinos, colonos, jornaleros de la “raspa” y “flotadores” que se quedaron sin trabajo al disminuir el volumen de la hoja de coca para cosechar, emigraron de manera anónima por temor a la pobreza y a la doble sindicación de narcotráfico y subversión que con frecuencia se les endilga⁴⁴. Un ejemplo claro de los efectos de la fumigación ocurre en departamen-

tos como el Putumayo en donde antes de dar inicio en el 2001 a las fumigaciones, como parte del Plan Colombia, se estimó que más de 10 mil personas fueron desplazadas, de ellas un 50% lo hicieron hacia el territorio ecuatoriano⁴⁵.

Las investigaciones realizadas, en el país, sobre mujeres y desplazamiento, coinciden en afirmar que se dan tres situaciones por las cuales las mujeres se ven obligadas a desplazarse. Las mujeres que se encuentran entre los diferentes actores armados, sin compromiso directo con el conflicto pero ante la pérdida de alguno o alguna de sus familiares, ven involucradas su integridad y su seguridad. El desplazamiento es entonces una forma de garantizar su seguridad y la del resto de la familia. Las mujeres que no pierden a miembros de su familia pero ante la situación de tensión, conflicto, zozobra e inseguridad en la zona deciden desplazarse, por el miedo a seguir enfrentando la situación de inseguridad. Y las mujeres que desde tiempo atrás, han ganado liderazgo y legitimidad en su localidad y que por amenazas, desaparición de familiares o asesinatos de ellos, sienten en peligro su vida y la del resto de la familia, recurren al desplazamiento como una forma de protección para ellas y sus familias⁴⁶.

Asimismo, estudios realizados en el país muestran que las mujeres víctimas del

desplazamiento forzoso, en un primer momento deben enfrentar la destrucción de vidas, de bienes y lazos sociales, y en segundo, la supervivencia y la reconstrucción del proyecto de vida y de los lazos sociales. Investigaciones recientes afirman que: “desde el momento de la destrucción y del desarraigo se encuentran elementos diferenciales, por ejemplo, entre los motivos que han llevado a hombres y mujeres jefes de hogar a huir de su región. Los hombres aducen las amenazas como la razón determinante del desplazamiento. Al mismo tiempo, las mujeres mencionan el asesinato como la causa primordial de la huida”⁴⁷. El desplazamiento para las mujeres tiene implicaciones visibles e invisibles. En las primeras, se pueden ubicar la viudez, la pobreza, el deterioro físico, los cambios en las dinámicas familiares y en el entorno. En las segundas, el impacto del miedo, del chantaje, del abuso sexual en la vida síquica y afectiva de las mujeres.

El desplazamiento forzado afecta también a las organizaciones femeninas, pero, por las condiciones en las que éste se produce, no es visible tal afectación. A partir de la información estadística y los estudios sobre la caracterización social de la población desplazada, existente, no es posible saber cuántas de las mujeres desplazadas pertenecían a una organización social. Adicionalmente, las líderes sociales que son desplazadas buscan el anonimato por temor a ser ubicadas.

Según los estudios de Codhes, el destino de los desplazados y desplazadas es el de las-os vencidas-os en a guerra. Sus propiedades, sus animales y sus derechos son botín del vencedor. Sus fuentes de ingreso desaparecen, igual que sus redes familiares y vecinales de apoyo. Llevan el duelo y el miedo adentro, y encuentran el rechazo indiferente de los ciudadanos y la impotencia burocrática para atender la emergencia social. Son los testigos mudos de la guerra, que la sociedad y el estado prefieren ignorar, así como a la crisis humanitaria en la que se encuentra el país.

Para las mujeres en las zonas de conflicto armado, la situación no sólo tiene que ver con el enfrentamiento armada entre los diferentes actores, guerrilla, militares y paramilitares, sino también con el abuso sexual, el maltrato físico, el chantaje y la presión a que son sometidas por los diferentes actores del conflicto. Uno de los más críticos impactos del conflicto armado en la vida de las mujeres, es la violación a sus derechos fundamentales. De acuerdo con el informe elaborado por la Mesa de Trabajo de Mujer y Conflicto Armado⁴⁸, “los asesinatos de mujeres a causa del conflicto armado se incrementaron en el 2000. De un promedio de una víctima cada día y medio en 1999, se pasó a una víctima diaria, entre octubre de 1999 y septiembre del 2000: una víctima, cada día y medio, a causa de ejecuciones extrajudiciales y homicidios políticos; una mujer cada 14 días fue víctima de desaparición forzada; una

mujer murió cada 50 días como víctima de homicidios contra personas socialmente marginadas; y cada 7 días, una mujer murió en combate.

Este promedio diario significa que, en un año, 363 mujeres perdieron la vida por la violencia sociopolítica. De éstas, 311 murieron fuera de combate, es decir, en la calle, en su casa, o en su trabajo, de las cuales 277 lo fueron por ejecución extrajudicial u homicidio político; 27 por desaparición forzada; y 7 por homicidio contra personas socialmente marginadas⁴⁹. Continúa el informe afirmando que “entre octubre de 1999 y septiembre de 2000, por lo menos, 15 niñas⁵⁰ fueron víctimas de violencia sociopolítica. También murieron 21 mujeres jóvenes⁵¹. En Colombia al igual que en otros países que han vivido la guerra, la violencia sexual contra las mujeres es utilizada como arma de guerra, como una manera de deshorrar al enemigo o como un trofeo que se obtiene.

Según datos de la Red de Solidaridad Social, para el último año, 2002, se estima que el 17.81% de la población desplazada por el conflicto armado, es afro descendiente. El desplazamiento está cada vez más afectando a las comunidades negras e indígenas asentadas en territorios que se convirtieron en objeto de interés y disputa de los diferentes grupos armados legales e ilegales que hoy combaten en el país. Las razones del desplazamiento son múltiples: huir de las masacres; en-

frentamientos armados; implementación de estrategias militares; amenazas a los compañeros; temor de cooptación de un integrante de la familia; muerte del compañero; hurto de los bienes por parte de un grupo armado; bloqueos de las vías de comunicación que hacen que las comunidades sufran hambre y miedo a ser víctima de cualquier tipo de violencia implementada por un grupo armado.

En el caso del Chocó “la intensificación del conflicto armado ha generado que el 88% de su población (afro descendiente e indígena) padezca no solo los homicidios y las desapariciones, sino también los desplazamientos de población. En un principio, estos éxodos se orientaban a centros poblados del Chocó y Antioquia. Adicionalmente en el Norte, en Urabá, se organizaron comunidades de paz para garantizar el retorno de estas poblaciones en condiciones seguras. Aun así, estas comunidades han sufrido nuevos desplazamientos y sus habitantes han tenido que desplazarse, una y otra vez. O en el peor de los casos han quedado aisladas del resto del mundo porque los grupos armados les impiden desplazarse.

Es innegable que para las comunidades negras y los pueblos indígenas, los significados del territorio están relacionados con las reivindicaciones étnicas y territoriales que se emprendieron a finales de la década de los ochenta, en el primer caso, y desde la conquista española, para

los pueblos indígenas. Dichas reivindicaciones han estado relacionadas con la identidad cultural y la autonomía como requisitos de supervivencia. Para las-os afro descendientes, las-os indígenas el territorio es el escenario en el cual deviene la cotidianidad, las prácticas de producción, los rituales, la relación con la naturaleza; es decir, la vida. En este sentido, el desplazamiento forzado se configura en una acción que atenta contra el derecho a la vida, pues niega la vivienda, el sustento, tener relaciones de familiaridad y vecindad, mantener relaciones ancestrales, dejar de lado costumbres y formas de habitar un espacio, renunciar a la tierra y a la posibilidad de estar en ella.

La condición de las afro descendientes e indígenas, es dramática, ellas se ven obligadas a desplazarse a las ciudades, lo cual implica violaciones a sus derechos políticos, económicos, sociales y culturales, y formas de discriminación racial y discriminación por razones de sexo/género⁵². Cuando son jóvenes y por falta de oportunidades, algunas de ellas se ven obligadas a trabajar sexualmente no solo corriendo el riesgo de las enfermedades de transmisión sexual sino también cargando con la censura social que acompaña a la prostitución. Otras se dedican al servicio doméstico en casas de familia, donde padecen el acoso sexual de los varones. Las jóvenes tienen pocas oportunidades y por lo general ocupan los lugares más bajos en la escala salarial.

2 Los hallazgos



Como se enunció en la parte de los propósitos, la investigación tuvo como finalidad acercarse a las múltiples y diversas realidades de mujeres en zonas de cultivos de uso ilícito y afro descendientes, indígenas, campesinas y urbanas impactadas por el conflicto armado colombiano. Los hallazgos con respecto a las mujeres que viven y conviven con el conflicto armado, no estuvieron definidos en condiciones de laboratorio, sino por situaciones cotidianas, de la vida real. Las preguntas fueron sobre sí mismas, sobre sus instituciones y sistemas de valores y sobre temas como la sexualidad, el cuerpo, los cambios en sus vidas por causa del conflicto, y sus resistencias.

La investigación asumida como un proceso iniciado desde la formulación de las preguntas, la conformación del equipo, la definición del marco conceptual y de la metodología, la recolección de la información, la sistematización, análisis y elaboración del documento final; permitió una comprensión más amplia y profunda de los conocimientos situados complejos y la contingencia del conocimiento y de los seres humanos. Así como volver a constatar que el punto de encuentro y desencuentro en la vida, de las mujeres, está signado por las prácticas y efectos de la cultura patriarcal sobre ellas.

Esta comprensión implicó reconocer lo que nos separa y lo que nos une como mujeres. Aceptar que las investigadoras también tenemos problemas comunes con quienes narraron sus historias y que nos une a ellas, la experiencia en tanto víctimas del sexismo, de la represión y la explotación. Por lo tanto, la comprensión de los conocimientos parciales, se inició a partir de la doble conciencia, que en tanto investigadoras, estamos concientes de las estructuras objetivas dentro de las cuales vivimos y nos desempeñamos. Así por ejemplo, existía-existe- una asimetría de poder, entre las mujeres que narraron sus vidas y las

investigadoras, la cual no se transforma por la elección de una metodología feminista o por algún esfuerzo idealista de identificación con las víctimas del conflicto armado.

Reconocer estos hechos fue un primer paso para avanzar en una investigación que realmente pudiera responder a las opciones teóricas y metodológicas elegidas; pero sobre todo contribuir a la construcción de una objetividad feminista, la cual se encuentra dada, entre otras, por la conjugación de diversas realidades e interpretaciones que permiten una mirada crítica y darle un significado histórico al sufrimiento y la resistencia de las mujeres.

El siguiente paso, fue asumir, que aquello que nos vinculaba, por un lado, y lo que simultáneamente nos separaba, por el otro, -el saber, la clase, la etnia, el lenguaje y la educación- no eran datos absolutos. Existe un nivel en que nosotras, como mujeres, somos afectadas de manera similar por las relaciones patriarcales; por lo tanto, durante el proceso de investigación tuvimos la oportunidad de hablar y dialogar con las mujeres desde la perspectiva común de la experiencia de la vivencia del patriarcado. En este sentido, se hizo posible el acercamiento tan necesario con las otras mujeres y la indispensable toma de distancia respecto a nosotras mismas.

La investigación posibilitó al equipo investigador, y en alguna medida a las mujeres narradoras de sus vidas, recuperar la visión encarnada, asumiendo la pertenencia a

un cuerpo sexuado, a ver desde el lugar y las posiciones propias y desde el lugar y las posiciones de las mujeres. En este sentido, el gesto, la palabra, la risa, el llanto, el silencio, los temores y el abrazo fueron expresiones de cuerpos dolidos, enajenados; cuerpos sufridos, cuerpos inhibidos y cuerpos liberados.

Los hallazgos de la investigación se refieren a los temas narrados por las mujeres. El equipo investigador ha tratado de ser lo más fiel a las reflexiones e historias de ellas; sin desconocer que existen los filtros y las posturas de las investigadoras. Asimismo, las narraciones de las mujeres nos permitieron realizar un acercamiento y análisis de las situaciones vívidas por ellas. Para el análisis de las narraciones de las mujeres se tiene como herramienta de trabajo a la teoría feminista. Es decir, fue darse a la tarea de pensar las múltiples y diversas realidades desde la pretensión de desenmascarar la cultura patriarcal y sus diversas prácticas y valores.

2.1. Palabras, representaciones y resistencias de las mujeres del Chocó

2.1.1. Tiempo cronológico niña

Al poner en presente la experiencia de la infancia, las mujeres coincidieron en afirmar que durante su niñez era un personaje masculino quien tomaba las

decisiones, el abanico de posibilidades se extendía del padre al padrastro o al hermano mayor. En el caso del padre o el padrastro dicho rol estaba cimentado en la participación económica, pues él era reconocido como proveedor, en el caso del hermano mayor la situación se justificaba en el hecho de que el padre o el padrastro habían muerto o no estaban y la madre, pese a que se convertía en la proveedora económica de la familia, legitimaban sus decisiones en la aprobación de su hijo mayor.

“La persona más poderosa de niña, era mi hermano pero yo no le paraba bolas, un día lo iba a matar porque le iba a pegar a mi hermanita y las otras dos le caímos encima, mi mamá estaba pescando y por eso él se aprovechó”. Mujer del Chocó.

“La persona con más autoridad era mi hermano mayor y porque mi mamá lo quiso así, nosotras le teníamos más miedo a él que a la mamá”. Mujer del Chocó.

En relación con los roles y jerarquías, se presenta una constante en la diferenciación de los lugares femenino y masculino en la familia. En dicha constante el varón es proveedor y la mujer madre y ama de casa; sin embargo, vale la pena señalar que cuando se presentaba una unión entre una mujer que tenía hijos-as de una relación o relaciones anteriores con un varón sólo, a ella le tocaba trabajar en lo económicamente productivo hombro a hombro con el varón que desempeñaba el rol de padrastro. Es importante resaltar esta situación, pues de

acuerdo con las mujeres, el rol productivo de la mujer no era tenido en cuenta, no se consideraba que el varón obtenía mano de obra para trabajar en la tierra o la mina a cambio de la alimentación de la mujer y las-os niñas-os; es decir, el padrastro no estaba ofreciendo algo por nada y la mujer sí tenía participación en el sostén económico de la familia.

“Mi papá, trabajaba y traía el dinero a la casa, los hombres hacían trabajo en el monte, buscaban el pescado, cortaban la leña, sembraban el arroz y el maíz y las niñas lavábamos la ropa, cocinábamos y barríamos”.
Mujer del Chocó.

Las representaciones del conflicto familiar tienen dos dimensiones centrales: la primera estaba configurada por el eje autoridad – poder, en este sentido se presentaban disputas entre quien ostentaba el poder y quien estaba desposeído del mismo, por ejemplo padre – madre y hermano mayor – hermanas. La segunda dimensión estaba formada por el eje celos – reconocimiento, se daban desavenencias entre madre – tía y madre – padre – madrastra. La conjugación de ambas dimensiones pone en escena una tensión por el poder –autoridad encarnada en relaciones de reconocimiento y celos. Las mujeres compiten por el amor del varón, de una manera similar a como la madrastra y la hija se disputan el amor del esposo - padre.

“... mi mamá sacaba cosas del negocio para dárselas a una hermana y la otra le contaba a mi papá.... ellos se agarraban a pelear y nosotros a llorar, él le pegaba con una correa...”. Mujer del Chocó.

“Las situaciones que generaban conflicto en mi familia eran porque mi tía era confianzuda con el padrastro... cuando

se daban conflictos me ponía a llorar... pero quien resolvía el conflicto cuando se presentaban era mi hermano mayor y mi abuela daba consejos... pero se daba mucha violencia con la palabra... mi mamá era la que pegaba y mi papá ofendía con la palabra... me pegaban por desobediente, traviesa y porque pedía permisos para ir a bailar..." Mujer del Chocó.

"...los conflictos eran entre la madrastra y el papá por problemas de mi persona, ella quería que mi papá no me diera nada y me mantuviera sometida, que él consiguiera para ella y sus hijos y no para mí. Entre mis hermanos eran porque mi hermano discutía con mi hermana porque no quería que ella lo sirviera sino yo, yo fui como su mamá, yo lo cargue de niño y sentía más afecto por mí..." Mujer del Chocó.

La afectividad aparece como un continente enigmático en la mayoría de las narraciones de las mujeres. Se mantenían límites entre niñas y niños, la relación era posibilitada por la institucionalidad, por ejemplo la escuela mixta, la iglesia o la celebración de un cumpleaños. Los espacios para la expresión de la afectividad y para compartir juegos y experiencias, no solo eran regulados en términos de acceder o no a ellos; sino también que se regulaban los comportamientos permitidos a unas u otras. En caso que las niñas traspasaran esos límites, eran acusadas de machorras. Este señalamiento, era una forma de hacerles ver que estaban usurpando espacios y roles no permitidos para ellas, pero aún más de subvalorar y burlarse de dicha osadía.

"...si las niñas jugábamos los juegos de los niños, mi mamá y mi abuelita nos decía machorras..." Mujer del Chocó.

"... esos no son juegos de niñas, los de los hombres son distintos... se van a volver hombres..." Mujer del Chocó.

La cultura patriarcal está en la base de los sueños que de niña tenía cada una de las mujeres. Ser enfermera, profesora y madre son opciones de vida que comparten culturalmente una suerte de compromiso y disposición favorable de estar para el otro, de servirle y protegerle, de acogerlo y hacerlo con afecto. Enfermera, profesora y madre son tres caras de la misma imagen femenina del servicio.

"...mi sueño de niña era estudiar y ser mujer del novio que tenía..." Mujer del Chocó.

"... yo quería ser una gran enfermera..." Mujer del Chocó.

"... yo deseaba ser azafata o mujer policía..." Mujer del Chocó.

No deja de llamar la atención el contraste que se puede establecer entre dos respuestas brindadas; por un lado, una mujer reconoce que no quería "ser esposa sino ser libre"; mientras que otra, afirma que deseaba "ser la mujer del novio que tenía". El contraste hace emerger situaciones históricas de la cultura patriarcal, en las cuales resalta la condición subyugada de la mujer a los deseos masculinos, una la ve como inhibición a la libertad y la otra como realización de su deseo, lo interesante es que una y otra definen su sueño como mujeres en la relación con lo masculino y el matrimonio.

La sexualidad no fue un tema de discusión para ninguna de las mujeres, no reconocen influencias al respecto y se afirma que fueron las circunstancias las que se dieron, no hubo en ningún caso una preparación. La sexualidad tabú contrasta con las relaciones familiares que se presentaban; pues sí bien no se hablaba del tema, el varón y la mujer podían tener diversas relaciones de convivencia con otros y otras sin que por ello hubiera un rechazo social. Podría pensarse que esta flexibilidad relativa a las prácticas sexuales traducía una modalidad de las relaciones económicas, pues la mujer requería de un compañero para el sustento de sus hijos-as y el varón necesitaba de una mujer y sus hijos e hijas como mano de obra para el trabajo agrícola y minero.

"... mi recuerdo de niña sobre el afecto, el amor y la amistad, es con mi primer novio, nos besábamos, abrazábamos, sabroso pasaba yo con él... nunca nos hablaron de eso... eran cosas al escondido para que uno no supiera nada..." Mujer del Chocó.

"... nunca vi a mi mamá y mi papá teniendo expresiones de afecto... nunca me hablaron de la sexualidad, solo oía a otras compañeras pero no entendía muy bien lo que pasaba...mi familia no decía nada sobre la sexualidad y el afecto..." Mujer del Chocó.

Teniendo presente las respuestas dadas al tema de la sexualidad, no sorprende que el cuerpo tampoco fuera centro de discusión, todas afirman que nadie les habló del cuerpo en general y menos del femenino en particular, situación que se ilustra en la forma como vivieron la primera menstruación,

ninguna sabía a qué obedecía la sangre, solo una manifiesta que su madre le hizo tener miedo, a su cuerpo por el hecho de que ya podía embarazarse. La aceptación y el gusto por el propio cuerpo, es variable y se encuentra vinculada a la estética; así unas manifiestan que no les gustaba por gordas y otras que sí les gustaba por delgadas; es decir, es un gusto afincado en la tradición cultural que hace de lente para definir lo que es armonioso.

"Me incomodaba por el tamaño de la cadera y por eso no me gustaba mucho mi cuerpo". Mujer del Chocó.

"Me gustaba mi cuerpo porque nada le sobraba". Mujer del Chocó.

Después de la escuela, la iglesia aparece como un lugar de referencia para las niñas del Chocó, todas coinciden en su importancia y al reconocerlo como lugar de visita se hace evidente que sus familias estaban de acuerdo con que este era un espacio para lo femenino; situación que contrasta con la restricción para visitar lugares tradicionalmente de niños como el potrero, pues las niñas solo podían ir allí cuando se volaban; su vida social era restringida a la mirada vigilante de la madre. Recuerdan que entre los niños había juegos de contacto físico que no eran promovidos entre las niñas. Las mujeres reconocen haber tenido relaciones con los adultos, ya fuera porque les

daban consejos o las comadres que les preparaban comidas como un modo de integrar a las niñas con las labores domésticas de las mujeres.

“... además de la escuela de niña iba a la playa a bañarme, bailes, a jugar fútbol y a la iglesia mi familia es muy católica...”. Mujer del Chocó.

“... yo iba a la quebrada, a los potreros, a donde las amigas y a la iglesia...”. Mujer del Chocó.

“... de niña los lugares a los cuales iba eran a los bailes de cumpleaños, fiestas de la escuela y a la iglesia a misa cuando iba el cura...”. Mujer del Chocó.

“.. íbamos de paseo al campo, viajaba con mi madrastra a otros pueblos a pasear donde sus familiares, solo una vez fui a un baile y mi papá me pegó horrible y no volví a ir a bailes hasta que fui libre. También a la iglesia...”. Mujer del Chocó.

En lo relativo a las personas más importantes del lugar donde vivían, el abanico se abre de lo privado a lo público, mientras para unas las personas importantes pertenecían al núcleo familiar y de vecindad y representaban cariño, protección y complacencia; para otras los importantes, estaban en lo público y eran los comerciantes, el cura, el alcalde y el policía, quienes vivían en los mejores lugares y tenían que ver con la atención y resolución de los conflictos que se presentaban.

Las instituciones más legitimadas fueron la inspección, la alcaldía, la curia y la es-

cuela; todas reconocen en sí mismas el deseo de aprender y piensan que las instituciones donde se resolvían los conflictos eran necesarias para el desarrollo de la convivencia; también aparece como un aspecto significativo el hecho de que estas instituciones trabajan para la comunidad y que en ciertas temporadas ofrecían regalos a los menos privilegiados-as. Vale la pena detenerse en la afirmación de la escuela como un lugar agradable por el trato dado por la profesora, quien las hacía sentir inteligentes y como seres con capacidades y valores. En relación con el lugar donde vivían expresan un sentimiento de arraigo y pertenencia.

“El mejor lugar del mundo, me gustaba el río y la cultura, pensaba que vivía en el paraíso, pensaba que mi pueblo era muy lindo y quería que hubiera un aeropuerto, esperaba poder seguir disfrutando de ese ambiente”. Mujer del Chocó.

El lugar de procedencia, el cuerpo y la sexualidad conforman una tríada no muy pensada y cuestionada en el mundo de las niñas; hipótesis configurada a través de sus respuestas, pues pareciera que se presentara una actitud fenomenológica con cada uno de los tres como referentes de vida. Tierra, cuerpo y sexualidad, componen vértices sobre los que se erige cada vida como un incesante deambular entre tradición y cambio, vida y muerte, memoria y olvido, determinación e indeterminación, ser de la vida definido como femenino o masculino.

2.1.2. Tiempo cronológico mujer adulta, antes de la situación del conflicto armado

“ Mamita, mamita, ¿quién es mi papá? De tantos que son, no sé cuál será. Ándate a la calle y ponte llorá, y el que te acaricia ese es tu papá”⁵³.

La composición de la familia cambió, pues como mujeres adultas solo la de mayor edad permaneció bajo un modelo de familia extensa. En lo relativo a la toma de decisiones se presenta una replica del modelo vivido de niña, es así como el compañero es quien toma las decisiones en especial las relativas a lo económico y la participación de ellas está vinculada al hogar y el cuidado de los niños y niñas.

En lo concerniente a los roles, en todas las narraciones el varón era quien debía sostener económicamente la familia, las mujeres se encargaban del cuidado de los hijos e hijas y algunas colaboraban en el sostenimiento económico a través de la participación en el comercio y en trabajos agrícolas y mineros, una de ellas se desempeñaba como profesora. Es importante, destacar que los trabajos agrícolas y mineros no eran considerados como aportes económicos sino como una extensión de la responsabilidad femenina para la seguridad alimentaria, pues en el monte se cultivaba pan coger y en la mina se trataba de conseguir algo para intercambiar por comida. Los roles de los hijos eran estudiar, pescar, ayudar al padre en su trabajo, hacer los mandados y estar

pendientes de lo que pasaba en la casa; los roles de las hijas eran estudiar, hacer labores domésticas y ayudar en el cuidado de los y las hermanas menores.

“Antes cuidaba los niños y vendía abarrotes, ahora trabajo fuera de la casa, paso más en la calle que adentro de la casa”. Mujer del Chocó.

La socialización de los hijos e hijas, responde al modelo familiar que se le propuso a cada una de las entrevistadas durante su infancia, pues el varón sigue apareciendo como el proveedor y la mujer como madre de familia; también parece persistir la no-consideración positiva de la participación de la mujer en el mundo productivo, pues las labores que ella desempeña sean en el campo o en la mina, no son valoradas como trabajo. En este punto y teniendo en cuenta los riesgos que acompañan a una extrapolación, se propone pensar que existe una relación entre dos hechos: el primero, una mujer con hijos-as se une a un varón y pese a que trabaja igual que él, piensa que él es quien exclusivamente sostiene a la familia; el segundo, una mujer trabaja en la mina y/o en el campo pero piensa que ella no participa en la economía familiar. Una y otra no se ven como agentes económicos y ambas a través de una unión sexual se desconocen como quienes han asumido la seguridad alimentaria de su familia, pues la primera muchas veces se une al varón para que sus hijos-as no aguanten hambre y la segunda trabaja igual que él para conseguir el mismo objetivo.

Gran parte de los conflictos familiares pareciera tener como base las prácticas sexuales de los varones, pues tres de las entrevistadas afirman haber tenido discusiones con sus compañeros, que incluso llegaron a los golpes, porque sostenían relaciones con otras mujeres y por obligarlas a tener relaciones sexuales. Ambas situaciones ponen de manifiesto el hecho de que permanece la tensión sostenida en las dimensiones autoridad – poder y reconocimiento – celos, tensión identificada en sus familias de niñas. Otro conflicto es el que se presentaba entre los hermanos y la hermana, pese a no haber un componente sexual sí hay uno de relaciones socio-afectivas entre varones y mujeres, que actualiza la dimensión poder –autoridad. Al igual que durante la infancia la tensión se traducía en violencia verbal y física y en la mayoría de los casos la entrevistada reaccionaba de manera agresiva ante la agresión padecida. Sin embargo, una mujer advierte que en su familia no había discusiones fuertes, pero cuando se daba una desavenencia el compañero “no permitía manifestaciones violentas, si me desesperaba el compañero no avanzaba en la discusión”.

La afectividad seguía siendo claroscuro, pues las manifestaciones afectivas eran más usuales con los hijos e hijas y en las situaciones en las cuales se reafirmaban los roles femeninos vinculados a la maternidad, lo anterior lo confirma una de las entrevistadas “si éramos cariñosas con los hombres nos decían putas”. Los escenarios

públicos como el baile eran más permisivos, pero la distinción entre mujeres y varones en relación con la manifestación del cariño era marcada, también señalan como espacios de afectividad a los relacionados con el trabajo comunitario y las fechas especiales como el día de la madre, un cumpleaños o alguna celebración.

El reconocimiento de la singularidad y autonomía pareciera ser que no tenía espacio, pues en la mayoría de las entrevistas se afirma que el compañero no tenía en cuenta lo que ella pensaba, sentía y deseaba; algunas dicen que sus hijos e hijas si las tenían en cuenta, lo cual pareciera corroborar la situación descrita anteriormente en relación con los roles de mujeres y varones, pues las mujeres en tanto madres podían decidir con autoridad sobre el hogar. Para algunas de las entrevistadas su autonomía fue difusa y permanecieron en una posición de satélite que giraba de acuerdo con el sentir masculino.

En lo relativo a los sueños, la constante está vinculada al desarrollo académico de los hijos e hijas, pues deseaban una casa en un lugar donde ellos y ellas pudieran estudiar; una manifestó incluso el sueño de poder estudiar. Se hace énfasis en el lugar de la madre que vislumbra su sueño a través del deseo de un porvenir satisfactorio para sus hijos e hijas, de alguna manera postergando su ser pues éste se diluye en el rol materno y en la certidumbre de no haber podido realizar el sueño que tenía de niña.

La sexualidad aparece para algunas mujeres adultas como tema de conversación, ellas pudieron compartir sus inquietudes sobre el deseo y el embarazo con su compañero y amigas, pero para otras el tema permaneció en la penumbra pues no pudieron compartirlo con nadie y la sexualidad se convirtió en una experiencia desagradable, en sus palabras algo maluco. No obstante, no se puede dejar de lado el hecho de que se generó un cambio en relación con el entorno familiar infantil, pues algunas de las entrevistadas sí hablaban con sus hijos e hijas sobre el momento de iniciar la vida sexual, el embarazo, las enfermedades de transmisión sexual y la planificación familiar y con amigas y otras mujeres sobre los sentimientos generados en los encuentros sexuales. Una mujer afirmó hablar con su compañero de cuándo ella deseaba y cuándo no, pero aclaró que él no era del Chocó y además que había estudiado en la universidad.

El cuerpo durante la edad adulta no aparece como escenario de autonomía femenina, las mujeres no expresan su afirmación personal en él, un ejemplo de lo anterior es el siguiente testimonio.

“El cuerpo era algo para tener hijos, una vez vi al compañero masturbándose y le pregunte por qué y para qué, él me pego y me dijo que me mataba sí me veía haciendo lo mismo”. Mujer del Chocó.

En la vida comunitaria persisten las fronteras entre varones y mujeres, pues la relación

entre mujeres estaba fundada en la amistad. Su relación con los varones estaba mediada por la vida social como compartir en bailes o reuniones en las cuales se intercambian comentarios y chistes. Las instituciones más importantes eran la inspección, la curia y el puesto de salud, en consecuencia, los líderes estaban asociados a dichas instituciones y a las juntas de acción comunal. La única mujer que ostentaba liderazgo era la enfermera, lo que ratifica que el principal rol de la mujer estaba afincado en el servicio a otro.

La admiración por alguien era variable de mujer a mujer, mientras una expresa no haber admirado a nadie en particular, otra afirma que su compañero era la persona a la que más admiraba, también eran objeto de admiración las personas que trabajan con la comunidad, como los presidentes de juntas de acción comunal y los sacerdotes. Hay una respuesta que merece consideración: “a las mujeres por no decir nada por los golpes recibidos de sus compañeros”. Dicha respuesta lleva a preguntarse por el valor que la sostiene, es decir, por el silencio, sufrimiento, sacrificio y tolerancia ante situaciones que son adversas al ejercicio de la autonomía.

Sobre la situación de las mujeres en la vida comunitaria se puede decir que solo dos de ellas hacían parte de organizaciones como la junta de padres de familia de la escuela y la tesorería de la junta de acción comunal, otras dos no pertenecían a ninguna orga-

nización y la última participaba de manera colateral, en el sentido, pues acompañaba a su cónyuge, quien sí era integrante activo de movimientos campesinos.

En relación con los valores de un líder todas las entrevistadas coincidieron en la honradez como el más importante, acompañado del respeto, humanismo, tolerancia, solidaridad, humildad, recursividad y cumplimiento. Como se ve describen condiciones de la persona al servicio de la sociedad; en este sentido, se tiene una idea precisa de un liderazgo para el beneficio de la comunidad y se resalta la honradez quizá por ser el punto más frágil identificado por las mujeres en el ejercicio del liderazgo, pues narran experiencias en las cuales los líderes manejaron mal recursos, no fueron claros con la comunidad y estaban vinculados a grupos armados ya fuera por temor o conveniencia.

En lo referente al lugar donde vivían, casi todas están de acuerdo en señalar que se encontraban tranquilas allí, que su molestia era con circunstancias de la naturaleza, solo una mencionó la insolidaridad de algunas personas, en términos generales todas tenían un sentido de pertenencia y arraigo con el lugar.

La tierra en la que se vivía, el cuerpo y la sexualidad parecen, en términos generales y sin desconocer algunos cambios, seguir haciendo parte de una constelación fenomenológica más que discursiva, pues pese a

que las mujeres ya habían tenido experiencias sexuales, éstas, con pocas excepciones, no eran objeto femenino de representación lingüística en lo público.

2.1.3. Tiempo cronológico mujer adulta afectada por el conflicto

“A pesar de que nosotras llegamos a aquí a Quibdó, y que no nos vieron como buenas personas, a pesar de la discriminación, a pesar de los golpes que hemos tenido no con palos sino con el trato que nos han dado, a pesar de todo hemos luchado y echado para adelante, porque a pesar de que aguantamos hambre, desnudez y no tenemos salud y educación, hemos sido fuertes y no decaemos”. Mujer del Choco.

Luego de la situación de conflicto armado que cada una vivió, cuatro quedaron como cabeza de familia, pues sus compañeros están muertos, desaparecidos o se fueron. Todas, aún la que vive con su compañero, asumieron la responsabilidad económica y afectiva de la familia, ahora ellas toman las decisiones. Son víctimas del desplazamiento forzado, lo que provocó que tres de ellas volvieran al modelo de familia extensa, pues sus madres ancianas y sobrinas jóvenes quedaron desprotegidas y fueron desplazadas.

Como lo narraron las mujeres, debido a la situación de conflicto armado, las mujeres adultas no solo tienen responsabilidad con su familia nuclear; sino también, en muchos casos con la de la familia extensa, sobre

todo con las mujeres jóvenes y ancianas. Es así como no es raro encontrar en los asentamientos de desplazados y desplazadas en Quibdó, lugar de llegada para ellos y ellas, familias con mujeres de diversas edades: abuelas, adolescentes, hermanas, niñas. En los asentamientos proliferan mujeres, niñas y niños, se ven adolescentes varones expresando su deseo de irse, esperando el momento preciso para huir.

Bajo esta perspectiva es importante precisar que si bien las mujeres ahora toman decisiones, dicha situación más que obedecer a un acto voluntario responde a una coyuntura provocada por la muerte, desaparición, desolación, depresión, inestabilidad o huida de sus compañeros; en otras palabras, no tuvieron opción y la vida las obligó a cargar con la familia y en consecuencia a decidir.

Los cambios en la familia modifican los roles de varones y mujeres, en el caso de ella, al rol tradicional de madre y ama de casa, se suman las responsabilidades económicas y el liderazgo social, pues tres de ellas son claramente líderes de sus comunidades. Pero hay que anotar que de estas tres, dos ejercían una suerte de liderazgo en sus lugares de vivienda. La participación de las mujeres se carga con otras responsabilidades después del conflicto armado. Por su parte, los varones que sobreviven al conflicto parecen diluirse hasta convertirse en una sombra desde la distancia, pues se fueron del hogar o se quedaron en la casa pero con la palabra silenciada.

Algunas mujeres cuentan que cuando llegaron a Quibdó, por el desplazamiento forzado, sus compañeros no encontraban trabajo porque la escasa oferta laboral estaba casi restringida a lo doméstico y ese no era un trabajo para un varón; al disminuir su participación económica se resquebrajó su potencia como agente del núcleo familiar y el silencio se convirtió en su modo de estar. Algunos varones intentaron impedir a sus compañeras participar en procesos comunitarios. Ellas enarbolaron la responsabilidad de la maternidad y la impotencia masculina para participar en acciones públicas, una realidad cultural que favoreció esta reacción femenina, fue el hecho de que en el Chocó la iglesia cumplió y cumple un papel central en la atención y apoyo a las familias en situación de desplazamiento, y siempre las mujeres reconocían a la iglesia como un lugar femenino, de ahí que las relaciones mujer – iglesia fueran más sólidas que las de los varones en esta institución. Otro elemento afincado en la tradicional cultura patriarcal, es el que la mujer no siente vergüenza para pedir y reconocer sus carencias si ello representa algún tipo de beneficio para sus hijas e hijos.

La condición del joven es dramática, no tiene un lugar. Se presenta una situación en la cual el hijo pareciera opacarse en proporción al desfallecimiento simbólico del padre. Mientras que las hijas siguen ayudando en el cuidado de la familia y la casa a la vez que estudian; los hijos se convierten en sedentarios con aspiraciones nómadas,

irse, buscar otro lugar. Es como sí el conflicto le quitará brillo a la vida del varón que lo sobrevive, pues éste no encuentra roles que ejercer, la vida ya no es igual y sufren una desarticulación completa en relación con el tejido social.

“Cuando desaparecieron a mi compañero, mi hijo mayor estuvo mucho tiempo callado, el más pequeño no jugaba tanto, ahora seis años después, la relación con ellos es muy difícil, no quieren estudiar, no quieren hacer nada en la casa, son groseros, rebeldes, he intentado por todos lados y nada, yo he acudido a los sacerdotes para que me ayuden, pero ellos no quieren nada, no sé qué voy a hacer con ellos, pero tienen que servir para algo”. Mujer del Chocó.

Los conflictos familiares se desplazaron, los hijos empiezan a ocupar un rol como agentes de disputa y confrontación. Las mujeres afirman que discuten con sus hijos porque ellos se sienten menos queridos, también porque no cumplen con las demandas de ellas o simplemente por las condiciones económicas adversas. La mujer que vive con su compañero afirma tener conflictos con él, por su rol de líder. Se puede pensar que las dimensiones del conflicto poder – autoridad y reconocimiento – celos, siguen vigentes pero adquieren nuevas formas; por ejemplo, el poder – autoridad está presente en los reclamos por el liderazgo y el eje reconocimiento – celos está en las demandas de los hijos a las madres. Sin embargo, hay una variación que vale la pena señalar: la tensión sexual fue desplazada por un reclamo en lo afectivo,

pues antes se tenían celos por otra mujer ahora el hijo tiene celos de sus hermanos o hermanas, en síntesis la mujer pasa de ser quien siente celos de su marido a ser celada por sus hijos.

Las reacciones ante los conflictos familiares son variables, pero en todas se presenta una tendencia hacia la calma en relación con el pasado y al lugar que en dichas circunstancias tenía su madre; no obstante, aún se presenta la violencia verbal y física en algunos de sus hogares y reconocen desesperarse con sus hijos. Es particular el hecho de que ninguna mencionó una situación de conflicto en la cual el agente fuera una hija. Además todas se sienten protagonistas en los conflictos de sus familias ya sea por participar o mediar. En el cuerpo femenino quedan las huellas de la barbarie, unas perdieron peso por las tensiones, el hambre y la enfermedad que acompañan al desplazamiento y otras en sus manos muestran la sobrecarga de trabajo.

La vida comunitaria se caracteriza por dos dimensiones: solidaridad y desconfianza. La solidaridad se da en la formación y participación de organizaciones orientadas hacia la reivindicación y respeto de sus derechos; la desconfianza opera en la relación con el otro-a, de quién no se sabe nada y dicha ignorancia se traduce en sospecha sobre los vínculos que puede tener. El temor a morir es latente y está en el ambiente. Las relaciones con las mujeres se fundamentan en el compañerismo, la relación con los varones

en la consecución de recursos y resolución de sus problemas.

La mayor conciencia femenina sobre su liderazgo demuestra cambios en la valoración que tienen sobre sí mismas; ya no admiten de manera sumisa el rol de servicio incondicional de la mujer que todo lo tolera, al contrario, se promueven la participación política. Aunque todas ellas añoran la tranquilidad del lugar de donde fueron desplazadas, reconocen que antes no sabían qué hacer ni a quién acudir ante una situación de conflicto, que el haber vivido la experiencia del desplazamiento las ha obligado a conocer y actuar.

Al principio no pensaron que el desplazamiento fuera una forma de resistencia pero éste las llevó a organizarse, realizar marchas de protesta, reclamar sus derechos; acudir a los medios de comunicación nacionales e internacionales. Ellas entablaron acciones de tutela en la defensa de sus derechos, participaron de foros y se tomaron lugares públicos como espacios de vivienda. Aprendieron a tener palabra pública y reconocieron que sólo a través de organizaciones sus demandas podrían tener eco. Mientras vivían esta situación extendieron lazos de solidaridad con otras mujeres, se hicieron compañeras y crearon una red de comunicaciones y apoyo alimentario a través de restaurantes, y están forjando posibilidades económicas implementando lavaderos comunitarios; en definitiva, las mujeres le están dando la cara y el corazón a la vida.

Es importante señalar que esta actitud, no es exclusivamente un resultado del conflicto armado, sino más bien, el producto del fortalecimiento del rol materno que empuja a la mujer abrirse camino cueste lo que cueste; en este sentido, nunca se podría pensar que el conflicto contribuye a la autonomía femenina, sino que ante la soledad y el abandono masculino ella cumple con los dos roles. También en el cambio de la mujer juega un papel decisivo la relación con otras mujeres dispuestas a salir adelante, este aspecto es vital, pues anteriormente las entrevistadas no tenían relaciones de compañerismo para lograr un fin con otras mujeres. Formaron una suerte de hermandad desplazando la patria, lo cual se traduce en una mayor conciencia de su ser femenino y en la disminución de antagonismos entre ellas, es como sí ahora se pudiera decir:

“Entre mujeres no nos pisamos la manguera”. Mujer del Chocó.

Las mujeres que narraron su experiencia actuaron ante el conflicto cuando lo padecieron. Antes pensaban que era un asunto de peleas entre padres, parejas o vecinos, de pronto se vieron enfrentadas a amenazas, desapariciones, muertes, pobreza, soledad, separaciones y desplazamiento. Entendieron que había diferentes intereses y actores, aterrizaron a una realidad colombiana que les impedía volver a determinados sitios, que las obligaba a llevar una oración dentro de la cartera, a no sentarse solas en la

mitad de un bus, a no salir de noche, a no hablar con desconocidos, a advertirle a los hijos los riesgos de vincularse a un grupo del conflicto y a las hijas de enamorarse de un actor armado.

Sobre los grupos armados y sus prácticas en lo público piensan que “no hacen nada bueno, secuestros, desalojos, saqueos, extorsiones, vacunas, matanzas y amenazas”. Para ellas son los responsables de su indefensión pues por ellos están desplazadas y sus hijos e hijas no pueden estudiar y no tienen garantías de salud. Sienten temor que las maten y/o a sus hijos-as, que las torturen, las cojan o desaparezcan a un integrante de sus familias. La inseguridad tiene un lugar importante en su cotidianidad pues tres reconocen sentir temor en la calle y las otras dos en el lugar donde vivieron el desplazamiento.

Sobre la resolución del conflicto en el Chocó son pesimistas pues opinan que cada vez es más violento y los jóvenes se están involucrando más, que no hay forma de sacar a los grupos armados de su territorio, que no se sabe qué grupo está acabando con el otro porque el conflicto viene de tiempo atrás y es muy confuso, que el Estado no hace nada para resolverlo y que se presentan situaciones para prolongarlo como la tristeza, soledad y orfandad.

Esperan del Estado y los grupos armados negociación, aunque reconocen que es un ideal, que el ejército y los grupos

armados no violen los derechos de la población civil y, que las mujeres se unan para conseguir la paz a través de la comprensión de que lo que está pasando tiene que ver con ellas y en consecuencia, deben y tienen el derecho a participar en la negociación. Para todas el diálogo y el reconocimiento de que todos y todas hacen parte de un mismo territorio es la solución.

Los grupos armados identificados son guerrillas, paramilitares, ejército, policía y milicias, su identificación comenzó en 1994 y se agudizó durante 1996, período en el cual el departamento fue el escenario de las acciones de los paramilitares en contra de la guerrilla, quedando la población civil en medio de la contienda y con la única opción de desplazarse, pues eran acusados de servir a uno u otro grupo. La situación se hizo más dramática por la ausencia del Estado, que empezó a figurar en el escenario bajo la acción militar.

Los actores armados representan para las mujeres “desconfianza, violencia, injusticia, impotencia, personas que no piensan en su madre o en los demás, una gente que anda matando y no piensa en nadie, no piensa que tiene una madre que va a sufrir por eso, peligro, desesperanza y destrucción de la sociedad”. Ninguna de las mujeres avala la acción violenta de los grupos armados, sienten por ellos dolor, rabia y miedo.

2.1.4. Resistencias de las mujeres del Chocó

Las mujeres narraron diversas y múltiples formas de resistencia en lo privado y lo público. En lo privado el desplazamiento forzado es la primera reacción. Es importante señalar que por lo general son los varones quienes sufren las amenazas y las mujeres quienes toman la decisión de irse, dejar la tierra y abandonar las pertenencias. Se podría pensar que el desplazamiento es una situación en la que se materializa la sin salida de las personas que padecen los intereses expansivos de los grupos armados. Algunos varones compañeros de estas mujeres murieron por no haber querido salir, de modo que, pese a no ser una elección autónoma, el desplazamiento se convierte en una modalidad de resistencia en cabeza femenina, orientada hacia la protección de la vida, ante la acción violenta.

El varón parece albergar más temores al momento de abandonar la tierra, esta situación parece justificarse en la inseguridad que le provoca enfrentarse a un medio económico desconocido y donde no cuenta con ninguna garantía para mantener su rol de proveedor. De ahí que, exprese mayores resistencias para abandonar la que considera su tierra, el reino en donde su palabra encarna autoridad y poder como lo muestran las respuestas de las entrevistadas. La posición masculina, contrasta con la de la mujer, ella pone en

primer plano la consideración sobre la vida, aunque ello signifique sacrificar la “estabilidad” que le ofrece la tradición; se arriesga a irse haciendo eco a la premisa de proteger la vida de sus seres queridos.

Después de la situación de conflicto armado que le tocó vivir a cada mujer, la familia adoptó diferentes mecanismos de sobrevivencia: separación, fortalecimiento de los roles femeninos y asunción de liderazgo, participación en organizaciones de carácter comunitario y desconfianza ante los desconocidos. Frente a la separación vale la pena resaltar que son los varones los que abandonan el hogar materno, lo cual se explica por el hecho de que son quienes, por lo general, pueden ser reclutados por los grupos armados y en lo relativo a la desconfianza se evidencia la ruptura de los hilos que hacen posible la trama social, pues ella implica: suspicacia, recelo, sospecha, escepticismo, desengaño, cuidado, astucia, prevención y escrúpulo.

Como se ve el desplazamiento parece llevar a quienes lo padecen a formar pequeños círculos de relaciones, pues alguien desconocido es potencialmente un agente de conflicto, un agresor, así la sospecha está en la sombra de cualquiera, situación completamente adversa para establecer vínculos de amistad, vecindad, hermandad y solidaridad; pero sí favorable para la desunión, individualismo y prelación de intereses personales sobre los colectivos.

En lo público, los movimientos y espacios femeninos aparecen como instancias de acogida para las mujeres desplazadas, pues allí se fortalecen como líderes y gestionan proyectos colectivos por oficios y necesidades como restaurantes y lavaderos comunitarios, que se convierten en soluciones alimentarias y en alternativas económicas.

La iglesia juega un papel central en el proceso de fortalecimiento público de lo femenino, pues tradicionalmente la mujer ha estado vinculada más a ella que el varón, lo cual permite que sean las mujeres las que toquen sus puertas. Además aún la iglesia cuenta con cierto margen de acción que no tienen las organizaciones de carácter civil como las O.N.G, que en muchas ocasiones se ven limitadas por las presiones y acciones de los diferentes grupos armados; es por ello que la iglesia aparece como un lugar para gestionar y jalonar acciones de carácter público. Otro aspecto importante que hay que considerar en el papel que juega la iglesia, es que en zonas marginadas políticamente del país como es el caso del Chocó, ella ha ocupado el rol de reguladora de las relaciones sociales; en este sentido se vive más bajo la lógica del “yo creo” que bajo la lógica de un Estado que garantice y regule los derechos de cada ciudadano-a. En el Chocó la iglesia, ante un Estado ausente, ha hecho de vocera de la población civil no solo ante los grupos armados sino también ante el mismo Estado, de ahí que las mujeres busquen el apoyo de la iglesia para acometer protestas, acciones de tutela,

marchas por la vida y por los derechos de los y las desplazadas.

En síntesis, podemos decir que las mujeres reaccionan protegiendo la vida familiar, asegurando la alimentación de sus hijos e hijas, asociándose con otras mujeres y buscando el apoyo de la iglesia para gestionar soluciones, situación que contrasta con la profunda desconfianza que sienten por las instituciones estatales destinadas a su atención y que no conocen.

Queda el recuerdo y con ella la memoria escrita, en medio de risas y lágrimas, de mujeres generosas que cuentan su historia para que una y otro escuchen las experiencias de horror y resistencia que se han tejido en medio de sensaciones, aceptaciones y renunciadas.

2.2. Palabras, representaciones y sentimientos de las mujeres de Medellín

2.2.1. Tiempo cronológico niña

En lo relativo a la toma de decisiones en la familia, el panorama es variable, pues dos mujeres reconocen a la madre, otras dos al padre y una a ambos. Es importante señalar que quienes identificaron a la madre, tenían padres cuyos trabajos implicaban largos períodos por fuera del hogar. Mientras que la más jo-

ven afirmó que la madre y el padre tomaban las decisiones, las dos mujeres que tienen entre cuarenta y cincuenta años indicaron al padre.

“Las decisiones, era como muy dividido, unas cosas él y otras ella, mi mamá educación, alimentación y mi papá sobre vivienda y economía”. Mujer de Medellín.

Durante la niñez, en las familias de las mujeres, los roles de varones y mujeres eran muy estáticos: varón proveedor y mujer madre y ama de casa. Cuando las condiciones económicas fueron más adversas la mujer también conseguía dinero pero en ocupaciones que no entraran en conflicto con su rol de madre; por ejemplo, coser, curar, recoger material de reciclaje, atender un taller, todas ellas en el hogar o muy cerca del mismo.

“A mi hermana mayor le tocó irse a trabajar a una casa de familia y a la otra le toco trabajar con mis padres en el basurero”. Mujer de Medellín.

Los conflictos familiares se dividían en dos tipos: primero los que se presentaban entre la madre y el padre porque él abusaba del consumo de alcohol y tenía relaciones con otras mujeres, también por el desencanto femenino por la actitud masculina; los del segundo se daban entre los hermanos y hermanas por celos del afecto demostrado por el padre hacia uno-a de ellos- as porque se cogían las cosas que pertenecían a otro-a. Como se ve el conflicto familiar era motivado

por celos afectivos y por la concepción de singularidad afincada en la propiedad individual.

Las reacciones ante el conflicto eran diversas, pues se presentaba por el hecho de que la madre se “ofuscara” y el padre se quedaría en “silencio”, y que el padre se asociara con su “preferida” contra la madre y los otros-as hijos-as hasta el punto de llegar a golpear a la madre y presentarse discusiones violentas con manifestaciones físicas. La madre era tolerante y pasiva y tanto el padre como la madre, usaban la violencia física contra los hijos e hijas. Las mujeres más jóvenes afirmaron que por lo general el padre no era castigador.

Las manifestaciones de afectividad parecen decir de mujeres inhibidas para demostrar el afecto a su compañero delante de los hijos e hijas; solo una afirmó haber visto manifestaciones afectivas entre su madre y padre; otra dijo que su padre si las tenía con la madre, pero ella era distante. Con los hijos e hijas la situación era diferente, pues tanto la madre como el padre tenían expresiones de afecto con sus hijas-os, lo que fue reconocido especialmente por las más jóvenes. Algo que merece considerarse es el hecho de que en un caso la entrevistada se auto-define como la preferida de su padre porque él siempre le demostraba que la quería, pero no hacía lo mismo con su esposa y otros hijas-os, dice que su padre la consentía porque era la niña, que el amor del padre era grande.

"...conseguía cinco centavos de salchichón para mí, aunque no hubiera para nadie más..." Mujer de Medellín.

El recuerdo sobre la afectividad es variable, en un caso la entrevistada salía a la calle a reunirse con sus amigos y amigas, y recuerda que iban a la casa de una niña a la que no dejaban salir, afirma que exploraban sus cuerpos a través de besos y abrazos y compartían mientras preparaban comiditas (juego infantil en el cual cada participante pone lo que puede: un huevo, una cebolla, un puñado de arroz y un poquito de aceite).

"...mi principal recuerdo es que con mis vecinos me fui a jugar a una manga, las niñas nos metimos el vestido por los calzones y salíamos a desfilas que éramos señoritas de un reinado, en esos juegos teníamos novios, siempre me tocó un negrito; cuando estábamos en pleno desfile pasó un hombre y nos dijo "me las voy a comer"; yo le dije, no se me vaya a comer las manos y él respondió "por ahí no es, es por la vagina y todas empezaron a correr, yo le pregunté, si nos come por ahí, ¿por dónde vamos a orinar...?". Mujer de Medellín.

La mayor del grupo reconoce como un recuerdo de afectividad al período de vacaciones en el campo cuando podía jugar y dormir. La más joven recuerda el afecto que sentía por una amiga mayor que ella, la esperaba después del colegio y ambas se cuidaban en un barrio signado por violencias de diferente origen, también hace referencia a la importancia que daba la madre a tener para ella un regalo en navi-

dad y al hecho de que su padre jugará con ella. Pero no todas las mujeres tienen estos recuerdos, una afirma no tener ninguno porque no tenía amigos y amigas, además la madre no la dejaba salir porque las casas entre sí eran distantes y vivía en un barrio de ocupación subnormal, a donde llegaba gente muy diferente y no siempre "buena", cuando era niña se decía que había un varón que violaba y mataba a los niños-as.

Todas, con excepción de una respuesta, afirmaron que no había distinción entre niñas y niños en juegos públicos, que ellas participaron o vieron que las niñas jugaban fútbol, corrían por las calles, se escondían, brincaban y hacían lo mismo que los niños. Situación que merece pensarse en relación con los roles tan estáticos entre los adultos, pues cuando se llega a una etapa, quizá la pubertad, esta indiferenciación cambia, las mujeres se "asientan"; mientras que los varones continúan teniendo libertad de movimiento y acción en lo público.

El sueño sobre lo que esperaban y querían hacer es variable y habla de sus posiciones en la familia y la forma cómo interpretaban su medio social; una deseaba ser patinadora y después bailarina, otra quería irse muy lejos y ser una abogada o médica, la más joven primero ser enfermera y más adelante soñó con ser psicóloga, la mayor ser profesional, trabajar en una oficina con un buen salario y ser admirada, y otra ser cantante. Como se ve los sueños no estaban relacionados con la formación de una pareja y la maternidad,

estamos hoy y cada mes le va a venir, tiene que cuidarse, tomar agua de panela, no comer naranja... Me dio mucha rabia, le dije a mi mamá que no me hablara pues en el colegio todo el mundo se había burlado de mí. Hubiera querido que la tierra me tragara...". Mujer de Medellín.

todos estaban vinculados a lo público y al reconocimiento social, ya sea por la destreza de habilidades corporales como las que exigen el deporte y la danza o por capacidades intelectuales como las requeridas por cualquier profesionalización académica.

En relación con la sexualidad las cinco afirmaron que nunca en su familia les hablaron de ella. Las narraciones de las mujeres muestran que la educación sexual fue delegada en personas que no pertenecían al núcleo familiar, el colegio y amistades, no fue considerada un tema y en consecuencia siempre hubo silencio. El cuerpo tampoco fue un tema familiar, cuando se hacía referencia a él aparecía bajo la representación del cuerpo como templo de Dios. Se desconocían sus procesos y el temor estaba presente no solo para conocerlo sino también para aceptarlo y disfrutarlo.

"...tuve dificultades al momento de usar short..., pensé mucho en mi madre cuando empecé a sentir deseos de tener una relación sexual..." Mujer de Medellín

"La llegada de mi primera menstruación fue la locura, no quiero acordarme. Ese día me cogió el día para ir a estudiar, me bañé a la carrera y no noté que deje los pantalones, ella los vio y muy enojada me pregunto si eran míos, me dobló una toalla y me la hizo poner entre las piernas y no me dijo nada. Me sentía muy incomoda y pensé por qué mi mamá me puso esto y en el recreo me metí al baño y vi... Grite como una loca y me quede encerrada y llamaron a la monja y ella abrió la puerta ... Yo pensaba que mi mamá me había hecho usar unos ganchos y me había cortado... Ella me ayudó y me dijo: Anote la fecha a la que

En lo relativo a la valoración del cuerpo varía de una posición indiferente a una de gusto o disgusto por la opinión o acción de un tercero. Es indudable que en la apreciación del cuerpo juegan elementos sociales afincados en procesos culturales del patriarcalismo, a través de los cuales se forman y divulgan estereotipos de belleza y fealdad, que inciden al momento de sentir agrado y/o desagrado por él, de ahí que se concentre la atención en aspectos como la delgadez, la obesidad y la textura del cabello.

"...mi cuerpo me gustaba, me gustaba todo, pero cuando fui creciendo no me gustaba mi cabello porque hasta que tuve diez años fue muy lacio y una vez mi hermana me lo cortó y se encrespo, desde ahí me aterró...". Mujer de Medellín.

Los lugares más visitados eran la iglesia, la casa de la abuela, quebradas, fincas, casas de amigas, cine, canchas y parques. La iglesia estuvo presente en todas las respuestas, lo que demuestra que era un lugar en la formación de la niña. Estos espacios hablan de la coexistencia de costumbres rurales y urbanas; es decir, de la yuxtaposición de tradiciones y transformaciones que ha caracterizado al desarrollo de Medellín durante los últimos sesenta años; es así

como perviven visitas al campo y a la casa de la abuela, a la vez que se habita lo público: cine, canchas y parques. Es importante destacar la visita a la casa de amigas, pues habla de la vecindad que se entretije en los barrios urbanos.

Solo dos mujeres afirmaron que pudieron tener relaciones cercanas con los niños; sin embargo, una de ellas aclara que la relación se dio principalmente por la participación en actividades organizadas por la iglesia. Las tres restantes dijeron que su padre y su madre no les permitieron relacionarse con niños, en dos de estos casos quien se oponía era el padre, en el otro la madre, pero en los tres la razón de la prohibición fue “pensaban que hombres y mujeres no podían estar juntos”.

Los roles de los adultos son estáticos, varón proveedor y mujer madre y ama de casa, pero no se reconoce que haya distinción entre niños y niñas en la participación de juegos, sin embargo, se afirma que los padres no aceptaban la relación niño – niña; puede ser que no había distinción en los juegos y que ella aparecía durante la pubertad.

Para las mujeres, las personas más importantes eran aquellas que brindaban afecto, confianza y protección: la vecina del barrio abuela de todos y todas, el señor y la señora solidarios en épocas duras, las amiguitas con quienes se compartía, el sacerdote con una fuerte vocación social,

el papá y la mamá. La relación con los y las adultas mayores en algunos casos se dio porque los padres no consideraban que hubiera riesgos, mientras que en otros no se presentó porque lo consideraban inadecuado, marcando de este modo otra separación: el mundo de los niños, el mundo de las niñas y el mundo de los adultos mayores. En este último, al igual que en la primera infancia, tampoco había distinción entre niñas y niños.

Las instituciones reconocidas como las más importantes fueron la escuela, la iglesia, la Junta de Administración Local, la policía y la familia. Las razones de su elección son variables: la escuela porque en ella se pasaba mucho tiempo y se estructuraba la personalidad, en ella se podía compartir con otras niñas, cantar, hacer obras de teatro y era importante estudiar. La iglesia porque a través de ella se dio cohesión entre los habitantes del barrio, las familias eran muy católicas y en ella se reforzaba la fe mediante la enseñanza del amor a la virgen. La Junta de Administración Local por el trabajo comunitario. La policía aparece solo en una respuesta “La institución más importante era la policía como referente ante el peligro y desprotección”. La familia por la protección económica del padre y la ternura de la madre.

La iglesia aparece en las respuestas de las mujeres más jóvenes; es decir, en las referencias de quienes representan a las adolescentes de la primera mitad de la

década de los noventa y quienes vieron cómo en Medellín cada vez más se tenían que enterrar amigos, novios, hermanos y compañeros de clase. No sorprende que ellas nombren a la iglesia, pues en los barrios en los que se presentaban mayores dificultades económicas y de seguridad, la iglesia lideró un trabajo con los y las jóvenes a partir de la formación de grupos juveniles, convirtiéndose por mucho tiempo, en casi la única respuesta institucional ante la barbarie padecida y protagonizada por los jóvenes de la ciudad.

Pero este carácter social de la iglesia no se puede separar de su misión evangelizadora, de ahí que se promoviera a María madre de Dios como modelo femenino. Se incentivaba la participación de la joven en los grupos promoviendo la asunción de valores como amor, solidaridad y apoyo que orientaban a acciones como recreación, alfabetización y conferencias, pero en ningún caso, siguiendo los testimonios, se propuso una transformación social que no acudiera al tradicional rol femenino.

No deja de sorprender la percepción de una entrevistada sobre la policía, pues de acuerdo con ella, esta institución operaba como una amenaza, lo cual es comprensible al revisar su historia de vida, pues de niña vivió en un barrio que se originó mediante una ocupación espontánea, que aún hoy es considerado por la Administración Municipal una invasión ilegal.

“...él regaló la tierra que tenía, a medida que iba llegando gente desplazada, él fue quien llenó el barrio, porque cuando se encontraba a alguien con problemas le decía “venga que allí hay donde, no se quedé por ahí”. Me acuerdo que cuando se fue regando la gente, empezó a llegar la policía y a los niños que corríamos más nos ponían a hacer pilas de piedras, al más grande por la tarde lo ponían en un lugar estratégico para que mirara, porque la policía siempre atacaba en las horas de la tarde. Cuando el muchachito veía que venían los carabineros en caballos, bajaba y decía “viene la policía, viene la policía”; para no dejar entrar a los policías, los niños sabíamos que nos teníamos que atrincherar a recoger piedras, en ese momento los adultos se replegaban en varios grupos para contrarrestar, porque la policía llegaba dándole bolillo a todo mundo, mujeres, hombres, niños, a quien fuera”. Mujer de Medellín.

2.2.2 Tiempo cronológico mujer adulta, antes de la situación directa de conflicto armado

Las familias siguieron conservando el modelo nuclear. Sin excepción reconocieron a la mujer como quien tomaba las decisiones; por ejemplo, las solteras dicen que su madre decidía porque en la mayoría de los casos el padre estaba ausente todo el día o su empleo implicaba estar en otro lugar. Hubo una que afirmó que la madre intentaba consultarla a ella y su hermano, una dijo que sus hijos intervenían en lo relativo a la educación y el hogar. El papel masculino en las decisiones estaba vinculado a lo económico.

En relación con los roles, permaneció el modelo de su niñez: padre proveedor económico y la mujer madre y ama de casa; sin embargo hubo una variación, la mujer, de manera más frecuente, participa activamente de la economía del hogar y en algunos casos se convirtió en líder comunitaria. Los hijos menores tenían el rol de estudiar, los mayores trabajar para cubrir sus gastos y en un caso se reconoce que el hijo posibilitó el vínculo familiar. Las hijas estudiar y colaborar con las labores domésticas, al respecto se dice que en muchas ocasiones para resolver una desavenencia con la madre o evitar que ella se enojara, la hija lavaba la ropa de toda la familia o limpiaba la casa. Estas tareas son encargadas a las mujeres cuando llegan a la pubertad. Las dos más jóvenes, por su participación en grupos, se convirtieron en líderes juveniles.

En lo relativo a los conflictos familiares, se presentaban entre la madre y el padre y éstos con las/os hijas/os. Entre la pareja se daban por celos provocados porque el varón tenía una relación con otra mujer, por situaciones económicas y consumo de alcohol y por el trato que el varón le daba a la mujer. Las discusiones entre padres e hijas estaban asociadas a la crítica e incluso actitud negativa (restricción de horarios) del padre a las actividades que como líder desempeñaba la joven y por el uso que los hijos e hijas tenían del teléfono. Como se ve hay una actitud diferencial entre varones y mujeres, la cual se pone de manifiesto en el hecho de que el hombre tenga relaciones extramatrimo-

niales y pretenda interferir en el desempeño público de la chica.

Ante los conflictos familiares las reacciones fueron diversas, en algunos casos se presentaba la violencia verbal, en los más dramáticos ésta iba acompañada de agresiones físicas y castigos. Las mujeres se dejaron atrapar por las manifestaciones agresivas de los varones y por ello también fueron agentes de violencia, ya no se quedaban en silencio y lloraban sino que respondían bajo la lógica “si me pega le pego, nos tenemos es que matar”. Sin embargo, las más jóvenes adoptaron conductas como la conciliación y el diálogo o el silencio y la distancia para que las cosas se calmaran. Vale la pena destacar que en relación con su madre las mujeres adultas cambiaron, pues ya no se aguantaban infinitamente las violencias masculinas, ya que llegó el momento en que decidieron separarse y echar a los compañeros del hogar.

De las cinco, tres reconocieron como recuerdo de afecto una situación en la cual compartieron con varones y mujeres una celebración como una graduación, la navidad o cualquier otra circunstancia propicia para matizar las fronteras entre varones y mujeres. Dos mujeres afirmaron que su principal recuerdo de afecto estaba asociado al hecho de compartir con otras mujeres por trabajo comunitario y amistad. Al respecto vale la pena destacar que las actividades en las cuales se tejieron lazos de solidaridad fueron especialmente recordadas.

En relación con las manifestaciones de afecto, solo un varón las tenía con la compañera (madre) pero ésta no lo hacía. Ninguna reconoció que la madre o ella le manifestara públicamente afecto al compañero, situación contraria a lo que acontecía con los y las hijas, con ellos y ellas las expresiones eran prolíferas; como sí al hombre adulto se le tratará exclusivamente como proveedor y autoridad distante pero intimidante.

En lo relativo a los sueños de mujer adulta casi todos estuvieron orientados por un deseo que implicaba a un tercero. Ellos hablan de la forma cómo se producen transformaciones en la cultura patriarcal, pues si bien prevalecen los valores asociados a la mujer – madre, también lo es que la mujer empieza a pensarse así misma independiente de su rol materno y en consecuencia a cultivar sueños profesionales que implican una participación diferente en la formación del tejido social. Los sueños describen anhelos de paz para la sociedad, estabilidad y educación para los hijos y desarrollo de aspiraciones profesionales

“... mi sueño era que se pudiera recuperar la vida de barrio y se acabará la violencia...”, “... mi sueño era tener una casa grande para mis hijos y yo...”, “... mi sueño era ver a mis hijos profesionales...”, “...mi sueño era ayudar a la gente a resolver sus problemas y también cantar...”; “... mi sueño era ser una psicóloga y dedicar mi vida a mi profesión...”. Mujeres de Medellín.

De adultas la sexualidad aparece como tema de conversación con otras mujeres pertenecientes a grupos y organizaciones, en las

cuales se generaba el espacio para expresar inquietudes, sensaciones y motivaciones. También se hablaba con los hijos sobre el uso del condón y las responsabilidades, solo una expresó que le contaba ciertas cosas a su madre para que sintiera que le tenía confianza. La mayor de las entrevistadas dijo que ella nunca habló de sexualidad por considerar que era algo muy íntimo.

Las dos más jóvenes y universitarias, discuten del tema con su compañero. Vale la pena destacar, que sí bien hablaban de sexualidad, lo hacían en un contexto de espacios de mujeres, lo cual pareciera expresar que pese a ser una situación en la cual están involucrados varones y mujeres, aún no se han ganado los espacios para poder debatir conjuntamente sobre sus deseos y singularidades. También es importante detenerse en el tratamiento dado a la sexualidad desde la protección y responsabilidad, pues sí bien la madre le hablaba a sus hijos del uso del condón; no les hablo sobre el deseo, la elección, el momento, las circunstancias y otros aspectos que no se limitaran a la prevención de una enfermedad de transmisión sexual o un embarazo precoz; además hablaba con sus hijos, a las hijas nadie les decía nada. Todas las mujeres reconocieron la influencia de alguien en la sexualidad, las más jóvenes identificaron a la madre,

“...la persona que más me influyó fue mi madre, pensé mucho en ella antes de tener mi primera experiencia sexual...” Mujer de Medellín.

“...la persona que más me influenció fue mi madre porque siempre hemos tenido una relación cercana...” Mujer de Medellín.

Es importante pensar por qué la imagen y palabra de la madre estuvieron presentes en la decisión de iniciar la vida sexual, quizá y a modo de hipótesis, se puede decir que la madre vigilante de la ley del padre controla emocionalmente el cuerpo de la joven; ella necesita la aprobación materna para ejercer su autonomía, es decir una autonomía femenina afincada en la madre quien acude a la autoridad de la sombra del padre. Cuando la joven tiene una relación sexual que piensa sería reprobada por la madre prefiere ocultarla, creando de este modo una situación de silencio y tabú en relación con su sexualidad. Las mujeres que ya habían convivido con alguien reconocieron como influencias en su vida sexual a sus compañeros.

“...la persona que más me influenció fue mi segundo compañero pues yo lo quería, mi primer novio el padre de mi primer hijo, fue algo bonito y no fingido; pues con el segundo compañero al principio me toco fingir mientras me acostumbraba, los que más me han influenciado han sido los compañeros que he tenido...” Mujer de Medellín

En relación con el cuerpo, las más jóvenes reconocieron que la libertad corporal masculina era algo que debería considerarse antes de afirmarse. Las respuestas de las mujeres mayores plantean que en el contexto de Medellín se tejen las relaciones cuerpo – higiene, cuerpo – trabajo;

dicen de la cosificación e instrumentación del cuerpo, en tanto soporte de los valores ascéticos promovidos por la cultura burguesa que exige una apariencia sin huellas de sudor, humor, mugre y en consecuencia vida. De un cuerpo – máquina al servicio de la producción y en oposición, a la economía del exceso y el derroche sin finalidad alguna.

Casi todas valoraban su cuerpo como soporte y expresión de su singularidad, lo cual no significa que estuvieran satisfechas plenamente con su apariencia física. Se presenta una variedad de respuestas: aquellas que piensan el cuerpo como posibilitador de conocimiento, a quienes no les gusta por la forma, aquellas que ven en su cuerpo la maternidad como potencia, destacando la diferencia corporal con lo masculino, y también la que se reconoce en la especificidad de su cuerpo.

“Pienso que la libertad del hombre con su cuerpo era falsa porque tenían que contener su expresividad, los hombres tenían mayores impedimentos para demostrar afecto con el cuerpo: Ni hombres ni mujeres podíamos demostrar cosas con el cuerpo, éste aparecía para determinar aseo, el cuerpo nunca ha sido un tema importante, lo más importante era la limpieza y el cuidado de sí mismo, el cuerpo no era tan importante”. Mujer de Medellín.

“A mi me ha gustado mi cuerpo por ser el que me permite sentir y conocer”. Mujer de Medellín.

“No me gustaba mi cuerpo porque era muy gorda”. Mujer de Medellín.

“Valoro mi cuerpo pero no me gusta por flaca”. Mujer de Medellín.

“Me gustaba mi cuerpo porque era el mío, yo era como una madre que me gustaba mi cuerpo menos mis senos por grandes, pero estaba bien”. Mujer de Medellín.

Como mujeres adultas tuvieron la oportunidad de relacionarse con los varones, pues ya la madre haciendo eco de la palabra del padre no tenía la misma influencia que durante la niñez. Cuatro reconocieron haber sostenido buenas relaciones de compañerismo y trabajo con los varones, pero la más joven del grupo de las entrevistadas afirmó no haberse relacionado con ellos. Aquí cabe anotar que ella vivía en un barrio que padecía altos índices de violencia protagonizada por los jóvenes; de ahí que, como una forma de protección personal, eligiera no relacionarse con los varones de su entorno. Lo cual, pero por circunstancias diferentes, pareciera replicar los temores de los padres y las madres que no permiten a las niñas relacionarse con los niños, en el caso de ella como adulta por no tener contacto con agentes de violencia. Lo importante de la situación, es que prevalece la separación y que ésta se fundamenta en un temor.

De las mujeres que narraron su historia cuatro hacían parte de organizaciones, las dos más jóvenes pertenecían a grupos juveniles. Las dos mayores a cooperativas formadas para contrarrestar la pobreza que se vivía en los barrios de ocupación subnormal, donde se albergan familias en

situación de desplazamiento y con condiciones económicas muy precarias. Esta participación en organizaciones les permitió que su círculo de relaciones fuera más amplio que el del común de las mujeres de la ciudad. La mujer que no hacía parte de ninguna organización también tenía relaciones estrechas con las mujeres, afirma que compartían actividades pues se reunían a cocinar, bordar y conversar.

Las respuestas de las mujeres hablan de un contacto mayor, durante la pubertad, con los varones, pero aún prevalecen espacios exclusivos de lo femenino en los cuales ellas se sienten bien y reconocen su diferencia; lo cual se corrobora con lo expresado en relación con la sexualidad, pues de ella se habla sobre todo con otras mujeres y en los espacios de las organizaciones que hacen posible escenarios para el desarrollo femenino a través del intercambio de experiencias y el afianzamiento de valores como la solidaridad y el amor.

En relación con los líderes del lugar donde vivían se hace la distinción entre los tradicionales de las Juntas de Acción Comunal y las cooperativas y los nuevos vinculados a la violencia: los jefes de bandas, milicianos, paramilitares y guerrilleros. Estos últimos fueron imitados por los jóvenes quienes también quisieron imponer sus decisiones a través de las armas y las chicas quisieron estar con ellos. Ante el conflicto la reacción de estos líderes fue diversa: eran los guerreros que se enfrentaban, quienes manda-

ban, definían límites y horarios, establecían cuotas para personas, carros y tiendas. Muchas mujeres y varones les daban el poder para que resolvieran problemas familiares. Muchos de los líderes eran milicianos, eran generadores de violencia y se preocupaban por asuntos como los desalojos de la policía y la pavimentación de las calles. Ante el conflicto los líderes asumieron el control de la vida de la gente del barrio, del manejo del territorio, de lo permitido y prohibido.

Las mujeres consideraban que los valores de un líder debían ser solidaridad, honradez, transparencia, estar dispuestos a aprender y compartir, involucrar los principios a la vida personal, responsabilidad, sinceridad, respeto, tener como principio la democracia, gestionar, disposición y capacidad de dar amor. Como se ve son principios que vinculan lo privado y lo público, que proponen una actitud social afincada en una posición personal orientada hacia la convivencia pacífica y el desarrollo colectivo. Mientras el liderazgo barrial se iba tornando un ejercicio despótico sostenido en el uso de armas de corto y largo alcance, que implicaba el desplazamiento intra urbano o el silencio de los antiguos líderes, las mujeres entrevistadas, con excepción de una, ya hacían parte de propuestas civiles orientadas hacia el respeto a la vida y el derecho a tener una vida digna:

“...en ese tiempo ya hacía parte de organizaciones juveniles, de algunas del barrio y había representado a mi barrio, ciudad y país en varias acciones como por ejemplo en la Juventud

Trabajadora de Colombia fui la Coordinadora Seccional de Medellín y representé a mi organización en un viaje por Austria...” Mujer de Medellín.

“Hacía parte de una cooperativa de mujeres y representaba al barrio en la Pastoral Social. Hacía parte de una Corporación, tuve la oportunidad de viajar a Europa representando a las y los jóvenes de esa Corporación y participaba en acciones de proyección con mujeres jóvenes”. Mujer de Medellín.

“... estaba organizada en la Asociación de Mujeres de mi barrio, pertenecía a la Junta de Acción Comunal y era la coordinadora de un semillero, un restaurante y de deporte...” Mujer de Medellín.

Es importante destacar que los conflictos violentos en la ciudad de Medellín no promovieron la participación política y pública de las mujeres, pues muchas de ellas ya habían tomado conciencia de que era necesario salir a conquistar sus sueños y a exigir sus derechos, ya estaban organizadas. El hablar de la guerra solo evidenció que su problemática personal, familiar y barrial era común a muchas mujeres y esta realidad las empujó a unirse para proponer otras formas de convivencia y en consecuencia fortalecer movimientos de mujeres esta vez también orientados por la demanda de la resolución pacífica de los conflictos. En este sentido, la guerra les ayudó a comprender la barbarie que acompaña a una cultura centrada en la expropiación, desconocimiento y silenciamiento de la diferencia. Pero las condiciones en las cuales se desenvolvía su vida ya las había llevado a transformarse a sí mismas.

Las instituciones reconocidas como más importantes fueron: las O.N.G que estaban mediando en el conflicto y apostándole a la vida; Pastoral Social por el apoyo que brindaba; la familia, la escuela, la organización comunitaria y la iglesia porque todas le permiten a las personas capacitarse y desarrollar la organización como una forma de transformación social, y Bienestar Familiar porque ayudaba con los problemas relacionados con la manutención de las-os hijas-os. Estas instituciones dicen de intervenciones en lo público y en lo privado. Vale la pena destacar que no aparece en las respuestas ninguna referencia a las instancias creadas por el Estado y la administración local para posibilitar la convivencia y la resolución de los conflictos.

2.2.3. Tiempo cronológico mujer adulta afectada por el conflicto

“Es difícil aprender a convivir con el dolor mientras la enigmática muerte se perfila en la distancia, mientras los sueños se derrumban y una sensación de rocío nos sorprende”⁵⁴.

En relación con la conformación de la familia se presentaron cambios, pues el conflicto ha acabado con vidas, ha generado desapariciones y desplazamientos. Es así como una de las entrevistadas ahora vive con sus padres ancianos pues un hijo se fue para el exterior y el otro está desaparecido, otra está desplazada del barrio

en el cual viven su hija, nieta y dos hijos, a una le mataron un hijo y su compañero se fue, la otra aún vive con sus padres y hermano y la última se independizó del núcleo familiar. Aumentaron los hogares donde las mujeres se convirtieron en el único soporte económico.

En lo relativo a la toma de decisiones ya sea porque se dio la independencia del hogar familiar, el compañero se marchó o porque se llegó a la mayoría de edad, todas afirmaron que ahora ellas toman las decisiones. En lo referente a los roles desempeñados por las mujeres, éstos se incrementaron si se les compara con los de sus madres o con su situación anterior. Las que estudiaron ejercen como profesionales y líderes comunitarias, las otras también emprendieron el camino de lo público y participan en grupos de mujeres, algunas encabezan acciones de divulgación y protesta de los familiares de desaparecidos-as; sin embargo, las que tienen hijas-os siguen ocupándose de ellas-os y del cuidado de la casa, aún las profesionales y reconocidas líderes, contribuyen con el sostenimiento económico y el mantenimiento doméstico del hogar. Como se ve el conflicto urbano ha hecho que la mujer cargue con más responsabilidades en lo público, sin que se pueda desprender de los asignados en lo privado por la tradicional cultura patriarcal.

Pese a que las madres siguen atendiendo al hogar y a los varones que hacen parte de él, ya no están tan centradas en este rol

pues los hijos empiezan a ocuparse de sus propios asuntos ya sea trabajando para su propio sostenimiento o permaneciendo mucho tiempo ausentes. La situación de las hijas no es igual, ellas tienen que estudiar, trabajar para ayudar con los costos familiares y colaborar en el mantenimiento doméstico de la casa. En relación con el rol del compañero se afirma que cuando sigue viviendo en el hogar continúa con el rol de proveedor; en algunos casos se fue y la mujer asumió este rol trabajando en lo que resulte.

“Mi hija trabaja para ayudar a sus hermanos, mi hijo menor estudia y el mayor tiene su vida aparte”. Mujer de Medellín.

Los conflictos al interior de la familia, en el presente, se dan por razones variadas, sin embargo se puede decir que las situaciones económicas en muchos casos operan como motivaciones. Por ejemplo, la escasez de comida hace que los hermanos peleen entre sí porque uno no le guardó comida al otro y se presentan discusiones fuertes entre el padre y la hija, porque éste no puede cubrir sus necesidades educativas. Hay otro tipo de conflictos familiares que son provocados directamente por el conflicto que se vive en Medellín: ese es el caso de una madre y un hijo que se recriminan y culpan mutuamente por la muerte de un hermano, ella desearía que él tuviera “el valor” de vengar la muerte de su hijo, él la acusa de la muerte de su hermano por haberlo presionado para que ingresara al ejército.

Este conflicto familiar ilustra la salida ante la acción bélica, en la que quedan muchas mujeres y sus familias: el ejército nacional u otro ejército. Además muestra como se transforma “el destino” femenino de la madre abnegada hacia la madre guerrera, que reclama a su sangre vengarse; es decir, que quizá de modo inconsciente, se acerca al comportamiento de aquellos que le quitaron la vida a su hijo.

Las reacciones ante el conflicto familiar son diversas. Hay quienes tienen una posición conciliadora y acuden al diálogo, y cuando la situación está muy difícil ponen distancia después de haber expresado su posición. Otras se tornan agresivas y acuden a la violencia física y verbal para terminar en llanto. Todas reconocen que su participación en grupos de mujeres les ha permitido estar más tranquilas y tener mayor paciencia y tolerancia ante las dificultades. Cada una de las entrevistadas reconoce un momento o situación en el cual los conflictos que se viven en la ciudad las afectaron.

“...el hecho que más me afectó fue que mi hermano estuvo en medio de una balacera sin razones, solo por el hecho de estar compartiendo con sus amigos llegaron unos desconocidos y empezaron a disparar...”. Mujer de Medellín.

“...el hecho que me marcó fue ver a mi hijo desfigurado, su muerte, todo empezó cuando las milicias se metieron con mis hijos y querían llevárselos, ellos se fueron para el ejército huyendo de los milicianos...”. Mujer de Medellín.

“...el hecho que más me afectó no es uno, sino varios: En 1990 la muerte de mi hijo en manos de la policía, aclarando que tuvo problemas legales por su vinculación a una banda y fue drogadicto. En 2002 el asesinato de mi otro hijo. Las operaciones militares que sufrimos en la Comuna 13, la que más resalto es la Orión y después mi detención durante diez días acusada, sin orden de captura, de múltiples delitos entre ellos rebelión, situación que produjo posteriormente mi desplazamiento intra urbano...”. Mujer de Medellín.

Como se ve las mujeres han sido víctimas y observadoras de las violencias que se viven en Medellín, han temido por sus hermanos y padres, han perdido o enterrado a sus hijos, han sido desplazadas y han tenido que ver cómo se le quita la vida simbólica y física a la juventud. Cada muerte parecía estar acompañada del mensaje “puede que la próxima víctima seas tú o alguien a quien amas, en la ciudad no hay refugio donde se está”. El espacio para la vida se restringió, el liderazgo se frenó y aumentó el temor.

El conflicto generó un cambio en las expresiones afectivas, hoy por hoy los jóvenes se expresan corporal y verbalmente el afecto pues sienten que en cualquier momento sus amigos pueden morir sin que hayan sabido lo mucho que los querían. Pero con las expresiones de las madres que enterraron a uno o varios hijos la situación no es igual, pues ellas piensan que algo se endureció en su corazón, que aunque intentan ser cariñosas ya no pueden porque murió la alegría de su casa.

Las jóvenes refuerzan su amistad y la expresan con abrazos y apoyándose en grupos donde pueden compartir sus temores e inquietudes, esto no siempre pasa con los varones adultos. La solidaridad femenina se acrecentó pues las mujeres que tenían experiencias, como la desaparición de un ser querido, crearon grupos de resistencia civil y protesta a esta acción. El efecto del conflicto en la vida personal de algunas mujeres ha hecho que se vuelvan más distantes, que sientan rabia y odio, que otras intenten romper con sus inhibiciones, asuman las responsabilidades económicas y emocionales de su núcleo familiar y sigan apostándole a la vida a través de iniciativas organizativas y pacifistas.

El efecto del conflicto en la familia es contundente: el aislamiento de sus integrantes, los lazos se resquebrajaron, la rabia, el deseo de venganza, la desesperanza, la restricción en los horarios, la presencia de temores, las amenazas sobre la vida de los varones, las agresiones sexuales padecidas por las mujeres, la abstención de participar en la vida del barrio, la soledad, el empobrecimiento, la muerte y la separación de la familia. Como responsables de lo que les tocó vivir reconocen a diversos actores.

“... los milicianos que imponían su autoridad a través de las armas y el Estado por su ausencia y no brindar ningún tipo de garantía en especial, en ese tiempo, a los jóvenes...”. Mujer de Medellín.

“... creo que el responsable es el Estado que nos acorrala a las mujeres y la sociedad

que no le da oportunidad de trabajo a una mujer mayor de veinticinco años, también los paramilitares que amenazaron a mis hijos.”. Mujer de Medellín.

“... pienso que los responsables eran bandas vinculadas al narcotráfico que hoy están vinculadas al paramilitarismo...”. Mujer de Medellín.

“...pienso que los responsables son líderes de la comunidad que deseaban, y quizá aún, aplastarme a mí por no ceder a sus presiones o caprichos, la policía y la comunidad que se quedaban a veces pasivas frente a lo que pasaba dejando que otros actores tomaran el control...”. Mujer de Medellín.

Llama la atención que se identifique a la comunidad, los líderes y jóvenes como responsables del conflicto, pues ello evidencia la forma como éste se ha infiltrado en la cotidianidad afectando la vida privada de los sujetos, haciendo que la violencia se convierta en el paradigma para la resolución de los conflictos. Es notable la queja de las mujeres sobre el abandono estatal, pues se sienten sin oportunidades y en consecuencia, atrapadas entre la violencia, la pobreza y el desamparo. Situación similar viven los jóvenes quienes no tienen en el presente garantías para desarrollar su futuro.

En lo relativo a los sueños que tienen en la actualidad se presenta un horizonte diverso en el cual persisten los deseos de ayudar a la comunidad acompañados por los anhelos de viajar, si bien las mujeres más jóvenes quieren seguir estudiando

y en este sentido conservan la esperanza y tienen un proyecto futuro. Sobre las madres que han enterrado o tenido que vivir con la desaparición de sus hijos, pesa un signo de fatalidad, desconcierto y resignación, pues ya no saben cual es su sueño o piensan que aunque les gustaría multiplicar en su comunidad lo que han aprendido, eso es imposible por las circunstancias actuales de su propia vida (desplazamiento y resentimiento).

Después de la experiencia de conflicto, la vivencia de la sexualidad se afectó y para entender el proceso es necesario hacer distinciones entre las más jóvenes sin hijos y las mayores que son madres. Las primeras han ganado confianza, en especial por su participación en grupos de mujeres y su formación personal; esta confianza se expresa en que hablan del tema con sus parejas y en las organizaciones a las que pertenecen, no tienen reparos en poner en palabra las experiencias, inquietudes, insatisfacciones y sensaciones, se están preguntando sobre los vínculos entre autoestima, afecto y sexualidad; piensan que la relación con sus madres ha cambiado pero no lo suficiente pues aunque toleran más a sus novios, aún prevalece el silencio sobre muchos aspectos. Pareciera que para las jóvenes el principal efecto del conflicto en la sexualidad es la mayor relevancia que se le da al momento, pues el futuro es incierto.

Las mujeres madres después de haber enterrado o no saber nada de sus hijos, no piensan en la sexualidad, pareciera que para

ellas con la muerte o desaparición de sus hijos también murió su sexualidad.

“...no tengo compañero, a veces me siento sola pero no estoy pensando en eso, ya no hablo casi con mis hijos de sexualidad...”. Mujer de Medellín.

“... a este nivel mi vida ha cambiado mucho pues antes yo era más tranquila y ahora estoy a la defensiva. La sexualidad ahora es más para mi un asunto para compartir lo que he aprendido por mi vida y las capacitaciones, hablo con mis hijos sobre enfermedades, embarazos, edad adecuada y el uso del preservativo, pero no la pienso en términos personales, como para mí...”. Mujer de Medellín.

Los líderes del barrio son los líderes de bandas vinculadas a paramilitares, aún controlan la vida de la gente del barrio, el manejo del territorio y lo permitido y prohibido, pero se acentuó el control sobre el cuerpo de las mujeres, pues interviene en cómo se visten, cómo actúan e influyen mucho en la vida cotidiana. Las mujeres siguen reconociendo a grupos ilegales como líderes de sus barrios y denuncian cómo su poder se ha extendido hasta el cuerpo y autonomía femeninos.

Sobre la persona que más admiran se presentaron algunos cambios; por ejemplo, empezaron a admirar a otras mujeres por su liderazgo, por atreverse a soñar y proponer una relación más armoniosa con la vida y la naturaleza; algunas admiran a políticos por haber escuchado sus demandas y haberles brindado apoyo, señalan su calidad humana como algo ex-

cepcional. Se puede afirmar, que quienes escuchan, apoyan y se arriesgan a promover una transformación social que implique cambios en la vida de las mujeres, son personas admiradas.

En lo relativo a los sueños sobre el lugar donde se vive hay diversas respuestas, mientras unas guardan la esperanza de que las personas no se tengan que desplazar y puedan trabajar, reclaman una actitud diferente y sueñan con una transformación colectiva que frene la violencia de procesos económicos que hacen del sujeto un siervo del consumo; otra parece, con el conflicto y la muerte de su hijo, haber perdido hasta la capacidad de soñar.

“...que se instalen referentes de vida y amor, que disminuyan el consumo y el valor dado a la apariencia, que se instale una vida más justa y en armonía con la humanidad y la naturaleza...”. Mujer de Medellín.

“... que se despierte la conciencia de la gente y que no sea tan vendida...”. Mujer de Medellín.

“... que la gente pueda vivir tranquila en su propia casa y pueda trabajar...”. Mujer de Medellín.

“... ahora estar en la comuna es como estar muerto en vida. No espero nada del lugar donde vivo...”. Mujer de Medellín.

El concepto que tienen las mujeres sobre sí mismas en el conflicto evidencia que la auto representación se nutre de elementos personales, culturales y sociales en los cuales se intercalan posiciones y reflexiones, en especial las madres oscilan de víctimas y responsables, a otra vez ser víctimas.

“No apostarle a la guerra, no estoy de acuerdo con el conflicto armado, ni con la eliminación del otro por su diferencia lo cual es una forma que se instala desde lo simbólico y los discursos, pero también estar en un barrio de conflicto como el mío me permitió reflexionar y reafirmar mi oposición y apoyo a la resolución pacífica, reflexiva y no violenta”
Mujer de Medellín.

“Lo sufría y lo generaba, estoy muy a la defensiva y no entiendo su razón de ser. De niña era observar y permanecer en silencio y ahora discuto e implemento formas de resistencia activa. Víctima de la violación de los derechos y de la libertad. Pensaba que yo era la del problema porque era desobediente, me gustaba la calle y la libertad de actuar con mis amigas y amigos, ahora soy víctima”.
Mujer de Medellín.

Antes de vivir una experiencia de violencia generada directamente por el conflicto, cada una pensaba que era “peleas”, que no tenía la magnitud de ahora. El concepto estaba vinculado a una situación más bien de mediano alcance y de resolución en el mundo privado y personal. Después de vivir una experiencia violenta generada directamente por el conflicto, es claro su carácter social y la forma como se encuentran inmersas en él, a pesar de su voluntad. También es claro el hecho de que ninguna mujer lo legitima.

Los conceptos de cada una sobre los grupos armados son variados y van desde la sanción hasta el buscar algunas explicaciones. En ningún concepto hay una valoración positiva de los grupos armados y en consecuencia se da una reprobación al uso

de las armas; cada una expresa su recelo y molestia con la presencia de grupos armados, los descalifican moral y socialmente.

“Unos obedecen ordenes, otros están convencidos de su acción y representan la injusticia del país, son los guerreros ignorantes que quieren homogeneizar eliminando la diferencia, afectan la cotidianidad porque le quitan felicidad, pues le juegan a una vida superficial y le apuestan a referentes de violencia, matan los sueños y la esperanza”.
Mujer de Medellín.

“Dañan la sociedad y nos quitan la posibilidad de vivir y quedarnos tranquilos en un lugar, los he visto tirando vicio (consumiendo sustancias ilegales), disputándose la cabeza de un joven y ayudaron a que mataran a mi hijo”. Mujer de Medellín.

“Son un perjuicio, una lacra que ni ellos mismos saben a qué están jugando, nos hacen abandonar las tierras. Nos dividen aplastándonos, nos hacen dar miedo atacando también con psicología, cogen la gente con verbo barato para que digan cosas en contra de otras personas para salvarse a sí mismos, cualquier persona puede ser enemigo y pagar por lo que no ha hecho ya sea con la vida o con una detención, mienten, estafan, roban y compran conciencias”. Mujer de Medellín.

Los grupos armados les generan diferentes temores: que las maten o asesinen a alguien que aman, en general que maten, que las hagan volver a pasar por la muerte de un hijo, que las violen porque a jóvenes del barrio les ha pasado, que desaparezcan a un ser querido y no se vuelva a saber nada de él, que digan y hagan cualquier cosa pues no tienen conciencia. Cada una expresa temores fundados en lo empírico pues han

visto morir, han tenido que enterrar, han buscado a alguien sin resultados durante años, han sido culpabilizadas sin fundamento y cada día aumentan las estadísticas de mujeres violadas en la ciudad.

El Estado fue reconocido agente en el conflicto y no esperan nada de él. Las respuestas hablan de la insatisfacción femenina con el desempeño estatal, reclaman una distribución justa de los ingresos, acuerdos humanitarios, honestidad en las instituciones y presencia en los lugares de conflicto. Todas, pese a su pesimismo, en diferentes respuestas, mencionaron la necesidad de la negociación.

“No espero nada porque a veces no tiene la capacidad por ser cómplice de lo que pasa. Del Estado no creo en nada, pero voy a hacerme unas ilusiones”. Mujer de Medellín.

“El Estado podría intentar que en cada lugar donde hoy hay conflicto no haya ningún actor armado y se necesita que haya un ejército y una policía honestos”. Mujer de Medellín.

El llamado común de las mujeres en relación con los grupos armados es a tomar conciencia, entonces, se puede pensar que representan a los grupos armados como asociaciones de sujetos sin conciencia. En las respuestas algunas expresaron su pesimismo en relación con los grupos transformen su acción y abandonen las armas. Consideran que el conflicto en Medellín, se debe resolver negociando, recuperando espacios desde lo emocional y físico, trans-

formando la idea de que Medellín es el centro del país, brindando oportunidades a las personas que se quieren salir del conflicto, con la escucha y la razón, creando espacios para el diálogo como una responsabilidad de todos. Se identifican aspectos culturales, sociológicos, económicos y se resalta la responsabilidad compartida y la confianza para brindarle una oportunidad al otro.

2.2.4. Resistencias de las mujeres de Medellín

Las respuestas de resistencias son variadas van desde continuar apostándole a la vida, participar en organizaciones barriales y en el movimiento de mujeres, fortalecer la recreación, los sueños y la capacitación de la comunidad en general y hacer parte de acciones orientadas hacia el respeto de los derechos humanos. Pero también, el silencio se convirtió en una forma de resistencia, pero la más importante fue el nexos con O.N.G vinculadas a mujeres, derechos humanos y jóvenes, lugares en los cuales se ha brindado capacitación en cada área y se ha fortalecido el respeto, la resistencia y el liderazgo

Como formas de resistencia reconocieron tanto en el espacio público como privado el silencio, pero también la acción y el fortalecer valores como los religiosos. Algunas afirmaron que no identificaban ninguna resistencia diferente al silencio, otras hablaron de acciones colectivas como semanas culturales, denuncias, proclamas,

marchas por el amor a la vida, desplazamiento intra urbano, fortalecimiento de los lazos familiares y de la solidaridad. Formas de resistencia que oscilan del silencio a la denuncia pasando por el abandono de todo lo querido. Pese al carácter colectivo de la actividad, las mujeres dicen que existen riesgos para quien denuncie o acometa alguna resistencia. Cuando se habló de las resistencias femeninas el horizonte se amplió.

“Las mujeres, como madres, se enfrentan o hablan con los líderes del barrio y salen a lo público para protestar o ser intermediarias, muchas identifican la organización como una forma de resistencia. Protestar, hablar, no más guerra, no más violencia”. Mujer de Medellín.

“Las mujeres hemos resistido uniéndonos para poder soportar la situación, conformamos una red de comunicaciones basada en el teléfono y hemos enfrentado a los violentos diciéndoles que respeten el barrio y que no traigan muerte, dolor y robos”. Mujer de Medellín.

Los tres significantes claves de la resistencia de las mujeres en Medellín parecen ser: palabra, unión y organización; en este sentido, se han transformado en relación con la socialización tradicional que las empujaba a no ponerse de frente y enfrente de su palabra, a estar en bandos opuestos luchando por el reconocimiento masculino y a no emprender acciones públicas con impacto social. Las motivaciones que las llevaron a actuar son diversas.

“Sentí que tenía que actuar ante el conflicto por la muerte continua de muchos amigos, me motivó la impotencia, el dolor y la transformación negativa del barrio. Sentí que tenía que actuar ante el conflicto cuando

la policía estaba entrando a matar a los jóvenes en el barrio, me motivó la muerte de tantos jóvenes trabajadores y sanos” Mujer de Medellín.

“Sentí que tenía que actuar ante el conflicto cuando empecé a ver que las mujeres jóvenes se estaban involucrando de una forma tan directa a los combos, me motivó la decepción de ver que las mujeres que siempre hemos estado en el mundo de lo afectivo y somos agentes de socialización y en cierta forma las personas que vinculamos, de un momento a otro somos agentes de violencia y conflicto armado”. Mujer de Medellín.

“La situación que me llevó a actuar fue cuando los paramilitares nos echaron y desaparecieron a mi familia, me motivó verme sola y con necesidad de saber qué había pasado con mis parientes desaparecidos. Mujer de Medellín.

“Sentí que tenía que actuar cuando empezaron las acciones militares en el barrio, me motivó ver que los niños estaban sufriendo y que el conflicto estaba afectando a la sociedad civil y no a los combatientes, salimos a protestar y muchos niños y civiles murieron”. Mujer de Medellín.

Las formas de resistencia femenina surgen de la necesidad de actuar ante la barbarie padecida por varones, mujeres, niños y niñas; no hablan de una reacción afincada exclusivamente en el efecto personal, sino en la situación del barrio, en cómo hacer frente a la impotencia por el hecho de que los jóvenes mueran, de que las jóvenes se involucren en el conflicto y que el futuro desaparezca ante los propios ojos. Policía, paramilitares y combos aparecen como los principales agentes ante los cuales se deben implementar acciones de resistencia.

La gran mayoría aún tiene ilusión y le apuesta a la vida, están ahí, cada rostro es la promesa de una voz y una ilusión. Mujeres que fusionan su diferencia a favor de una acción civil enarbolando su deseo de transformación. Diferencia femenina que acoge a la otra, haciéndola parte de la ilusión.

2.3. Palabras, representaciones y resistencias de las mujeres del Putumayo

2.3.1. Tiempo cronológico niña

En la infancia, las mujeres que narraron su historia, vivieron el primer desarraigo de su tierra. Proviene de familias campesinas e indígenas, manifiestan en forma permanente a través de la palabra y el llanto la idealización de la tierra de la que tuvieron que salir cuando eran niñas o adolescentes, porque ya no había espacio suficiente para cultivar o porque sus padres creyeron encontrar en el Putumayo la oportunidad para salir de la pobreza.

“...cuando ya nosotros, por falta de terreno nos tocó trasladarnos para acá en búsqueda de que hubiera más terreno para poder sobrevivir...” Mujer del Putumayo.

En todos los casos y en muchas oportunidades, a sus madres les tocó asumir la responsabilidad del hogar y el apoyo económico porque sus padres, aunque los

reconocen como proveedores “eran muy dejados con la familia” o porque quedaron viudas, en la primera circunstancia, explican que en ocasiones los padres no respondían con su función por desinterés, por abandono o porque se gastaban el dinero en otras actividades.

“...como mi papá era liberal, él tenía muchos enemigos que lo buscaban para matarlo, entonces a mi mamá le tocaba quedarse sola con nosotros y a ella le tocó trabajar muy duro para ayudarlo, de pronto mi papá era un poco dejado y le tocaba a ella hasta hacer empanadas...”. Mujer del Putumayo.

La autoridad y las decisiones eran tomadas en la mayoría de los casos por una figura masculina (padre, abuelo, padrastro, hermano mayor), cuando ésta faltaba, las decisiones podían ser tomadas por las mujeres.

“... mi papá tenía más autoridad porque él quería que lo que se diga eso sea... era más autoritario... uno no podía decir nada, no podía reprochar nada...”. Mujer del Putumayo.

“... las decisiones las tomaba mientras mi papá vivió, mi papá. Aunque yo sé que le consultaba mucho a mi mamá, ellos hablaban, Después de que él murió, si ya le tocaba a mi mamá y mi hermano mayor”; “... después de que ya pasamos de ser niños, él siguió trabajando (hermano mayor) como si él hubiera sido el hombre de la casa. Que pues él era el que trabajaba, ya a mi mamá ya no la dejaba trabajar, sino que, mi mamá y yo nos quedamos en la casa cocinando y haciendo todo lo de la casa, lavando y él era el que se entendía con los trabajadores, y animales de

afuera, y el era el que determinaba, tal cosa vamos a hacer hoy, tal cosa en la semana y así, el era el hombre de la casa, yo lo considero como la persona que determinaba todo allá...".
Mujer del Putumayo.

En todos los casos se asumían roles y jerarquías de las familias tradicionales. El rol de las madres era atender a los hijos-os y esposo, darles afecto, realizar las labores domésticas, tejer y criar animales domésticos para ayudar en el sustento familiar, en estas labores educaba a las hijas, quienes debían apoyarla en la crianza de los hermanos-os menores. Los padres trabajaban en su mayoría en labores agrícolas y los hijos debían apoyarlos en estas tareas. Los varones no realizaban tareas de la casa, sin embargo algunas veces las niñas debían ayudar también en el campo.

"... la pobre... mi mamá tenía muchas funciones, le tocaba estar pendiente del marido, de los hijos, se puede decir que de todo, porque mi papá fue un poquito dejado con nosotros". Mujer del Putumayo.

"Me tocaba lavar, cocinar, lavar loza y dejar arreglado todo... los oficios de los varones eran de afuera nada más, a ellos no les enseñaban a hacer nada de lo que era adentro de la casa porque eso era de las mujeres... ellos trabajaban boliando machete y cuando no pues descansando... nosotras nunca descansábamos..." Mujer del Putumayo.

"... en esa época la función de mi mamá, pues, era cocinar, atender la casa, atender los obreros y atendernos a nosotros y también participar en algunas reuniones de la comunidad... las funciones de mi papá, en ese tiempo eran, llevar a la casa lo que necesitábamos, lo que nos hacía falta, en cuanto a la comida." Mujer del Putumayo.

Los conflictos familiares se presentaban, en todos los casos, por distintas formas de asumir el poder al interior de las familias, por los padres celosos, autoritarios y los excesos con el alcohol. Las peleas entre hermanos y hermanas también son comunes, especialmente porque ellos querían imponer sus criterios. Desobedecer las ordenes de las personas mayores generaban conflictos entre padres-madres e hijas-os.

"...Un día que él llegó borracho, había tenido discusiones con mi mamá y nosotros no sabíamos, cuando llega a buscarla y la busca por toda la casa, creo que llevaba un cuchillo en la mano, él estaba súper... así, pero diga, alocado. Verlo en esa acción ¡uhf! Para mí fue una imagen terrible. Y desde allí yo le perdí como se dice el amor y sentía mucho miedo...". Mujer del Putumayo.

Solo una de ellas plantea que el mal genio de su madre era lo que generaba conflictos. Las infidelidades del padre eran también motivo de conflicto. Y el silencio de las madres frente al conflicto es una constante en todas las familias, motivado por el temor a la agresión de los esposos o por el temor a quedarse solas. Asimismo, cuando aparecían los padrastros, los conflictos se presentaban por intento de abuso sexual hacia las hijas, sin que la madre interviniera. Las mujeres afirman que la forma más común de resolver los conflictos en su vida de infancia, era el castigo físico.

"... mi papá no, a mi mamá no la maltrataba en golpes pero de pronto con otra mujer si, únicamente mi papá conseguía mujeres por ahí, y de todas maneras mi mamá no le iba a gustar...". Mujer del Putumayo.

"... Me gustaban más los consejos de mi mamá porque mi mamá me los daba no como regaño sino como consejos, en cambio mi papá si era más drástico... pero como bravo a toda hora regañándonos...". Mujer del Putumayo.

"... mi mamá sufría calladamente, porque mi mamá no era una de esas personas que fuera agresiva ni fue altanera ni fue grosera, ella sufría todas sus consecuencias en silencio...". Mujer del Putumayo.

: "...yo le decía en el caso en que pues los hombres se iban a seguir aprovechando de nosotras... Me llegaron a querer abusar de mí.... Yo sentía que ella (mamá) se sentía mal pero ella nunca me decía nada, ella no... Ella guardaba silencio, ella no me decía nada..." Mujer del Putumayo

"... y me pegó con reajo me dio una pela durísima eso me dejó moreteada, yo ya estaba como grandecita yo tenía como unos 15 años yo no salía porque me daba pena que me miraran los pies morados"; "...los fuetazos que él le daba a uno, con uno solo que le dieran era para sacarle verdugones de sangre a uno en los pies..." Mujer del Putumayo.

La madre juega un papel esencial en la dimensión afectiva, es ella quien a través de los consejos, la educación y la permanencia física, generaba lazos de afecto entre la familia. Y a pesar que ésta, en la mayoría de los casos era quien ejercía el castigo físico, por miedo al padre el vínculo con las hijas era muy grande. Pero aunque se reconocía el vínculo fuerte con las madres, se le reprochaba su silencio y resignación frente al abuso sexual por parte del padrastro o por el maltrato físico y psicológico que ejercía el padre.

"... mi mejor recuerdo de mi niñez era mi mamá, porque mi mamá me enseñó a ser juiciosa, una mujer buena, y la mamá es mamá y el papá se encuentra, papá es cualquiera... por que si así es, papá es cualquiera y ya, así es, mamá no se encuentra detrás de la puerta y papá cualquiera..." Mujer del Putumayo.

En el contexto social, la afectividad de las niñas estaba dada por su relación con otras niñas y niños, específicamente en el espacio escolar que es el único en el que podían compartir actividades con los varones, y a través de los juegos, que siempre eran diferenciados. Todas mencionan a sus maestras, como mujeres que aunque las castigaban, les daban afecto y las influenciaron en su niñez. Las condiciones culturales no permitían que existieran demostraciones de afecto entre el padre y la madre o hacia los hijos-os. No recuerdan que se dieran demostraciones de afecto entre la pareja.

"...mi papá y mi mamá no se demostraban cariño entre ellos dos, nunca les conocí una caricia a ellos, mi papá era muy apático, ellos no se demostraron ese amor que una pareja debe tener, nunca lo vi...". Mujer del Putumayo.

Los sueños de la niñez están, en todos los casos, asociados a la posibilidad de estudiar para ganar más poder al interior de la familia y la comunidad: ser profesora, enfermera, actriz, siempre un quehacer que está ligado culturalmente a la función de ser mujer, pero que al mismo tiempo tiene un importante reconocimiento social, que genera poder en las comunidades rurales. Como mujeres soñaban con ser madres y fue el único sueño que la sociedad y la

cultura les permitió tener, los sueños que rompían con ese mandato no fue posible realizarlos y siempre afloró el llanto cuando recuerdan que:

“Ninguno de los sueños se cumplió. Mi sueño era ser algo importante, ser alguien en la vida... prácticamente no fue posible, los sueños todos fueron perdidos”. Mujer del Putumayo

La sexualidad es un tema que no se toca en casa, sin embargo en las prohibiciones que se hacen a las niñas, está implícito y siempre asociado el concepto católico de la virginidad como el aspecto de dignidad más importante para las mujeres, especialmente dadas las condiciones de pobreza en la que viven, ya que la virginidad se convierte en el único tesoro que las mujeres pobres pueden tener. De igual manera, la calificación de niñas buenas o malas, está asociada directamente a la manera como éstas viven su sexualidad. Las niñas buenas son de la casa, no tienen novio y no se embarazan, las niñas malas andan en la calle, tienen novios, son algunos de los mensajes que les son dados a las niñas, como una forma no solo de control de la sexualidad y la afectividad sino también de reproducción de la cultura patriarcal, la cual considera que la sexualidad de la mujer no existe. En este sentido, consideran que la presencia del padre es importante porque permite ejercer vigilancia y control sobre el cuerpo de las mujeres de la casa y mostrar a la comunidad que deben respetarlas.

“... hacerse respetar es no dejarse burlar de los hombres, porque a veces los hombres quieren utilizar a la mujer, solamente para tener las relaciones sexuales, o lo engañan a uno, le prometen a uno que se van a casar, que lo van a apoyar mientras se burlan –decía mi mamá– mientras se burlan y ya no la voltean ni a ver, lo que hacen es desprestigiarla y la que lleva del bulto es siempre la mujer no?, tiene que responder de todas formas sola...” Mujer del Putumayo.

“... ser niña mala era ser grosera, desobediente y acostarse por allí con el que primero le proponga”. Ser una niña buena “...era prácticamente no tener novio, solo estar en la casa y no más que hacer los oficios...” Mujer del Putumayo.

El cuerpo de las niñas es invisibilizado por ellas, sus familias, la sociedad y la iglesia. El cuerpo solo aparece en la dimensión de la sexualidad en el que debe ser cuidada su virginidad. Ninguna de ellas hace mención al cuerpo en términos de gustos o cuidado del mismo, La única referencia al cuerpo la hacen cuando manifiestan que cuando se enfermaban sus madres las curaban con remedios caseros.

“...me infundieron bastante sobre el cuidado del cuerpo humano frente a un hombre o sea que uno no debía ser deshonesto que uno no debía entregarse rápido a un hombre que luego quedar en embarazo, sobre todo eso fue para mí lo que me ha marcado hasta ahora...”. Mujer del Putumayo.

Todas las mujeres vivían en zonas rurales, que idealizan por la conexión con la tierra y la ausencia de violencia. Hay total coincidencia en la tranquilidad que había en sus épocas de infancia, el conflicto armado es

“...la persona más importante era el presidente de la Junta comunal que siempre era hombre porque prácticamente en ese tiempo lo que era a las mujeres no nos tenían en cuenta para nada...”. Mujer del Putumayo

Los conflictos comunitarios se presentaban generalmente por riñas entre los varones de la comunidad cuando ingerían alcohol, algunas veces por la mala utilización de los recursos que llegaban a la comunidad.

“...los hombres eran peleones por esas borracheras que se pegaban con guarapo, no faltaba, si iban a festivales que salieran peleando, peleaban a garrote y a piedra...”. Mujer del Putumayo.

“...en la comunidad se peleaban a veces porque algunos líderes serruchaban con los recursos...”. Mujer del Putumayo.

La organización y la participación comunitaria no eran acciones sociales que se impusieran con fuerza en ese momento y en esos lugares rurales del sur del país, ninguna de ellas hacía parte de organizaciones infantiles o juveniles, nuevamente, los espacios de participación se reducían para las mujeres y las niñas, a las actividades de la iglesia. El único espacio de participación y organización que recuerdan era la Junta de Acción Comunal, pero estaba reservado para los varones:

“No pertenecía a ninguna organización comunitaria porque en ese tiempo, en esa época no había nada de organización”. Mujer del Putumayo.

“En ese tiempo no se hacían esas organizaciones que se hacen ahora que uno hace grupos...”. Mujer del Putumayo

para ellas algo reciente, no hay recuerdos específicos de la violencia liberal - conservadora de mediados de siglo. Además de la escuela y algunos lugares de recreación como los ríos, las niñas participaban de manera permanente en las actividades de la iglesia, esta condición de manera conjunta con una rigurosa educación religiosa en la familia, influyó fuertemente en el proceso de formación de la personalidad y el carácter de las niñas, volviéndolas mujeres sumamente religiosas. La relación con las personas adultas se daba en esos espacios: actividades, festivales y eventos programados por la iglesia y ocasionalmente con las vecinas.

“...en ese tiempo no había violencia, ni nada, ni se conocía violencia, todos dormíamos afuera porque nos hacía calor adentro, ahora ya no se puede dormir afuera, no se compara como ahora tanta violencia”. Mujer del Putumayo

“...era una tranquilidad que uno podía estar hasta las cuatro, cinco, seis de la mañana todo una noche y a uno le pasaba nada, era tranquilo porque la gente no se moría así matada o asesinada sino que en ese tiempo la gente moría por enfermedades del cuerpo...”. Mujer del Putumayo.

“...a veces en navidad, en las novenas que los vecinos acostumbraban a hacer en los velorios, así era donde yo más iba y participaba...”. Mujer del Putumayo.

La autoridad comunitaria estaba siempre representada en una figura masculina (alcalde, inspector de policía, presidente de la Junta Comunal, sacerdote) y las instituciones más importantes son la Iglesia y la escuela.

“...en ese tiempo no había organización, pero cuando iba el padre a la misa yo era la primera que estaba allá...”. Mujer del Putumayo.

En términos generales, durante su niñez, las mujeres del Putumayo hacían parte de familias patriarcales, en las que sus madres y ellas mismas eran propiedad de los padres y esposos. Los roles tradicionales asignados a varones y mujeres, permitían enormes desequilibrios de poder al interior de las familias, reforzando el papel autoritario de los varones. La violencia intra familiar era condición permanente en la resolución de los conflictos, a pesar de ello, dicen que “la violencia no existía en ese tiempo”, es decir, para ellas este término solo se acuña a la violencia política. Parece ser que las mujeres no tienen una noción clara de la violencia estructural.

2.3.2. Tiempo cronológico mujer adulta, antes de la situación directa de conflicto

Familias conformadas por ellas, sus compañeros, hijos e hijas y en algunas ocasiones yernos, nueras y nietos-as. Antes del conflicto, a excepción de una, eran mujeres que vivían con sus compañeros, cuatro de ellas en zonas rurales del Putumayo y una en el casco urbano. Antes del conflicto, muchas de ellas y sus compañeros eran líderes y lideresas comunitarios-as, formadas-os por la iglesia.

“...el sacerdote Alcides Jiménez, me había mandado un mensaje con un hermano que si yo quería trabajar con él en un programa que tenía acá en el Putumayo y entonces quería que yo me viniera a trabajar...”. Mujer del Putumayo.

“...yo trabajaba con el padre Alcides y gracias a él empezó a surgir la organización comunitaria y de las mujeres...”. Mujer del Putumayo.

La mitad de las mujeres manifestó que ambos trabajaban y aportaban económicamente al hogar, y por lo tanto algunas decisiones se tomaban de manera compartida. Una de ellas tomaba las decisiones de manera conjunta con su hijo mayor, y las otras dos tenían esposos autoritarios que tomaban todas las decisiones de manera unilateral. Lo anterior significa una fuerte asociación entre la provisión económica y el poder al interior de las familias, las mujeres que aportaban económicamente en el sostenimiento familiar tenían mayores posibilidades de tomar decisiones. Sin embargo, en todas prevalece el rol de madres cuidadoras de los hijos-os, el esposo y el hogar, fortaleciendo los procesos de doble y triple jornada (empleo, comunidad, hogar) para las mujeres, sin que ellas siquiera se lo cuestionaran.

Las mujeres que trabajaban en el hogar, realizaban adicionalmente labores agrícolas y cría de animales domésticos, que no son reconocidas por ellas o sus familias como aporte económico. Los roles de hijos e hijas son similares a los vividos en sus hogares

durante la infancia, con la diferencia que ellas dan gran importancia a la educación de las niñas y al trabajo de las hijas. Los hijos mayores deben aportar económicamente a la familia, una vez empiezan a trabajar y asumen de inmediato espacios de poder en la toma de decisiones. Los valores familiares se fundan en la educación católica y la virginidad continúa siendo importante para la formación de las hijas.

“...yo si le hablo a mis hijas que se hagan respetar la dignidad de la mujer, que estudien y no se embaracen...”. Mujer de Putumayo.

“...los adolescentes hoy en día deben ser educados para tener una relación sana, hermosa y querida por Dios, o sea la responsabilidad mas que todo que los niños y las niñas tengan una relación a su debido tiempo y con mucha responsabilidad...”. Mujer del Putumayo.

No todas mencionan las razones de los conflictos familiares durante esta etapa de sus vidas. Algunas hacen alusión a problemas de infidelidad y dejan entrever comportamientos de maltrato físico y verbal por parte de ellos

“...mi esposo se fue un año de vacaciones con otra muchacha...”. Mujer del Putumayo,

“...me maltrataba, al trabajar me dejaba todos los oficios a mí, ha sido muy violento...”. Mujer del Putumayo.

La dimensión afectiva está muy marcada por el afecto y el amor que ellas profesan hacia sus hijos e hijas, con quienes comparten más tiempo. Sus sueños en ese

momento están orientados a la posibilidad de sacar adelante a sus hijos e hijas (en términos educativos, sociales y económicos). Mencionan el afecto que tienen hacia sus hermanas-os, y fundamentalmente una enorme gratitud hacia sus madres. Es evidente su condición de dadoras de afecto y protección a sus familias, importante lugar en sus afectos, ya que se sienten, de alguna manera, valoradas y reconocidas en lo que piensan y hacen, específicamente dos de ellas que tienen una vinculación importante con las organizaciones de mujeres creen que en ese espacio son valoradas por las compañeras. No mencionan la existencia de expresiones de afecto con sus parejas.

“... allá en el pueblo yo me mantenía cuidándolo y protegiéndolo para que no le pasara nada a mi esposo...”. Mujer del Putumayo.

“... yo soy la mujer más feliz del mundo con mi mamá porque ella nos supo crecer sola...”. Mujer del Putumayo.

“... lo más importante es mi mamá porque ella me enseñó a ser una mujer buena...”. Mujer del Putumayo.

No hay suficientes referencias a la dimensión sobre la sexualidad en este momento de sus vidas. Lo único que mencionan son los consejos que dan a sus hijas para que “se hagan respetar de los hombres” y la participación en algunos talleres sobre sexualidad que se han dictado en el puesto de salud, en este sentido se traslada la importancia de la virginidad a los valores

de las hijas. El cuerpo continúa siendo invisible para ellas, no aparecen patrones de belleza que las haga sentir bien o mal con respecto a su cuerpo, posiblemente por las condiciones de pobreza y marginalidad rural en la que la mayoría de ellas vive, las hace distantes de los esquemas de belleza del mundo occidental masificado desde los medios. Solo una de ellas, menciona la importancia de tener un cuerpo sano, porque es lo que le permite trabajar:

“... yo nunca me he enfermado, y por eso puedo trabajar en lo que sea...”. Mujer del Putumayo.

Cuatro de ellas ejercían un importante liderazgo en sus comunidades, antes de ser afectadas por el conflicto; pertenecían a distintas organizaciones comunitarias mixtas y de mujeres, trabajaban como promotoras de salud, promotoras comunitarias y en proyectos de seguridad alimentaria. El liderazgo, en la mayoría de los casos fue fomentado y fortalecido por la Iglesia. Las otras dos compañeras tenían esposos que eran líderes en la región. Las instituciones más importantes eran la alcaldía, las organizaciones y la iglesia, el papel de la iglesia es preponderante en la construcción del tejido social del Putumayo. A pesar de que siempre hubo presencia de algún actor armado, podían hacer sus vidas tranquilamente, ya que no existía otro actor que se disputara el territorio, por lo tanto se generaba cierto “equilibrio” en las relaciones del actor armado y la comunidad, pues esta no se encontraba en medio de dos fuegos y no

tenía que tomar decisiones frente a alguno de los bandos.

“... por acá siempre estuvo la guerrilla, que controlaba todo y a uno a veces le tocaba hacer lo que ellos decían, pero cuando llegaron las Auto defensas, todo se puso con mucha violencia...”. Mujer del Putumayo.

Tener la tierra para cultivar y/o la casa propia para vivir es una importante condición para la felicidad de las mujeres que narraron su historia, pues es esto lo que genera arraigo y opciones de futuro para sus familias, ya que ellas como colonas han sufrido un primer exilio de su región de origen y asirse a lo que la nueva tierra les ofrecía se convirtió en un aspecto importante para la cohesión de la familia.

“... tenía una finca muy buena, tiene 8 hectáreas de chontaduro, tiene caucho, son 42 en pasto braquiaria y barío, gramalote negro y varias luminosas, tenía bien organizada la casa... y dejar todo eso es lo más duro...”
Mujer del Putumayo.

2.3.3. Tiempo cronológico mujer adulta afectada por el conflicto

De las cinco mujeres del Putumayo, a dos amenazaron sus esposos los paramilitares, otras dos soportaron la desaparición de sus compañeros en manos de la guerrilla, El esposo y el hijo de una de ellas fueron asesinados en su casa por los paramilitares, dos hijos y la hermana de una de ellas fueron amenazados y des-

plazados por los paramilitares. Las cinco mujeres son víctimas del desplazamiento forzoso y se consideran cabeza de familia, pues aunque dos de ellas aún viven con sus esposos estos no han conseguido trabajo y a las mujeres les ha tocado asumir la responsabilidad económica y afectiva de la familia durante el desplazamiento.

Es claro que las mujeres desplazadas no sólo son las sostenedoras de las estrategias del desplazamiento, sino que deben soportar el mayor peso de la supervivencia familiar, redoblando sus esfuerzos para tratar de sustentar, en las más precarias condiciones, a sus hijos e hijas. Como algunas de ellas manifiestan, aunque viven con sus compañeros.

“...ellos no van a trabajar por una migaja que les paguen, ellos dicen que no tienen por qué ir a regalarle el trabajo a nadie...”. Mujer del Putumayo.

“Nosotros hemos hecho un análisis y decimos que las mujeres, en general, somos cabezas de hogar cuando somos desplazadas, cuando tenemos esposos desempleados, cuando son desempleados somos los jefes de hogar, por la violencia porque nos matan a los esposos, por ser viudas y casi siempre porque los esposos no asumen la responsabilidad, así de sencillo, porque ellos dejan que la mujer sea la que busque la forma de sobrevivir. Eso, ellos son más tranquilos, las mujeres nos preocupamos más y por ese mismo hecho nos dejan la carga a nosotras”. Mujer del Putumayo.

Las mujeres, como parte de los esquemas de explotación laboral femenina y

de la responsabilidad que sienten por proteger y salvaguardar a los otros-s, trabajan por salarios y condiciones precarias, lavando ropa, en la galería, vendiendo puerta a puerta.

“... por lo menos llevamos algo de comer a la casa, lo importante es no dejar morir los hijos de hambre...”. Mujer del Putumayo.

“...porque acá en el pueblo se tiene que trabajar duro, uno se jode mucho, por ahí lavando ropa para el arriendo, energía, agua y todo lo demás. En el campo que uno cría gallinas, cría cachamas, pues en esa finca tenía de todo...”. Mujer del Putumayo

No es sólo la responsabilidad económica la que recae en las mujeres desplazadas, lo que se quiebra por el desarraigo se funda en los fragmentos de sentido que las mujeres pueden sostener como significantes: la memoria, la cultura, la historia de la familia, el afecto, lo que les permita ligar su nueva condición con algunos aspectos de normalidad que vivían en sus territorios. En sus “nuevas casas” tienen por doquier aquellos elementos simbólicos que ligan sus afectos con la tierra y la historia que les fueron despojados, una forma de resistencia a perder la memoria aunque sus miradas estén siempre puestas en el futuro. Pequeñas huertas en los patios que ayudan al sostenimiento, al recuerdo y al sentir de la tierra; plantas y flores en ollas, canastos, latas viejas y frascos de colores de diversas formas que adornan sus espacios

recordando la grandeza de la naturaleza que las rodeaba. Fotos de sus seres queridos desaparecidos o asesinados en aquellos lugares en donde sería imposible no verlos de manera permanente.

Se presentan transformaciones en los roles, debido a las nuevas responsabilidades asumidas por las mujeres, pero no necesariamente en las jerarquías. A pesar de que después del conflicto, por condiciones que las han obligado a ello, participan más en las decisiones, siguen consultándolas con los esposos o con los hijos mayores. Sus roles de madre y liderazgo no solo prevalecen sino que se han fortalecido, buscan de manera permanente la protección de la familia y para ello se apoyan en la organización comunitaria. A pesar de que se desdibujan algunos de los roles de los varones, éstos continúan, desde la sombra, ejerciendo autoridad en la familia. Los roles de las hijas adolescentes o jóvenes se asimilan al de las madres, ellas las apoyan en las labores domésticas, estudian, y protegen a la vez, a sus respectivas familias.

“... mis hijas pues también a ellas, les tocó asumir el mismo papel mío, o sea, asumir de padre y de madre cuando los esposos se fueron, ellas les toco vivir las consecuencias de la economía y cuidado de los hijos que llorando por el papá, que ¿dónde está?, que vamos donde mi papá, que mi papá ¿por qué no viene?, que esto y que lo otro, entonces ellas y al fin me tomaron el parecer, mamá usted qué opina de esto, que esto, que hace, entonces yo como madre, usted sabe, que uno

quisiera tener las hijas, protegerlas, pero a veces la situación no le ayuda a uno y por otro lado que cada uno tiene que ser protagonista de su propia historia, yo les decía a mis hijas que a ellas les ha tocado duro...”. Mujer del Putumayo

“... mi hijo es el que más me apoya porque el ya trabaja... yo hablo mucho con él sobre lo que hacemos en la familia...”. Mujer del Putumayo.

“...mi esposo a ratos se siente como muy indefenso, no sé, como muy nervioso y pues a toda hora busca la protección mía... las mujeres somos las que más llevamos del bulto, por nuestra sensibilidad y querer proteger...”. Mujer del Putumayo.

Los hijos adolescentes o jóvenes tienen mayores dificultades para asumir la condición del desplazamiento, en palabras de ellas “no quieren arriesgarse al sufrimiento, ellos quieren vivir bien, ellos no aceptan que uno a veces tiene subidas y bajadas, en cambio a las hijas, ambas desplazadas, les tocó asumir como padre y madre en la economía y el afecto.

“... los varones de la familia se quejan permanentemente de su condición, pero no aportan lo suficiente para sobrellevarla o superarla. Mujer del Putumayo.

Los conflictos familiares se presentan por diversas razones: la inestabilidad económica que genera problemas con las parejas, el cuestionamiento que hacen los hijos a su madre y su padre por la condición en la que viven, el sentimiento de soledad y desarraigo que vuelve irascibles a los miembros de la familia.

“Los conflictos se daban entre todos. Allí unos le echaban la culpa a unos y los otros a los otros, bueno, los hijos que bueno que ustedes por andar metidos en esas organizaciones que no se sabe qué; que ahora nos van a llevar quién sabe dónde a sufrir y que los padres que no, que eso ya se vino, que eso es programado por el gobierno, por los cultivos... Bueno, eso es una sola discusión y porque pues no lo atienden a uno como es debido, lo mandan a uno de un lado para el otro”. Mujer del Putumayo.

“Un conflicto grande que tengo ahora es que mi marido no está, que me he quedado sola... le matan a uno la vida íntima...”. Mujer del Putumayo.

“...él se mantiene malgeniado, ya mi hijo volvió pero prácticamente como traumatizado era que el no quería hablar, a el le dio un trauma pero duro, el no quiere hablar, el no quiere salir...”. Mujer del Putumayo.

A diferencia de lo que vivieron en su niñez, ellas dicen resolver los conflictos por la vía del diálogo, aunque reconocen que en algunas ocasiones hay situaciones de maltrato, lo importante para ellas en los momentos de conflicto, es elegir material y simbólicamente, de manera adecuada, las condiciones que le permitan una continuidad en la historia de la familia, es decir, mantener siempre la normalidad y llevar ella la carga psicológica y física que esto representa. Es claro ver a través de los conflictos familiares como hay una exigencia hacia las mujeres para que sostengan la memoria familiar, construyan estabilidades que orienten la senda de sus familias, y diseñen nuevos arraigos en el desconocido territorio.

En primera instancia, las organizaciones de mujeres, de desplazados-as y mixtas se convierten en los conductos utilizados por ellas para mejorar las condiciones económicas, en este primer momento las reivindicaciones políticas, no hacen parte de sus prioridades, aquellas mujeres que han logrado un poco más de estabilidad en el nuevo territorio, tienen posiciones políticas frente sus derechos o la guerra, más claras y definidas, sin embargo todas reconocen que en el espacio organizativo se sienten “valoradas y respetadas”, generando un vínculo afectivo con la organización que las ha apoyado en la reconstrucción de sus vidas.

El mayor apoyo afectivo lo encuentran en sus hijos e hijas y en sus madres. Ellas continúan siendo dadoras de afecto en sus familias aunque reconocen que algo se quiebra después de la vivencia que tuvieron, que hace que se sientan destrozadas, sin amor y sin sueños; sin embargo, persisten en la reconstrucción de “lo vital”: la unión de la familia, el cariño entre sus miembros, los valores familiares.

“...prácticamente por el conflicto mi familia toda se separó, la una para allá la otra para acá, otro pues la falta de mi mamá que se murió tal vez fue por eso y la otra pues sería que no se que ya es como vivir una como sin amor como que ya uno no vive como tranquilo yo no se como ya a toda hora vive uno como atemorizado...”. Mujer del Putumayo.

“...después del conflicto, como esposa me sentí pues sola y muy triste con todo lo que pasó, que más, como toda madre el sueño es tener su hogar completo, su unidad familiar...”. Mujer del Putumayo.

“... eso queda uno como que no come, no duerme, uno se siente destrozado, no tenía ningún sueño, no, no podía dormir... todavía me duele, no me pasa eso, para poder olvidar es mas peor todavía, tengo muchos recuerdos de mi hijo, siempre estar viendo las fotos, los recuerdos es muy duro olvidar...”. Mujer del Putumayo.

El refugio afectivo está en la religión, profesan, sin excepción, un enorme amor a Dios, y consideran que esta condición les da fuerza para soportar su situación. Es importante anotar sin embargo, que casi todas reconocen en las compañeras de la organización, la solidaridad y el apoyo en el que se fundamenta el afecto, también sienten que lo que piensan y dicen es reconocido en este espacio. Los sueños de las mujeres después de la acción directa del conflicto, están relacionados con el retorno a la tierra, la estabilidad económica para ellas y sus familias y el fin de la violencia del conflicto armado.

“... yo creo que la acogida que nos han hecho de todas formas aquí en Mocoa han sido las amigas, de pronto también unos familiares, pero las mujeres son las que han estado prestas a apoyarnos...” Mujer del Putumayo.

El eje cuerpo -maternidad es indivisible en la subjetividad de las mujeres, está presente cuando mencionan las amenazas hacia la vida de sus hijos porque ellos hacen parte del cuerpo de las madres. Reconocen la incidencia de los actores armados en el cuerpo y sexualidad de las mujeres que habitan los territorios en conflicto, explican cómo a través de la seducción las mujeres

son utilizadas como mensajeras de uno u otro bando y posteriormente desaparecidas o asesinadas

“...algunas personas nos decían: ‘no se vayan, a ustedes no les han dicho nada, cómo que no nos han dicho nada, no nos han dicho nada porque no han tocado nuestro cuerpo, pero si tocaron con nuestros hijos que es como un pedazo de la vida y el cuerpo de nosotros entonces eso es hacerle algo a nuestra familia...’. Mujer del Putumayo.

“A las mujeres, cuando las utilizan por ejemplo para seducir a otro del bando contrario por ejemplo se han dado casos que las seducen y sacan información y luego las matan, hemos visto eso, nos han contado eso es triste, nos están utilizando o cuando las utilizan también para transportar ilícitos, por ejemplo mercancías o lo que se produce pienso que todo eso va para los actores armados y luego las utilizan para comprar sus dotaciones, sus cosas”. Mujer del Putumayo.

El cuerpo de las mujeres es utilizado en ese binomio conflicto armado - cultivos de destinación ilícita, para transportar la droga procesada, convirtiéndolas en el eslabón más débil de la cadena y aprovechando la vulnerabilidad de muchas de ellas en su condición de madres cabeza de familia.

“... el conflicto aquí está muy ligado a la producción de la coca, donde hay producción de coca ahí están los actores armados, porque hay intereses económicos con lo que ellos se sostienen, entonces por qué son las mujeres, las que están en la cárcel, aquí en Mocoa, la mayoría en el 70% son mujeres que han traficado con su cuerpo o trasladando mercancías de un lado a otro..”. Mujer del Putumayo.

Todas fueron afectadas en algún momento por las fumigaciones y expresan claramente los efectos de las mismas en el cuerpo de las mujeres. El fenómeno de los cultivos de destinación ilícita afecta a las mujeres en varias dimensiones. En el cuerpo lacerado por el veneno o agredido por el transporte de las mercancías hacia otros lugares; en las relaciones afectivas con sus compañeros o hijos, y en la condición económica.

“... el cuerpo de las mujeres sí es afectado por las fumigaciones, también hay muchas afecciones de la piel, y eso genera muchas alergias y a veces la gente no sabe por qué, y es porque también a veces les ha tocado en las fincas, me contaba por ejemplo una amiga que les tocó metersen debajo de unas hojas de un ramito porque la avioneta pasó por encima bañándoles con ese glifosato...”. Mujer del Putumayo.

“Las fumigaciones también nos ha afectado, por eso también hubo desplazamientos, la gente también se desplazó e igual acá también la mujer tiene que frentear la economía del hogar, algunas el esposo pues ha cogido para otro lado y las han dejado abandonadas, porque pues de pronto los esposos están acostumbrados a coger su billete y a la hora acá pues no recoge nada, entonces ya no le gusta esa vida entonces agarran y se abren dicen ellos, deja a la mujer sola, entonces la mujer le toca acá responder por los hijos, entonces allí se afecta la mujer y también en cuestión de salud también las mujeres somos afectadas por problemas de salud, se enferman de cáncer, tantas infecciones que han resultado entonces yo a eso le achaco a las fumigaciones”. Mujer del Putumayo.

Todas las mujeres tienen una participación activa en la comunidad, hacen parte de las organizaciones de mujeres, de desplazados y de grupos de la iglesia. Una de ellas ha participado en elecciones populares. Cuatro de ellas tenían importantes vínculos comunitarios en el territorio que habitaban, el ejercicio del liderazgo no es una actividad nueva en su quehacer. La participación comunitaria está motivada por la necesidad de tener mejores condiciones económicas para sus familias a través de proyectos productivos, compra de tierras o de vivienda. Como se mencionó anteriormente, las reivindicaciones políticas de sus derechos como mujeres, está presente solo en algunas de ellas. Las que han logrado mayor estabilidad después del desplazamiento, las que han militado hace mucho tiempo en las organizaciones de mujeres o las que tienen un mayor nivel educativo.

2.3.4. Resistencias de las mujeres del Putumayo

En general, reconocen en la Ruta Pacífica de las Mujeres y la organización de mujeres el espacio que les posibilita superar algunos aspectos del desplazamiento y las secuelas de las acciones directas del conflicto en sus vidas. El encuentro con otras mujeres se convierte en la forma de resistencia más importante para ellas, en un espacio y una sociedad que las agrade de manera permanente, pero que a la vez les exige sostener y resolver los efectos del conflicto en términos sociales y fa-

miliares. Por ello tienen claridad, que es en la acción colectiva con otras mujeres en donde tienen la opción para salir adelante. La solidaridad, reconocimiento y apoyo de otras mujeres, es la clave para avanzar un escalón en la recuperación de su identidad, la recuperación económica y tejer lazos que las afiancen en el nuevo y desconocido territorio.

“...yo les diría a las mujeres que la unión hace la fuerza... primero debemos ayudarnos entre nosotras y después ir a las entidades municipales y departamentales...” Mujer del Putumayo.

“... uno siente como que rabia, siente como venganza como cosas profundas en el corazón, de que uno, no se, se ha roto un poquito, de que ahora yo me he unido a lo de la Ruta Pacífica, las mujeres pues han tenido diálogo con la sicóloga y con las mujeres pues ellas me han dado valor y yo otra vez estoy volviendo a coger motivación otra vez...” Mujer del Putumayo.

“...entre las mujeres tenemos que seguir luchando y continuar trabajando por nuestros sueños... nosotras y otras mujeres sigamos diciéndole al Estado y a los actores armados que queremos que cese la guerra...” Mujer del Putumayo.

En la dimensión de lo privado, las resistencias están orientadas a fortalecer su papel como transmisoras de valores a sus hijos e hijas: “con el conflicto pues estamos formando hijos para la guerra y eso no se quiere, es decir la idea no es formar hijos para la guerra sino para la tolerancia...”; de igual manera al sostener la continuidad histórica de la familia por medio de lo simbólico, de

mantener viva la memoria, las mujeres se resisten a perder la identidad que las liga con el territorio del que fueron desplazadas.

La mayoría de ellas (cuatro) se asumen como víctimas inocentes del conflicto, dicen no entender las razones por las cuales vivieron tal situación. La otra mujer, con más experiencia en el liderazgo comunitario reconoce que el conflicto la afectó por la labor social que ella o su esposo hacía en las comunidades, reconoce los intereses específicos de los actores armados para resquebrajar el tejido y la organización social y ella como “la piedra en el zapato” para que no puedan avanzar en su objetivo, de esta manera reivindica su quehacer comunitario

“no sé por qué nos pasó eso, a nosotros nos criaron siendo muy correctos en las cosas, no nos gusta lo malo, nos gustan las cosas que se hacen por la derecha... será pruebas de mi Dios...” Mujer del Putumayo

“y son ellas quienes en el momento de la acción directa no sabían qué hacer o a dónde acudir, en este sentido, son también quienes mayores dificultades han tenido para superar el desplazamiento”. Mujer del Putumayo.

“...hay personas que quieren manejar, imponer sus ideales por encima de lo que sea, por la fuerza y que quienes obstaculicemos o estemos ahí interfiriendo de alguna u otra manera en sus propósitos, quieren sacarlos a como de lugar, eliminarnos para poder lograr lo que se proponen...” Mujer del Putumayo.

El concepto de conflicto es manejado básicamente desde la esfera de lo público, muy referido al conflicto armado y a las

fumigaciones de los cultivos de uso ilícito. Solo dos de ellas consideran que el origen del conflicto tiene causas estructurales. Para todas, las prácticas de los actores armados son dañinas. No consideran que éstos actúen por convicción política sino por objetivos específicos que reconocen básicamente como económicos alrededor del negocio de la coca

“...para mi un conflicto es por ejemplo ahora entre los grupos armados al margen de la ley, por ejemplo aquí en nuestro departamento del Putumayo el principal conflicto que se está dando de siempre, ya hace mucho rato es entre la guerrilla y los paramilitares...” Mujer del Putumayo.

“El conflicto es la muerte de mi hijo, la violencia y el desplazamiento, tener que perder todo lo que se robaron, la muerte de mi marido, de mi hijo...” Mujer del Putumayo.

“La fumigación de los cultivos también es un conflicto, pues con la comida pues fumigaron y fumigaron todo lo que es comida, plátano, yuca, entonces todo murió por parejo...” Mujer del Putumayo.

“Le han hecho mucho daño al país, le han hecho mucho daño a las familias colombianas, mucho daño, mucho secuestro, mucha extorsión, mucho desaparecimiento, mucha muerte, ellos le han hecho mucho daño a la vida del ser humano...” Mujer del Putumayo.

En la esfera de lo privado, todas sienten gran temor frente a las prácticas de los actores armados, fundamentalmente porque les da miedo la muerte “sin saber la razón porque lo vayan a matar a uno” o

porque si a ellas les ocurre algo, la familia y los hijos e hijas quedarán desprotegidos.

“...me da miedo que a cualquier hora le dejen a uno por allí, si uno se muere, con morir acaba, pero el que queda, queda luchando...” Mujer del Putumayo.

“... me da miedo, temor, de encontrarme esos grupos, mas que todo la guerrilla, porque yo estoy viviendo la incertidumbre del desaparecimiento de mi esposo, yo no se de pronto eso qué consecuencias generarán con el paso del tiempo...” Mujer del Putumayo.

Las mujeres del Putumayo, son de alguna manera optimistas frente a la resolución del conflicto. Esperan del Estado apoyo económico que ayude a superar las condiciones de pobreza en las que las deja el desplazamiento, esperan poder recuperar la tierra que dejaron y el retorno a su cultura, a su territorio. Algunas esperan que el Estado combata con autoridad a los grupos armados. De los grupos armados esperan que “recapaciten”, que dejen las armas o “que respeten los derechos humanos

“...esagentees muy mala (paramilitares) esa gente no, que quiten esa gente, vivimos es, vivimos es nosotros humillados por esa gente, tanto de unos y de otros...” Mujer del Putumayo.

“...yo espero que el Estado no apoye mas estos grupos, que apoye empresas y que trate de acabar las armas que es por lo de las armas es que estamos ahora en la violencia...” Mujer del Putumayo.

2.4. Palabras, representaciones y resistencia de las mujeres del Cauca

2.4.1. Tiempo cronológico niña

En su infancia, las cinco mujeres indígenas, fueron a la escuela y a pesar de las madrugadas y distancias, era para ellas el único espacio para relacionarse con otras niñas. Dan testimonio de la valoración que se daba a las niñas-os.

“La gente de antes no miraba a los niños como ahora sino que para los niños era lo peor, por ejemplo si iban a servir almuerzo primero le daban a los mayores y los niños eran de último”. Mujer del Cauca.

“cuando llegaba gente particular mi abuela nos hacía encerrar en una pieza mientras la gente comía y se iba, por eso fue que mi mamá se salió de allí. Mis abuelos también tomaban decisiones, ellos eran los que “tráigame, que lléveme” y ellos eran muchas veces los que nos castigaban”. Mujer del Cauca.

“A todos nos pusieron a estudiar, pero a los primeros les tocó muy difícil para estudiar porque de donde vivíamos nosotros a donde tocaba la escuela había tres horas de ida y tres horas de venida caminando, en unos peñascos, entonces yo me acuerdo que mis hermanos los levantaban cuando cantaba el primer gallo, como a la una de la mañana a hacer café y arepas, la ida de la finca era a las cuatro de la mañana con un mechero alumbrando unos peñascos horribles. Hombres y mujeres íbamos a la escuela”. Mujer del Cauca.

Las cinco afirman que no se les permitía jugar con niños ni relacionarse con personas adultas, los espacios femeninos y masculinos estaban claramente diferenciados, así como el espacio de las niñas, niños y adultos.

“Somos indígenas, y allá los papases, mi papá porque yo quedé huérfana de nueve años, mi papá siempre nos cohibía la amistad con los hombres, entonces nosotras allá siempre nos comunicábamos por medio de cartas, nunca nos dejaban ni visitar ni hablar; por ejemplo uno salía al mercado el día lunes, mi papá tenía una tiendita entonces los muchachos le mandaban a uno una cartica entonces uno al que le gustaba le contestaba y al que no le gustaba pues no le contestaba, uno no le contestaba esos papelitos esas carticas que mandaban siempre en sobre de carta”. Mujer del Cauca.

“Con adultos no, con el que más me relacionaba era con una hermana, empecé a relacionarme con adultos una vez que me fui a estudiar a Popayán”. Mujer del Cauca.

“... una pareja que a veces no se comprenden, por cualquier cosa discuten, por eso yo salí de la casa, ellos mantenían peleando mucho, por ejemplo mi papá la mandaba hacer cualquier cosa y ella no la hacía bien, entonces la gritaba y le pegaba, él le daba muy duro a mi mamá...”. Mujer del Cauca.

Para algunas de ellas las relaciones entre el padre y la madre eran conflictivas y generaban incertidumbre y dolor. La madre amenazaba con abandonarlos y hoy entienden el porqué de las amenazas ya que les ha tocado vivir situaciones similares. Una de las indígenas recuerda la canción que la mamá cantaba. Al cantarla se le anuda la garganta y de

inmediato el llanto se le agolpa, pero se repone para cantarla.

“Ella cada vez que peleaba con mi papá cantaba una canción, y esa si no se me ha olvidado y eso era como el alivio de ella cantar y como que soñaba cosas yo creo y eso que yo me sentaba al lado de ella y yo repita y repita hasta que me la aprendí. Se llamaba “Cuando las aves dejan su nido” y yo digo que eso decía mucho, ella algo pensaba y ella siempre le pedía a la virgen de las lajas que la llevara, mi papá le pegaba mucho”. Mujer del Cauca.

Las mujeres consideran que el silencio o esconderse era para ellas la única solución al conflicto de su hogar, dos indígenas desde muy niñas pensaron que lo mejor era huir y otra pensó en suicidarse; no comprendía porque la mamá no se defendía y porque no la quería. Salía de su escondite sólo después que su padre golpeaba a su mamá

“El silencio era lo más frecuente, yo reconozco que a uno lo marcan desde pequeño con eso, porque a uno no lo dejaban opinar para nada, yo era una de la que más me daban porque era muy contestona y hasta de pronto por eso mi mamá era muy autoritaria porque a mí me daba mucho porque yo era muy respondona en ese tiempo y yo le respondía porque veía que las cosas eran injustas, no eran como ella decía y el lema de ella era que si una persona mayor aunque estuviera mintiendo por el hecho de ser mayor no se lo podía contradecir entonces yo muchas veces le decía que eso no era así y ella le pegaba

mucho a uno en la boca, a pesar del miedo yo siempre contestaba cualquier cosa”. Mujer del Cauca.

Es importante relacionar y contrastar este silencio, testimoniado directamente por las mujeres, con el silencio escolar observado en los indígenas en los espacios educativos formales del país. El silencio de los paeces ante extraños, ante personas que no son de su comunidad, se puede entender como un saber y una comunicación estratégica. Su actitud en la escuela, de aprender silenciosamente, parece ser la estrategia frente a la educación de la sociedad mayor, como ellos mismos la llaman. Silencio sigiloso que desquicia al maestro, fractura el currículo, hace discontinuo el mensaje al establecer un puente donde sólo hay una ruta para el discurso pero no para la respuesta y menos para la pregunta; puente que ante el discurso dominador interpone un silencio férreo que señala un límite. Sólo cuando el maestro escudriña la razón de este silencio cultural, y no específicamente escolar, podrá evidenciar los espacios para el silencio, los espacios de su uso, su historia y su función.

Así podrá saber por qué el paéz de regreso a casa, camino a la parcela o de viaje al páramo siempre está hablando, sonriendo y poco lugar deja para el silencio, aun cuando uno supone que calla. Podrá saber el maestro por qué el paéz cuando pisa el espacio escolar es como si llegará a otro mundo que, si bien “conoce”, no le pertenece, le es

extraño. Se dará cuenta de que no les falta razón para no hablar pues en la escuela se les dijo que debían olvidar su lengua, su costumbre de mascar coca, su práctica del amaño, su cosmovisión, en fin se les “enseñó” a avergonzarse de sí mismos.

Los roles y funciones de varones y mujeres se encontraban claramente delimitados, todas además de limpiar y cocinar debían ayudar en el trabajo de la huerta que era una labor que generalmente hacían los varones. Sólo una de las indígenas dice que tales tareas se las pusieron cuando ya era grande.

“Cuando ya éramos grandes nos ponían a jabonar, a ordeñar las vacas, a dejar almuerzo a los peones, mi mamá cuando estaba solita conmigo era muy linda pero cuando estaban mis otros hermanos me trataba distinto, por ejemplo me mermaba el plato de comida, a mí siempre me daba menos en todo pero yo no les guardo rencor”. Mujer del Cauca.

La relación con la madre se daba en algunas oportunidades en un contexto de tensión y conflicto. La madre no tenía tiempo para ellas porque siempre estaba trabajando en la lana y por estar mambeando ni siquiera les ponía cuidado. “...cuando le hablaba vivía muy pegada del trabajo y eso de mambear no le daba posibilidad de hablar con nosotros”. La abuela jugó un papel muy importante en una de ellas, casi fue su mamá con ella aprendió nasayuwe. Pero también recuerdan que les impedía relacionarse con los adultos. Se percibe una especie de censura a sus madres porque las castigaban.

“...nos castigaba ¿qué le haría yo?, recuerdo, me acuerdo que me iba a castigar, pero no me acuerdo si me alcanzó a castigar, pero yo me acuerdo tanto, ¿qué le haría yo? Ya que mi mamá cogió el rejo pa’ castigarme, y yo me volé de un barranco, me acuerdo, cuando yo iba en el aire mi mamá sonó a decir: ¡esa muchacha se va a matar! Me volé por no recibir fueete..”. Mujer del Cauca.

“Yo a mi mamá le tenía miedo, más que amor sentía miedo y respeto porque nos castigaba muy duro por cosas que no tenían razón y respeto, por el mismo miedo”. Mujer del Cauca.

El padre era quien les proporcionaba algo de cariño. No obstante este reconocimiento le incriminan a sus papás los malos tratos que le daban a sus mamás.

“...mi mamá como que se dedicaba mucho al trabajo, no se en qué pero como una forma, sería como la preocupación del maltrato, uno le hablaba y ella no le ponía cuidado, en cambio a mi papá si como que era mas apegado a los hijos siempre vivía cargándolo a uno, y en ese tiempo nunca pensar mal que me iba hacer algo...” Mujer del Cauca.

Sobre el sexo nunca nadie les habló, fue en la relación de pareja que descubrieron tal dimensión humana. Lo único alusivo al tema es cuando una comenta que su madre la maltrató cuando supo que había menstruado. La mayor dice que su padre vino a hablarle a los 18 años sobre la menstruación como si fuera una enfermedad.

“A mí nunca nadie me explicó qué era la sexualidad, mi mamá era muy ignorante porque a mí me vino la menstruación como

para hacer oficio sino que hay que dejarles un rato para que se diviertan”. Mujer del Cauca.

Recuerdan a las maestras como personas que les brindaron mucho cariño pero tampoco ellas le hablaron de la sexualidad.

“La profesora de una vereda. Ella me daba a entender, con ella compartía más. Me decía mire que ese libro dice... yo me acuerdo tanto de una leyenda de un libro que decía “Cuando vayas a una fiesta nunca te hagas en partes oscuras, ni permitas que tu rosa blanca, que llevas en la cintura, que no se aje, ni se deshoje”; a mi papá nunca le pude preguntar, en cambio ella me dio a entender, con ella compartíamos, siempre iba ella porque me gustaba leer”. Mujer del Cauca.

Ninguna recuerda haber pensado en su cuerpo durante su infancia ni haber visto expresiones de afecto entre su mamá y su papá.

“Como a los 13 o 14 años que uno empieza mirarse sí, yo me veía bien, me gustaba como era, que tenía bonita piernas, que mis ojos eran bonitos, que mi nariz era bonita, yo me miraba todo. Lo que más me gustaba eran las piernas porque tenía unas piernas bien bonitas y toda la gente me decía ¡uy!, que piernotas”. Mujer del Cauca.

La única mención del cuerpo es para decir que sus mamás lo cuidaban en el embarazo y la dieta con yerbas y cuando les venía la menstruación. Negar o tan siquiera poner en duda la relación entre cuerpo y naturaleza que las culturas amerindias han construido o intuido sería un abrupto desde todo punto de vista. Pero lo que también es

a los doce años y ella me trató mal, ella dijo que ahora si era una mierda..., que tenía que cuidarme, yo no sabía qué era eso, quería saber por qué sangraba, yo me sentía mal, sentía vergüenza”. Mujer del Cauca

“Era un tema que no se conocía, yo creo yo ya estaba grandecita cuando nacían mis otros hermanos entonces yo veía que a mi mamá la encerraban en una pieza y tapaban todo por debajo de la puerta para que nadie se asomara, cuando uno escuchaba que lloraba un niño y le decían a uno que la virgen le trajo el niño que por un huequito y yo preguntaba que por dónde y me decían que por un huequito de la puerta y me acuerdo cuando pasaban los caldos y todo eso con harto cilantro y perejil y uno con esas ganas de entrar y podíamos entrar al otro día pero había que sahumarse para poder entrar”. Mujer del Cauca.

Todas recuerdan que la inspección de policía, la escuela y la iglesia eran las instituciones que había en sus comunidades y en los últimos tiempos el Cabildo donde se pueden ir a quejar.

“Yo veía que varias personas eran importantes, aparte de la señora negra, el inspector, la enfermera, los profesores porque le enseñaban a leer a los niños, los cantos, daban cosas buenas, cosas que uno nunca había conseguido y el inspector me parecía bueno porque la inspección se abre sólo los días de mercado y entonces el día de mercado hacían cola para hablar con el inspector y él solucionaba los problemas, todavía no había Cabildo, el cura, conseguía remesas, conseguía ropa, iba a las veredas a llevar comida y ropa a las casas, él se preocupaba mucho por llevar juegos, sopa de letras, loterías, ping pong, dominó, él hizo un salón grandísimo y colocó mesas entonces después de la misa decía “invito a los niños y niñas para jugar, a los padres les recuerdo que los niños no son sólo

cierto es que las indígenas reconocen que no han sido tratadas acorde a lo que son: personas que al igual que los varones merecen consideración para cuidar su cuerpo, para pensar en su capacitación, participación en su deseo y necesidad de gobernar para brindar protección, para relacionarse con otras personas y comunidades.

La autoridad está representada y reconocida en la figura de su padre aunque las cinco dicen que la mamá mandaba a la hora de contratar trabajadores.

“Mi mamá, autoridad en el sentido de ser autoritaria pero en el sentido de autoridad como amor era mi papá, a él me acuerdo que cuando llegaba y estaba haciendo frío él se acostaba y uno se le podía tirar en las faldas, en la ruana de un momento a otro”. Mujer del Cauca.

Sus lugares en la niñez eran lugares tranquilos, sitios donde no había peligro para caminar, donde había mucha naturaleza, los pajaritos, el río y las huertas hacían parte de sus comunidades. Tanto para las yanaconas y para las nasas ser mujer les decían sus mamás era tejer sus propios vestidos y las ruanas de quienes serían sus esposos, saber cocinar y ayudar en la huerta.

2.4.2. Tiempo cronológico mujer adulta, antes de la situación del conflicto

De mujeres adultas, se asumían con rupturas en relación con sus familias paternas y maternas, pues deseaban vivir si-

tuaciones diferentes a las que vivieron sus madres y padres; conservando la estructura de madre, padre e hijas-os, pero planteando la importancia de trabajar para brindarles un futuro mejor.

“A ver les cuento, sucede que yo me casé en el 1969, me tracé la meta que yo sólo tenía que tener tres hijos y eso lo hablé a mi marido cuando éramos novios yo siempre le hablaba, yo tuve cinco años de noviazgo con mi marido, entonces yo le hablaba que uno tenía que tener los hijos y había que trabajar para poderlos hacer estudiar”. Mujer del Cauca.

“Bueno, teníamos el noviazgo y yo le hablaba de que debíamos trabajar para poder tener los hijos y hacerlos educar y al no le gustaba, o sea, él en ese tiempo no decía nada todo decía que si todo, que si y mi propuesta era que a los tres años tuviéramos el primer hijo, hija o hijo uno en ese tiempo no sabía que habían esas radiaciones, esas cosas de saber si eran hombre o mujer, sólo lo que Dios dijera; bueno me casé y mier... que uno se casa y no está preparado para.. ni el hombre ni la mujer y entonces me caso y lo primero que quede fue embarazada..y yo no estaba de acuerdo a que eso sucediera primero, sino que primero había que trabajar para poder tener bien a los hijitos”. Mujer del Cauca.

En sus familias se presentaban conflictos cuando ellas expresaban lo que deseaban como mujeres; pero tanto en sus familias de origen como en las suyas el silencio era una forma de enfrentar el conflicto. Las cinco indígenas consideran además que en sus territorios se presentan conflictos, fundamentalmente, porque se les quiere despojar de la tierra que tradicionalmente han habitado.

Las mujeres consideran que la mayor conquista de los pueblos indígenas es la recuperación del territorio que es la base fundamental para obtener la identidad, la historia, el presente y el pasado. Algunas de ellas han participado en procesos de formación lo cual les ha permitido mirar como posible hacer parte de los Cabildos

“.. sucede que en ese tiempo yo estaba apenas recibiendo capacitación del derecho de la mujer..., pues como a uno lo ordenan a que vaya a socializar y yo fui en una reunión y socialicé, al señor no le gustó, o sea no solo a él a mucha gente no sé, un día me dijeron que yo no podía participar... dijeron que yo fuera gobernadora y él no me dejó.. Dijo que No... que yo estaba llevando políticas de afuera.. bueno se me ocurrió un día en una asamblea llamarle la atención, le dije mire señor... profesor --es que él es profesor, él estudió en la Normal de La Vega y entonces le dije profesor... Usted que cree que me impide a mi trabajar como en un cargo público, yo que es lo que tengo para que me impida a mi trabajar, yo quiero trabajar con la comunidad, y más que todo con los derechos de la mujer... Dijo: que no, que yo estaba llevando una política de afuera que eso no era conveniente; le dije que yo me había capacitado bien ¡cual era la política de afuera!, yo no sabía...” Mujer del Cauca

2.4.3. Tiempo cronológico mujer adulta afectada por el conflicto

Las indígenas sienten y se preguntan por qué les ha tocado vivir en medio de tantas presiones e interpretaciones blancas. Aunque hubo indígenas en el Quintín Lame manifiestan que ahora los

actores armados no son indígenas. Todas ellas han perdido miembros de su familia ya sea por la acción de la guerrilla, de los paramilitares o de la propia familia por disputa del territorio. Ellas consideran que es importante realizar acciones que las protejan de los grupos armados, pues a sus comunidades llega mucha gente a ayudar y no se puede confiar porque pueden ser actores ilegales.

“No hemos logrado hacer una acción contundente, quisiéramos en mi Resguardo hacer una resistencia donde no entren ni los paramilitares, ni guerrilleros, ni ejército ni policía porque ellos lo que hacen es formar problemas, a mi finca ya entraron los paramilitares, allá no vive nadie porque les da miedo, me tocó venirme para acá porque entraron los paramilitares a la región y empezaron a merodear la finca y a preguntarle a la gente los nombres de nosotros y en una ocasión sacaron a un compañero para matarlo pero él se voló y puso demanda y por eso están bravos con nosotros, ellos tienen toda la información de nosotros entonces tenemos que cuidarnos no llevando los hijos allá, yo si voy allá llevo otra cédula diferente, en una ocasión iba para la finca con mi hija y se subieron al bus y la chiquita preguntaba si eran guerrilleros o paramilitares, yo creo en Dios y pidieron que bajáramos todos, los hombres acá y las mujeres acá y empezaron a requisar los bolsos cuando venía otro carro y no alcanzaron a requisarme y me fui con otra amiga corriendo y nos devolvimos”. Mujer del Cauca.

Las indígenas consideran que el gobierno es responsable porque casi siempre que hay una masacre en cualquier parte ya se sabía y las autoridades no hacen nada. Las cinco reconocen que la organización es la

única forma de hacerle frente a la guerra, pero si los hacen salir de los Resguardos los dividen y esto es lo que los grupos armados desean porque les interesa las tierras y los recursos naturales y la biodiversidad de la que son guardianes. Y dicen que la desconfianza es un elemento presente en sus vidas.

“Mejor dicho nos toca seguir luchando para que las comunidades indígenas no desaparezcamos”. Mujer del Cauca.

No podemos confiar ni en la familia porque ya sea por asuntos de tierras o porque tenemos gente nuestra en los diferentes bandos enfrentados. Entonces no sabemos cómo proceder, con quién hablar a quien pedir ayuda ya que hasta en el propio gobierno hay personas que llevan y traen y cuando uno menos piensa todos (ejército, guerrilla, paramilitares, delincuentes, en fin todos los que creen tener razón) están buscando para matar. Y esto parece que no importara, hay una obsesión por encontrar culpables en las comunidades cuando quienes han causado el mal son personas ajenas que llegaron por nuestras tierras o que se aprovechan de nuestra pobreza para ofrecer trabajo en tareas indebidas y por esto los hijos se van, las hijas son engañadas y los maridos los matan y nosotras somos las últimas en darnos cuenta que la guerra se nos metió a la casa. Mujer del Cauca.

El conflicto armado afecta a las mujeres, por ejemplo los hijos por falta de recursos económicos, por falta de tierras productivas, o familias numerosas que escasamente viven en una huerta pequeña, terminan ingresando al ejército para solventar sus dificultades económicas y si un hermano se va, al otro hermano la guerrilla le ofrece

otra opción económica y terminan enfrentándose entre la familia o parientes, entonces, las más afectadas son las madres. Y temen por el futuro de los jóvenes por la anterior situación, pero muestran su fuerza y esperanza para que sus territorios no sean campos de batallas.

“Estamos afectadas por el peligro que estamos atravesando donde pienso mucho en las niñas adolescentes”. Mujer del Cauca.

“Estamos dispuestas a salir a contarle al mundo que no queremos extraños, que queremos trabajar, que queremos volver a confiar que la vida vale la pena, que hay gente buena, que somos capaces de negociar, que nuestra gente preparada la necesitamos para intercambiar y desarrollar el conocimiento propio y externo; que tenemos limitaciones pero que no implican barbarie, que pueden llegar a nuestras comunidades con la seguridad de volver a salir y de regresar cuando se necesita o quiera”. Mujer del Cauca.

“Queremos ahora en este país desgarrado y sin esperanzas a la vista, alzar nuestras voces, nuestras miradas y dar todo nuestro acumulado histórico como seres que nunca hemos agenciado la guerra, para proponer y trabajar por una Colombia distinta, por la Colombia que soñamos, que necesitamos como el lugar para vivir sin miedos, contrario a los que nos está sucediendo actualmente que nos acecha la muerte por la desconfianza que despertamos por estar participando, por estar enseñando, aprendiendo lo que es el diario convivir; por decir que nuestro cuerpo, nuestros sentimientos no deben ser usados como botín de los grupos armados; pero también por estar planteando que las mujeres queremos participar y exigir recursos para que nuestras ideas salgan a flote y resurja una nueva patria y una nueva manera de relacionarnos con respeto y con dignidad”. Mujer del Cauca.

“Yo pienso que el conflicto con la guerrilla es por los cultivos ilícitos y con los compradores que es gente extraña que llega y se va. El conflicto cada vez se agudiza más”.
Mujer del Cauca.

Uno de los impactos del conflicto armado, para las mujeres, es la violencia intra familiar; dado que los varones obtienen mejores ingresos producto de los cultivos ilícitos y los ingresos los destinan a la bebida. Ante esta situación muchas niñas de 12 años se van de las casas porque ya no se aguantan al papá o la misma mamá. También el Cabildo ha ido detectando drogadicción y afectaciones por las fumigaciones.

“Mi hija nació con malformaciones, es un ser que sólo yo que vivo con ella sabe que existe, porque de la cama nunca se levanta, me toco servirla en todo y no ha habido poder humano para que el gobierno me ayude ni siquiera para comprarle una droga para que no convulsione. Ella nació así porque cuando yo estaba en embarazo llegó de repente una avioneta a fumigar a la vereda dizque porque hay que acabar con la coca, pero al parecer lo que quieren es acabar con la pobreza de una vez por todas, mejor con la gente que no tenemos ni para comer y por esto estaba en mi parcela cuidando la yuca y la cebolla cuando ese pájaro de metal llegó, yo supe realmente de su daño cuando mi hija nació así”. Mujer del Cauca.

Para las mujeres que narraron su historia, los actores armados generan atropello, afectan la libertad de las personas con las amenazas, las matanzas y con apropiación de las tierras. Estas situaciones les generan miedo, intranquilidad y les restan posibilidades para estar desarrollando procesos

Todas las mujeres se sienten orgullosas de su identidad étnica, tanto en lo individual como en lo político o en lo religioso. Consideran que son diferentes pero no inferiores. Además, respetan que sus hijos e hijas salgan de los Resguardos porque lo deseen pero no porque se les obliga, porque se les engaña con promesas de tener lo elemental, lo que la vida les ha negado para vivir.

“Espero que otras mujeres tomen conciencia de la importancia de hacer respetar sus derechos Considero que las mujeres responden de una forma vulnerable frente al conflicto por la sumisión a los hombres Quedarnos en silencio ante el conflicto provoca más daño. Estamos cansadas pero no derrotadas”. Mujer del Cauca.

Las mujeres reconocen que deben comprometerse cada vez más con el futuro de sus comunidades para lo cual se necesita más y mejor liderazgo. En consecuencia consideran que la transparencia, el saber sobre derechos humanos y saber escuchar a la comunidad son los valores más importantes para ejercer liderazgo.

Ellas ven que el conflicto armado es progresivo, que aumenta por el cultivo ilícito y que la gente cultiva la amapola porque es lo único que se vende y es lo que da plata. El conflicto armado aumenta a pesar de los programas del gobierno porque los dineros están destinados a la gente que siembra, entonces los que no sembraban el cultivo ilícito terminan sembrándolo para recibir las ayudas. Eso es una cadena que no termina sino que se va agrandando.

propios. Los paramilitares han matado a más gente con la idea que son informantes y las más afectadas son las mujeres porque se quedan solas con sus hijos y tienen que enfrentarse con un medio adverso para mantenerlos y trabajar muy duro para poder educarlos. Las mujeres consideran que los paramilitares invaden su vida privada y no respetan sus creencias y valores tradicionales.

“Por aquí nosotras las mujeres ya no podemos vestirnos con la ropa adecuada para el calor, estos señores también utilizan el fúsil para obligarnos a no ponernos “chores” o faldas cortas porque esto va en contra de la moral y así, les damos mal ejemplo a los hijos”. Mujer del Cauca.

Las mujeres indígenas viven múltiples vulnerabilidades. Si realizan proyectos por ellas mismas se piensa que es la guerrilla la que les ordena qué hacer y entonces el ejército las retiene y solo hasta que demuestran que trabajan por el bien de las mujeres, las sueltan. Luego la guerrilla considera que son informantes del ejército. “Y en la casa nos dicen que para evitar problemas no volvamos a reuniones y si vamos recibimos una tunda”.

2.4.4. Resistencias de las mujeres del Cauca

Las cinco indígenas coinciden en afirmar que sus vidas, en lo personal y familiar, han cambiado porque ya conocen sobre sus derechos y sobre cómo re-

solver los problemas mediante el diálogo. Aunque dicen que sus familias no hacen mucho para protegerse del conflicto armado sino que se acogen a lo que decida el Cabildo y a veces dichas decisiones no son compartidas en la familia, entonces las toma por sorpresa cuando los actores armados han llegado a sus comunidades.

Uno de las formas de resistir al conflicto armado es no estar dando información a extraños. El silencio ha sido una forma de protegerse y de proteger a su familia. Otra manera de hacerle frente a los actores armados es que como mamás les hablan a sus hijos para que no se dejen convencer de quienes les dicen que se vayan a buscar mejor futuro.

Las indígenas mayores y con más trayectoria en trabajo organizativo reconocen que su vida privada ha cambiado por su participación en los procesos comunitarios ya que como indígenas han participado en las luchas indígenas para resistir al exterminio social y cultural que históricamente han padecido. Proceso en el que han aprendido de liderazgo, de ayuda mutua, de cuidarse de personas que no son de su comunidad.

La capacitación, la organización y la solidaridad son para las indígenas las formas que colectivamente hacen posible que los actores armados respeten sus territorios y sus procesos culturales. Acuden al Cabildo para denunciar y aunque el silencio ante los extraños es una de sus estrategias para

cuidarse, hablar, denunciar y pedir ayuda es lo que han acordado para romper el cerco al que quieren someter a las comunidades para apropiarse de sus territorios. Por lo tanto recomiendan no salir de los territorios. Así también quieren frenar el desplazamiento al que se han visto obligados.

2.5. A manera de síntesis de los hallazgos

En este aparte se consignan los principales hallazgos de la investigación; ellos deben ser considerados como pistas que las mujeres nos señalan con sus narraciones; para continuar explorando, comprendiendo, analizando las expresiones de la cultura patriarcal y generando acciones para su transformación. Los hallazgos se refieren a las formas como la cultura patriarcal se ha imbricado en la vida de las mujeres, sus movilidades y presencias en los diferentes ciclos vitales; asimismo, las repuestas y las formas como ellas la viven, reproducen y padecen; es decir como se manifiesta el patriarcalismo en las subjetividades femeninas, en sus diversas identidades, en las dinámicas familiares, en la sexualidad, en la afectividad, en el cuerpo y en los procesos generados por el conflicto armado, en su percepción del mismo y en sus resistencias. No se puede pensar que los hallazgos fueron explícitamente planteadas por las 20 mujeres que donaron sus vivencias para

pensarnos y entendernos en el conflicto, la lectura se encuentra mediada por los filtros que las investigadoras hicimos de las narraciones.

2.5.1. Subjetividades e identidades entre la opresión y la libertad

La construcción de las identidades y subjetividades es de carácter relacional. Las categorías de feminidad y masculinidad son intrínsecamente relaciones y se significan mutuamente, son construcciones sociales poseedoras de una historia. En este sentido, las subjetividades de las mujeres que narraron sus historias, expresan la riqueza y variedad de las experiencias vividas desde la subordinación, la opresión, la violencia y desde intentos de libertad y de resistencia. Muestran de múltiples formas sus capacidades para aprender y transformarse a pesar de la desgracia y el sufrimiento y para acumular recursos. La eficacia de sus subjetividades les ha permitido la auto conservación y sobrevivir al conflicto armado, incrementándose su capacidad de respuestas para hacer frente a un medio adverso no solo para ellas, sino también para sus seres más queridos. Y al actuar en su beneficio, protección y preservación de su integridad tanto en lo privado como en lo público, las mujeres han incrementado su ser.

Es decir, han podido construir medidas relacionadas con sus dotaciones y la carencia de los recursos para enfrentar la vida

cotidiana. Podríamos atrevernos a afirmar que las mujeres han tenido la capacidad de metaforizar sus experiencias de vida. En este sentido, las historias de vida no fueron otra cosa que metáforas que hicieron posible retrotraer a la memoria de quienes con-versaron esas representaciones, esas ideas para que fluyera el ser, para que el sujeto perdido, extraviado, invisibilizado, silenciado, pusiera en palabras sus vivencias, sus dolores, sus propuestas, sus sueños y sus derrotas. Construcciones emocionales y sociales que permiten a las mujeres subsistir en medio de la barbarie para proyectar sus vivencias y sus necesidades.

En las narraciones de las mujeres, se plasman sus experiencias como sujetos en torno a su ser y a su existir, con elementos multi-referenciales en torno a sus identidades. Identidades complejas en las cuales se visualizan elementos descriptivos e interpretativos sobre sus vivencias, que involucran pensamientos y afectos sobre sí mismas y sobre los otros; así como las ausencias presentes en sus ciclos vitales, lo reprimido y lo olvidado. Constatan cómo viven experiencias identitarias cuyos sentidos se han construido por medio de complejos y diversos procesos de-construcción, resignificación e innovación de su experiencia como mujeres. Ellas han construido sus identidades, afro descendientes, indígenas, urbanas, campesinas entre otras, en una permanente interacción con los otros-as y como resultado de su hacer en el mundo. Y su mundo ha sido sistemáticamente

desconocido y subvalorado, tanto en áreas rurales como urbanas.

La diversidad de las experiencias identitarias, permite acercarse a las relaciones y las formas como las mujeres vivieron-viven la semejanza, las diferencias, la especificidad y la singularidad con otras mujeres: sus madres, hermanas, hijas, amigas y compañeras de la organización. Ellas de formas variadas expresaron su pertenencia a los diferentes grupos: familiares o comunitarios; pero también sus distanciamientos de ellos. Expresaron a través, de sus narraciones sus experiencias fundamentales del "Yo mismo, como mismidad, limitada y sólo vivible en el reconocimiento de lo propio, en la singularidad irreplicable"⁵⁵.

Sus experiencias involucran los afectos y los sentimientos sobre sus yoes, las vivencias corporales subjetivas, las imágenes, los sueños en lenguajes de auto-referencias y de autorretratos. Se mueven estas experiencias entre la convicción de ser incluidas unas veces y ser excluidas otras; con sentimientos de no pertenecer, de no ser semejantes a los varones; pero reclamando de formas diversas su pertenencia y su condición como humanas. Ellas constatan cómo en el mundo patriarcal en el cual viven, sus identidades son subvaloradas, negadas y negativizadas; pero también de formas diversas se oponen a la desvalorización negativa de sus identidades y, confrontadas con su entorno y con los otros, padre, hermanos, compañeros, madre, hermanas,

se afirman de forma positiva, en muchos momentos de sus vidas, para tratar de reparar la descalificación. Las identidades de las mujeres se muestran cambiantes en sus configuraciones. Configuraciones que entran en conflicto pero presente siempre un cuerpo subjetivizado, una historia en constante revisión, un nudo de relaciones y narraciones sociales y un yo en permanente interacción con las-os otras-os.

La cultura patriarcal, está en la base de los sueños que de niña tenía cada una de las entrevistadas. Ser enfermera, profesora y madre son opciones de vida, que comparten culturalmente una suerte de compromiso y disposición favorable de estar para el otro, de servirle y protegerle, de acogerlo y hacerlo con afecto. Enfermera, profesora y madre son tres caras de la misma imagen femenina del servicio. Sin embargo, se prestan algunas fisuras en el patriarcalismo, se observa que hay valores que persisten y a la vez se incorporan otros que anteriormente fueron asociados casi exclusivamente a lo masculino, como es el caso de irse muy lejos, ser admirada, tener un buen salario y ser famosa; es decir, emprender la aventura, centralizar la atención y conquistar la autonomía económica. Proceso de continuidad y discontinuidad que habla de la forma cómo se transforma dicha cultura, quizá debido a las dinámicas propias de lo urbano, en donde las influencias sobre niñas y niños son diversas y menos controladas que en los escenarios rurales. En las narraciones de las mujeres,

sus sueños de niñas y mujeres adultas se encuentran imbricados pensamientos míticos, creencias, poder e ideología. Ponen palabras a la cultura patriarcal en torno a la función y papel de las mujeres y destacan de diversas formas la función simbólica de la maternidad.

En todas las historias de vida, la relación madre-hija aparece como elemento clave para entender la identidad femenina. La madre responsable de la crianza cuidado de las hijas-os; pero a diferencia de los varones las hijas comparten con su madre la identidad femenina dándose una fusión de la mujer y la madre. Esta fusión se produce desde el inicio de la vida cuando se internaliza a la propia madre como el símbolo de la mujer, es decir, en la subjetividad de cada una, la mujer es idéntica a la madre⁵⁶. La auto-identidad de las mujeres, se elaboró a través de las semejanzas con su madre. La madre, cumpliendo el mandato patriarcal, les enseñó y asignó los estereotipos de la feminidad y de la mujer. Lo hizo a través de la palabra, las normas, el tabú, el tratamiento sobre el cuerpo y la sexualidad, la asignación de funciones y comportamientos. La intervención en el moldeamiento de la subjetividad de su hija y los poderes que ejercía sobre ella, posibilitaron que la madre fuera una protagonista de primer orden en la infancia de las mujeres. Ellas se sentían obligadas a cumplir el mandato de la madre; pero cumplir este mandato implicó que emergiera el conflicto madre-hija.

En la relación madre-hija se establecen vínculos de poder que suelen reproducir y ampliar las relaciones de poder de la sociedad patriarcal. Esta cultura exige, aún hoy, asumir el peso de la propia auto negación para la continuidad de la especie. La mayoría de las narraciones muestran cómo ellas se encuentran atrapadas en los roles estereotipados de esposa, madre, hija y ama de casa permaneciendo olvidadas intelectualmente. A oscuras, sin saber que de ese subempleo de la conciencia femenina depende la vida moral y emocional de la familia.

“La niña se identifica con su madre en el proyecto de quién quería ser, a la vez que la madre se identifica con la hija en el recuerdo de quién fue. Este vínculo de ser una en la otra le otorga al vínculo identificario una cualidad de entrecruzamiento en el cual interviene, así mismo, la propia madre de la madre, especialmente la madre que la madre tuvo cuando era adolescente”⁵⁷. Reconocer la importancia de dicha relación y no sancionarla, abriría posiblemente nuevos horizontes para la autonomía y para la autoestima de las mujeres; contribuiría sin lugar a dudas, a transformar la cultura patriarcal que coloca a las mujeres en la rivalidad y en la negación de la otra para dar cierto sentido a su existencia.

Las mujeres de diversas formas constatan cómo la familia, la escuela, la iglesia y otras instituciones sociales jugaron y

juegan un papel importante en los procesos de construcción de sus subjetividades e identidades. Varones y mujeres aprendieron a ser varoniles y femeninas en un juego de poderes, de roles, asignaciones, posiciones y valoraciones diferentes según el sexo al cual pertenecen. Varones y mujeres tienen un mandato que cumplir sin traspasar las fronteras y cuando ello se hace se da la sanción ya sea por parte de la madre, el padre o las instituciones sociales. En el proceso de construcción de sus identidades y subjetividades, las figuras que admiraban y admiran son aquellas relacionadas con el servicio o el poder. La maestra, la enfermera, el cura, el líder comunitario o el líder político; es significativo que las mujeres no expresaron admiración por ninguno de los actores armados, aunque ellos representen poder en sus comunidades.

2.5.2. Cuerpo- sexualidad-afectividad, acorralados por la cultura patriarcal

La triada cuerpo-sexualidad-afectividad, aparece como territorio en el cual se expresa el poder de la cultura patriarcal. Las relaciones de poder marcan cuerpo-sexualidad-afectividad, obligan, dominan, someten a la negación, lo fuerzan a trabajos y exigen signos. El cuerpo de las mujeres se convierte en fuerza útil cuando es productivo y sometido. El cuerpo y la sexualidad de las mujeres son, en efecto, campo político definido, disci-

plinado para la producción y para la reproducción, construidos ambos campos como disposiciones irrenunciables.

Pareciera que el cuerpo de las mujeres es la base para definir su condición de mujer y la apreciación patriarcal dominante la considera un don natural: “El ser considerada cuerpo-para-otros, para entregarse al hombre o procrear, ha impedido a la mujer ser considerada como sujeto histórico-social, ya que su subjetividad ha sido reducida y aprisionada dentro de una sexualidad esencialmente para otros, con la función específica de la reproducción”⁵⁸.

Cuerpo-sexualidad-afectividad, subvalorados y sobre valorados como ejes sobre los cuales se estructura su condición y subordinación y son los que las mantienen en la dependencia y también sobre los cuales se funda y se desarrolla la opresión que totaliza sus vidas, como grupo social y como particulares. Cuerpo-sexualidad-afectividad, entregados por las mujeres a los hombres y a los otros, y así se relaciona con ellos⁵⁹.

Las relaciones afectivas y sexuales han sido fuente de sufrimiento y dificultad para casi todas las mujeres que narraron su historia, algunas han vivido violencias innumerales y sus compañeros sexuales o los de sus madres se han encargado de ejercer violencia sexual contra sus hijas o contra ellas, haciendo del espacio familiar y de la relación una continua expresión del poder

patriarcal. La afectividad y la sexualidad, aparece como un continente enigmático en la mayoría de las narraciones de las mujeres. Ellas constatan de diversas y múltiples formas que cada sensación es una impresión corporal, una impronta hecha por el cuerpo en el ser; pero a la vez, ese cuerpo las definió en su singularidad. Ser y tener cuerpo se corresponde con su condición humana de eternas aprendices que interpretan el medio, lecturas que inscriben en sus propios cuerpos, como quien escribe la historia de su tiempo; se podría decir que los cuerpos de las mujeres son libros en los que se compila el sentir del presente de cada época como el resultante del diálogo con la tradición y también de la ruptura con dicha tradición hacia la apertura de la ilusión y la utopía.

El cuerpo de las mujeres, es el texto en el que se lee el trayecto que define a cada una de sus vidas, en él han quedado plasmadas las alegrías y tristezas, el amor y el odio, la memoria y el olvido. Pero también en el cuerpo de cada mujer, se manifiesta la especificidad cultural de la sociedad, pues en él se ponen ante los ojos de todos y todas las libertades y restricciones, lo posible y lo imposible de acuerdo con los valores y tabúes de la cultura patriarcal. Cuerpo aceptado, negado, violentado, asumido o rechazado de acuerdo con los mandatos y estereotipos culturales.

En el trayecto de las narraciones se establecen para las mujeres, disposiciones con

las cuales se inhibe el ejercicio de la autodeterminación frente a la sexualidad como modo de relacionarse con el cuerpo propio. Adicionalmente, el ejercicio masculino de la violencia en la familia y en la guerra, genera un costo que se traslada a la mujer, construyendo su participación en la producción del capital cultural e inhibiendo su autonomía.

La sexualidad tabú contrasta con las relaciones familiares que se presentaban; pues sí bien no se hablaba del tema, el varón y la mujer podían tener diversas relaciones de convivencia con otros y otras sin que por ello hubiera un rechazo social. Podría pensarse que esta flexibilidad relativa a las prácticas sexuales traducía una modalidad de las relaciones económicas, pues la mujer requería de un compañero para el sustento de sus hijos-as y el varón necesitaba de una mujer y sus hijos e hijas como mano de obra para el trabajo agrícola y minero, como es el caso del Chocó

La casi totalidad de mujeres no ha vivido la sexualidad en condiciones de libertad, goce y autonomía. La sexualidad ha estado sancionada por la religión y la familia y sólo ha sido posible en el matrimonio y la vivencia libre de la sexualidad es calificada como el ejercicio de la “puta”. El erotismo es el espacio vital reservado a estas mujeres ubicadas en el lado negativo, en el mal, y son consideradas como malas mujeres. Sin embargo, el erotismo está presente en la vida de todas las mujeres

pero salvo el caso de las “putas”, en el resto está asociado de manera subordinada y al servicio de la procreación.

Se plasman en sus historias la asociación entre sexualidad y reproducción, como si la función de la sexualidad de la mujer fuera exclusivamente para la procreación. Pareciera que las mujeres relacionaran como característica básica de su sexualidad la relación entre erotismo y procreación, la cual a nivel de los sujetos aparece escindida. “Socialmente y como parte de una cultura binaria, la sexualidad femenina escindida produce grupos de mujeres especializadas en aspectos de la sexualidad desintegrada: las madres y las putas. El cuerpo de las mujeres procreadoras es entonces cuerpo procreador, cuerpo vital para los otros, cuerpo útero, claustro. Espacio para ser ocupado material y subjetivamente, para dar vida a los otros. El cuerpo de las mujeres eróticas es un cuerpo erótico para el placer de los otros, espacio y mecanismo para la obtención de placer por otro”⁶⁰.

2.5.3. Las dinámicas familiares expresión del patriarcado

Las familias como lo testimonian las mujeres, no se reducen a la suma de interacciones entre madre, padre e hijos-as y las relaciones entre ellos-as; sino que se expresan como una totalidad dinámica que asume la función de diferenciación y de lazo entre sexos y entre generaciones. Las familias se presentan como un siste-

ma abierto en el cual se dan múltiples y diversos intercambios con otras instituciones y organizaciones y con el contexto socio-político en el cual se encuentra inserta; es decir que recibe y acusa impactos sociales, políticos, económicos, culturales y religiosos. Las funciones que cumplen las familias se encuentran orientadas a la reproducción de nuevas generaciones, a la socialización de niñas-os, a la transmisión de valores, normas y roles de la sociedad colombiana.

La autoridad básicamente es ejercida por los varones y excepcionalmente por las mujeres; las tareas se encuentran claramente diferenciadas por sexo /género y las expresiones de afecto, el silenciamiento de las emociones y los sentimientos, parecen ser una constante en las familias de las mujeres. Hablan las historias de cómo reproducen las estructuras sociales fundamentales, definiendo en su interior diversas relaciones simétricas o complementarias, jerárquicas o igualitarias teñidas siempre por valores afectivos. En el espacio familiar se despliegan rígidos códigos de género que se movilizan a causa del conflicto armado o situaciones de crisis en la familia. La familia se erige en guardiana de cualquier desviación a dichos códigos y normas.

Se encuentran presentes en todas las historias de vida los espacios claramente diferenciados para varones y mujeres, valorizando el trabajo de los varones y subvalorando el trabajo de las mujeres; “todos los

intercambios que organizan las sociedades patriarcales, y todas las modalidades de trabajo productivo que en ellas se reconocen, se valorizan, se retribuyen como un asunto de los varones. Las mujeres, los signos, las mercancías, se reenvían siempre para su producción al hombre”. Claramente se ve cómo se reproduce y refuerza uno de los pilares del patriarcalismo, el cual supone que el trabajo de re-producción material, natural y corporal no tiene valor y por tanto no debe ser valorado; dándose una apropiación por parte de los varones del trabajo productivo-reproductivo de las mujeres. Asegurando así el intercambio de las mujeres entre los varones. Las mujeres según Luce Irigaray, “devienen en seres a quienes les resulta denegada la condición de sujetos sociales, tal como lo sostiene la autora, división sexual del trabajo exige que la mujer haga de su cuerpo el sustrato material del objeto del deseo, pero que no accede jamás a éste”⁶².

Se muestra una paternidad opresiva, que no da lugar al desarrollo de las hijas e hijos. Él no representa un modelo pues su figura extrema atenta contra la imagen de padre protector y mediador entre el espacio de la casa y el espacio público. No cuenta con la admiración de casi todas las mujeres. Por lo contrario representa un modelo masculino a rechazar, pero un modelo contradictorio, por un lado, una masculinidad fundamentada en una imagen de macho viril, guerrero y sexualmente irrefrenable; y por otro lado, una masculinidad centrada

en la ausencia de las funciones paternas, del cuidado y la protección.

Las representaciones del conflicto familiar tienen dos dimensiones centrales: la primera estaba configurada por el eje autoridad – poder, en este sentido se presentaban disputas entre quien ostentaba el poder y quien se considera estaba desposeído del mismo, por ejemplo padre – madre y hermano mayor – hermanas. La segunda dimensión estaba formada por el eje celos – reconocimiento, se daban desavenencias entre madre – tía y madre – padre – madrastra. La conjugación de ambas dimensiones pone en escena una tensión por el poder –autoridad encarnada en relaciones de reconocimiento y celos. Las mujeres compiten por el amor del varón, de una manera similar a como la madrastra y la hija se disputan el amor del esposo - padre.

En este contexto de tensión, por lo general, se presentaban manifestaciones de violencia física, verbal y simbólica ejercida por diferentes actores: padre, hermano mayor y abuela castigadores de mujeres, niñas y niños. En muchas ocasiones la madre y la madrastra, también, asumían este rol; convirtiéndose en una suerte de verduga de sus propios hijos e hijas y de vigilantes de la obediencia a la palabra del padre, el hermano mayor y la abuela; esta última era quien encarnaba la tradición que legitimaba la acción masculina.

2.5.4. El conflicto armado las obliga a rehacer sus vidas

En el contexto del conflicto armado las subjetividades, las identidades y las relaciones entre mujeres y varones son impactadas. El efecto del conflicto en la familia es contundente: el aislamiento de sus integrantes, los lazos se resquebrajan, la rabia, el deseo de venganza, la desesperanza, la restricción en los horarios, la presencia de temores, las amenazas sobre la vida de los varones, las agresiones sexuales padecidas por las mujeres, la abstención para participar en la vida de la comunidad, la soledad, el empobrecimiento, la muerte y la separación de la familia, son algunas de las aristas del conflicto armado en la vida de las mujeres. La pérdida de miembros de la familia, el desplazamiento forzado y las movi- lidades en los roles que tradicionalmente han desempeñado mujeres y varones, son signos de nuevas dinámicas tanto en los espacios privados como en los públicos.

Los referentes femeninos y masculinos se transforman, emergiendo nuevas representaciones de la feminidad y la masculinidad que conviven conflictivamente con los antiguos modelos. El modelo tradicional caracterizado por una sobre valoración de la maternidad, la superioridad moral de las mujeres y la pureza a semejanza de la virgen María, ha dejado de ser el más importante símbolo disponible para las mujeres. Al lado de esas representaciones

surgen propuestas alternativas haciéndose el panorama más complejo y fragmentado. Emergen las mujeres y sus organizaciones como protagonistas sociales y políticas y su interés por participar en la vida política, entre otros, son ejemplos de los nuevos procesos que viven luego del conflicto armado que colocan en juicio las visiones tradicionales sobre ellas y al mismo tiempo crean nuevas prácticas y nuevos mensajes sobre la capacidad de las mujeres para enfrentar creativamente la adversidad y el dolor.

Las movi- lidades de roles entre los sexos/ géneros y entre generaciones, obliga a continuar viviendo de otra manera, a hacer, a buscar, a crear algo. En este panorama de cambios e incertidumbres sobre el futuro, en las familias se producen discontinuidades, las cuales generan conflictos, negociaciones y redefiniciones. Pero a pesar de estas discontinuidades, las familias tienen la capacidad de ser espacios flexibles y versátiles con gran capacidad para generar cambios y acomodarse a las nuevas realidades. Además, también se presenta un cierto socavamiento del patriarcalismo por la tendencia al mayor empleo femenino a la vez que se produce una sobreexplotación de las mujeres, lo que redundará en mayores tensiones hacia la vida familiar y una nueva distribución del estrés social, antes asociado principalmente al varón.

Durante y después del conflicto la bina subyugación - servicio adquiere los matices de silencio, sometimiento y sacrificio, lo cual

significa una exacerbación tanto de la subyugación como del servicio en oposición al cuidado de sí, que favorezca el desarrollo y la formación consciente de las mujeres. En este sentido, los sueños, esperanzas, ilusiones y expectativas de las mujeres se postergan y ellas quedan acorraladas por las necesidades de su núcleo familiar. En esta situación adquiere vigencia plena para ellas “hacer cualquier cosa por los hijos”; se redimensiona el rol de madre y los contenidos simbólicos que a través de él se le exigen cumplir a las mujeres. No cabe duda que durante los conflictos armados, independientemente de su intensidad y duración son frecuentes las siguientes situaciones:

- Silencio: Las mujeres padecen el abuso sexual, psicológico, físico y moral de los combatientes y no combatientes en silencio, pocas veces lo denuncian y cuando lo hacen no siempre su palabra tiene eco legal; además culturalmente es usual que no se le considere víctima sino responsable del abuso; el silencio parece ser una constante de lo femenino provocada por la desconfianza en una sociedad patriarcal y su ejercicio de la legalidad.
- Sometimiento: Las mujeres tienen que acceder a los caprichos de quienes combaten pues ellos ejercen el control social y la única forma de preservar la vida, en muchas situaciones, implica aceptar la voluntad

de otro aunque dicha acción signifique contradecir el propio deseo, este es el caso de las mujeres que son esclavizadas de diferentes formas como son lo doméstico y lo sexual.

- **Sacrificio:** Las mujeres se ven obligadas a atender a su familia incluso a su esposo, pues los varones, sin considerar la edad, muchas veces quedan en situaciones precarias (con limitaciones físicas y/o psicológicas), haciendo que la mujer ofrezca su vida al servicio de sus seres queridos; un ejemplo de ello son los efectos del desplazamiento, en la mayoría de los casos las mujeres son las responsables de las condiciones económicas y emocionales de la familia. Los varones, por su formación, consideran muchos trabajos innobles de su condición masculina.

Como lo narraron las mujeres, debido a la situación de conflicto armado, las mujeres adultas no solo cargan con la responsabilidad de su familia nuclear, sino también en muchos casos con la de la familia extensa, sobre todo con las mujeres jóvenes y ancianas. Bajo esta perspectiva es importante precisar que si bien las mujeres ahora toman decisiones, dicha situación más que obedecer a un acto voluntario responde a una coyuntura provocada por la muerte, desaparición, desolación, depresión, inestabilidad o huida de sus compañeros; en otras palabras, no tuvieron opción y la vida

las obligó a cargar con la familia y en consecuencia a decidir.

El conflicto armado incidió en la familia de las mujeres en forma contundente: amenazas, acusaciones de pertenecer o favorecer a uno de los grupos en contienda, pérdida de todo tipo de bienes, muerte del compañero, entrega de hijos al ejército para que no se los lleven otros grupos armados, desaparición y desplazamiento forzado. Los cambios en la familia modificaron los roles de varones y mujeres, en el caso de ellas, al rol tradicional de madres y amas de casa, se suman las responsabilidades económicas y el liderazgo social. La participación de las mujeres se carga con otras responsabilidades después del conflicto armado, se sienten acorraladas por las circunstancias y su acción no se limita al núcleo familiar, sino que se extiende a la vecindad y al grupo de mujeres que comparte su situación, en este caso el desplazamiento forzado. Por su parte, los varones que sobreviven al conflicto parecen diluirse hasta convertirse en una sombra desde la distancia, pues se fueron del hogar o se quedaron en la casa pero con la palabra silenciada.

Los conflictos familiares cambiaron, los hijos empiezan a ocupar un rol como agentes de disputa y confrontación. Las entrevistadas afirman que discuten con sus hijos porque ellos se sienten menos queridos, también porque no cumplen con las demandas de ellas o simplemente por las condiciones económicas adversas.

La entrevistada que vive con su compañero afirma tener conflictos con él por su rol de líder. Se puede pensar que las dimensiones del conflicto poder – autoridad y reconocimiento – celos, siguen vigentes pero adquieren nuevas formas; por ejemplo, el poder – autoridad está presente en los reclamos por el liderazgo y el eje reconocimiento – celos está en las demandas de los hijos a las madres. Sin embargo, hay una variación que vale la pena señalar: la tensión sexual fue desplazada por un reclamo en lo afectivo, pues antes se tenían celos por otra mujer ahora el hijo tiene celos de sus hermanas o hermanas, en síntesis la mujer pasa de ser quien siente celos de su marido a ser celada por sus hijos.

Es importante señalar que esta actitud de las mujeres no exclusivamente un resultado del conflicto armado; sino más bien, el producto del fortalecimiento del rol materno que la empuja a abrirse camino cueste lo que cueste; en este sentido, nunca se podría pensar que el conflicto contribuye a la autonomía femenina, sino que ante la soledad y el abandono masculino ella cumple con los dos roles. También en el cambio de la mujer juega un papel decisivo la relación con otras mujeres dispuestas a salir adelante. Construyen alianzas solidarias y proyectos comunes desplazando la patria, lo cual se traduce en una mayor conciencia de su ser femenino y en la disminución de antagonismos entre ellas.

En el cuerpo femenino quedan las huellas de la barbarie, unas perdieron peso por las tensiones y hambre que acompañan al desplazamiento, otras en sus manos muestran la sobrecarga de trabajo. Se resecan la tierra, el cuerpo y la sexualidad, el porvenir parece no existir, el tiempo se dilata en la pobreza y se encoge para conseguir comida. Las amigas quedaron atrás, los recuerdos de afecto se diluyen en el pasado y solo quedan fragmentos de la solidaridad gestada en medio de la marginación de los desplazados y desplazadas, quienes añoran sus ríos, quebradas, plantas, sonrisas y juegos de sus niños y niñas. Quedaron viudas, sin vivienda, desplazadas, pobres, solas, separadas de sus seres queridos y con la incertidumbre por el futuro. Todas sienten que lo que les tocó vivir es el resultado de la acción de los enfrentamientos entre los diversos actores armados por la disputa del territorio y el poder político.

Después del conflicto armado, el cuerpo tampoco es el objeto – sujeto de la discusión; es más bien, el texto en el cual unos y otras, cercanos y extraños pueden leer los efectos de la guerra, marginación y explotación de quienes han querido negarles el derecho al ser. El conflicto armado se encarna, se hace cuerpo porque testimonia el resecamiento de la vida, de la insensatez de la acción que derrama sangre, siembra desesperanza y promueve temor, el cuerpo de las mujeres se hace cargo de este sufrimiento y su piel parece la faz de un desierto con pequeños oasis

que se dejan ver en la ternura, generosidad y valentía de estas mujeres que se echaron encima la vida.

El concepto de conflicto deja el ámbito privado, para ser considerado un asunto social que implica la vida de mujeres, hombres, niñas y niños, todas tienen claro el carácter público del conflicto y piensan que hay razones sociales que lo provocan, más reconocen que hay una violación incesante de los derechos humanos. Sobre los grupos armados y sus prácticas en lo público piensan que “no hacen nada bueno, secuestros, desalojos, saqueos, extorsiones, vacunas, matanzas y amenazas”. Para ellas son los responsables de su indefensión pues por ellos están desplazadas y sus hijos e hijas no pueden estudiar y no tienen garantías de salud. Sienten temor que las maten y/o a sus hijos-as, que las torturen, las cojan o desaparezcan a un integrante de sus familias. La inseguridad tiene un lugar importante en su cotidianidad reconocen sentir temor en el espacio público y en el privado.

Cada mujer de forma diversa y con lenguajes variados manifiesta que la única salida al conflicto es la organización y por ende la solidaridad, y para que esto se logre, en palabras de una de las mujeres entrevistadas, “las mujeres no podemos, no debemos, no queremos seguir calladas ni por decisión y menos, por imposición”

2.5.5. Resistiendo, viviendo, resistiendo

Las formas de resistencia femenina surgen de la necesidad de actuar ante la barbarie padecida por varones, mujeres, niños y niñas; no hablan de una reacción afincada exclusivamente en el efecto personal, sino en la situación de su comunidad, en cómo hacer frente a la impotencia por el hecho de que los jóvenes mueran, de que las jóvenes se involucren en el conflicto y que el futuro desaparezca ante los propios ojos. Es ante el poder de los varones y actores armados que se deben implementar acciones de resistencia.

Tres elementos son claves en la resistencia de las mujeres: palabra, unión y organización; en este sentido, se han transformado en relación con la socialización tradicional que las empujaba a no ponerse de frente y enfrente de su palabra, a estar en bandos opuestos luchando por el reconocimiento masculino y a no emprender acciones públicas con impacto social. El silencio es otra estrategia de resistencia, para enfrentar el poder y la guerra tanto en lo público como privado. Silencio no como elemento de resignación y aceptación sino como forma de sobrevivir ellas y sus familias.

Antes, durante y después del conflicto armado las mujeres colombianas parecían estar condenadas por la cultura patriarcal a protagonizar una extraña

paradoja: por un lado, sufrir el acorralamiento de los diferentes grupos en contienda. Se ve desplazada de su parcela, terruño, vereda y/o barrio pero se le impide movilizarse. Por el otro, se le reclama, culturalmente ser “salvadora” y reparadora de una sociedad construida sin su plena participación, a través del amor, cuidado, ternura y protección que puede brindar en el núcleo familiar, a la vez, que se le acusa de ser responsable de conductas violentas y agresivas entre los jóvenes por haber ingresado al mundo laboral. Bajo este enfoque las mujeres parecían no contar con las condiciones para ser para sí misma, y para actuar de acuerdo a su conciencia sin la presión de agentes exógenos que les reclamen ejercer el rol de madre tradicional o mujer guerrera; lo cual constituye los polos de una misma posición patriarcal, que somete a la mujer a una ética de servicio para otro ya sea hija-o, padre-madre, esposo, hermano-a o comunidad.

El desplazamiento opera como un estallido en el orden y tejido social, pues invierte los roles de unas y otros, ellas enfrentan el nuevo mundo con un sentido agudo de la responsabilidad familiar, él se desvanece en la añoranza y pesadumbre de lo perdido. Para él, el desplazamiento traduce muerte simbólica, para ellas penurias que se deben enfrentar y sobrepasar. Bajo esta óptica, ante el desplazamiento las mujeres se erigen sobre sí mismas, mientras que los hombres se repliegan en su ser.

La existencia de organizaciones de mujeres, el intercambio de sus experiencias de sumisión a la autoridad patriarcal, su rabia, su interés y compromiso ha conferido a estas mujeres tal coraje y fortaleza, que han sido capaces de construir acciones de resistencia no solo al conflicto armado sino también a la cultura patriarcal. Al principio no pensaron que el desplazamiento fuera una forma de resistencia pero éste las llevó a ver la importancia de la organización, realizar marchas de protesta, reclamar sus derechos; acudir a donde estaban los medios de comunicación nacionales e internacionales; entablaron acciones de tutela en la defensa de sus derechos, participaron de foros y se tomaron lugares públicos como espacios de vivienda. Aprendieron a tener palabra pública y reconocieron que solo a través de organizaciones sus demandas podrían tener eco. Mientras vivían esta situación extendieron lazos de solidaridad con otras mujeres, se hicieron compañeras y crearon una red de comunicaciones y apoyo alimentario a través de restaurantes, y están forjando posibilidades económicas; en definitiva, las mujeres le están dando la cara y el corazón a la vida.

Las mujeres en sus búsquedas, esperanzas y dolores han tenido la capacidad de diseñar medidas de protección como fortalecer la comunicación y advertir sobre lugares y situaciones, lo cual llevó a redefinir las relaciones con los vecinos. Para algunas mujeres la única opción fue el desplazamiento intra urbano o regional. El encuentro con

otras mujeres se convierte en la forma de resistencia más importante para ellas, en un espacio y una sociedad que las agrede de manera permanente, pero que a la vez les exige sostener y resolver los efectos del conflicto en términos sociales y familiares. Por ello tienen claridad, que es en la acción colectiva con otras mujeres en donde tienen la opción para salir adelante. La solidaridad, reconocimiento y apoyo de otras mujeres, es la clave para avanzar un escalón en la recuperación de su identidad, la recuperación económica y tejer lazos que las afiancen en el nuevo y desconocido territorio.

Las mujeres, presentan sentimientos de optimismo y pesimismo en relación con la resolución del conflicto armado, pues consideran que son variados y antagónicos los intereses en juego y que pareciera no existir una real voluntad para buscar una salida negociada. Pero esperan del Estado, apoyo económico que les permita superar las condiciones de pobreza en las que las deja el desplazamiento; recuperar la tierra que debieron abandonar y el retorno a su cultura, a su territorio. Algunas esperan que el Estado combata con autoridad a los grupos armados. De los grupos armados esperan que “recapaciten”, que dejen las armas o “que respeten los derechos humanos.

La gran mayoría aún tiene ilusión y le apuesta a la vida, están ahí, cada rostro es la promesa de una voz y una ilusión. Mujeres que fusionan su diferencia a favor de una acción civil enarbolando su deseo de transformación. Diferencia femenina que acoge a la otra, haciéndola parte de la ilusión, del sueño y de la vida.

ABAD, Héctor. Manual de Tolerancia. Editorial Universidad de Antioquia Medellín. 1996.

AISEN SON BOGAN, Aída. La resolución de Conflictos: un enfoque Psicosociológico. Fondo de Cultura Económica. México, 1994.

AMÉRICAS WATCH. Estado de guerra. Violencia política y contrainsurgencia en Colombia. Tercer Mundo Editores - Iepri - Cei. Bogotá, 1994.

AMERICAS WATCH. Terror no contado: violencia contra mujeres en el conflicto armado peruano. Nueva York. Human Rights Watch, 1992.

AMNISTIA INTERNACIONAL. Violencia Política en Colombia. Mito y realidad. Editorial Amnistía Internacional. Madrid, 1994.

ANGARITA FIGUEREDO, Luis Hernando. El Derecho Internacional Humanitario y el conflicto armado / Revista. Policía Nacional De Colombia. Vol.83, no.225 (May-Ago 1995); p.35-38

ANGARITA, Ricardo. Conflicto armado y Derecho Humanitario. Iepri - Comité Internacional de la Cruz Roja. Bogotá, 1994.

ARANGO, León, Viveros (comp.). Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Bogotá, Tercer Mundo - Uniandes - U. Nacional.

ARCOS PALMA, Oscar. El gasto social en Colombia: diez años de deterioro (p.39-50). Controversia: No. 169 / Nov. 1996. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, Nov. 1996.

ARDILA GALVIS, Constanza y VALENCIA, Olga Lucía. Un enemigo conocido. Abuso Sexual en el hogar y como arma de guerra. Santafé de Bogotá. CEDAVIDA, Fundación Social Colombiana. 1999.

ARDILA GALVIS, Constanza. Guerreros Ciegos. El conflicto armado en Colombia. 1A Edición. Colombia. Cedavida. Fundación Social Colombiana.1998.

AROCHA Jaime, CUBIDES, Fernando y JIMENO, Myriam (Comps.). Las violencias inclusión creciente. Santafé de Bogotá, Universidad Nacional; Centro de Estudios Sociales, 1998.

ATHEORTUA CRUZ, Adolfo León. El conflicto político armado: interrogantes de actualidad / Universitas Javeriana (Cali). No. 13 (Abr.- Jun. 1998); P. 10-14.

BARBOSA, Reinaldo. Guadalupe y sus Centauros. Memorias de la insurrección Llanera. Iepri - Cerec. Bogotá, 1992.

BEAUDOIN, Denise, GALLÓN GIRALDO, Gustavo y MARÍN RAMÍREZ, Carlos Alberto. (eds). Panorama de derechos humanos y derecho humanitario

en Colombia. Informe de avance sobre 2000. Comisión Colombiana de Juristas. Octubre de 2000.

BEJARANO, Ana María. La violencia regional y sus protagonistas: el caso de Urabá. En *Análisis Político*. No 4. Bogotá, IPREI, Universidad Nacional de Colombia, mayo - agosto de 1988

BEJARANO, Jesús Antonio (director de la investigación). Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales. Fonade - Universidad Externado de Colombia. Bogotá, 1997.

BOLÍVAR, Ingrid Johanna. Sociedad y estado: la configuración del monopolio de la violencia (p. 11-39). *Controversia*: No. 175 / Dic. 1999. Santafé de Bogotá, CINEP, Dic. 1999

BONILLA CASTRO, Elssy; RODRÍGUEZ S., Penélope. Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional, ACIDI Fuera del cerco: mujeres, estructura y cambio social en Colombia (258 p.). Santafé de Bogotá, D.C., Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional, 1992.

BUNCH, Charlotte y Carrillo, Roxana. Violencia de género: un problema de desarrollo y derechos humanos. New Jersey: centre for women's global leadership), 1995.

BURIN Mabel. 1987. Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires Argentina..

CAMACHO RANGEL, Betty. La mujer rural en Colombia: análisis de políticas sociales y legislación en una perspectiva comparada internacional. Microficha. Bogotá. Tesis Magister en Estudios Políticos. Pontificia Universidad Javeriana. 1995.

CAMACHO, Álvaro. La violencia en Colombia: elementos para su interpretación. En *Revista Foro*. No 6. Bogotá, Junio de 1988

CAMACHO, Álvaro. Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia. Fescol - Iepri. Bogotá, 1997.

CAMACHO, Álvaro. Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia. Bogotá. Fescol.

CARDONA, Dora Stella. Memoria de los olvidados. Progresar. Bogotá, 1994.

CARDONA, Guillermo. Para un estudio de la Violencia en Colombia. Cinep. Bogotá, 1989

CASTAÑO, Berta Lucia. Violencia sociopolítica en Colombia: repercusión en las víctimas. Corporación AVRE. Bogotá, 1994

CASTELLANOS, Gabriela, RODRÍGUEZ, Alba Nubia, BERMÚDEZ, Norma Lucía. Universidad del Valle, Santiago de Cali. Mujeres y conflicto armado: prácticas sociales y propuestas de negociación. http://www.penelopes.org/Espagnol/xarticle.php?id_article=382

CASTILLO, Camilo Eduardo. Dimensión económica de la violencia y la criminalidad en Colombia. Oficina del Alto Comisionado para la Paz. Bogotá, 1994.

CASTILLO, María del Pilar; SALAZAR, Boris. Tres juegos para el conflicto armado colombiano (p. 41-57). En: *Controversia*: No. 175 / Dic. 1999. Santafé de Bogotá, CINEP, Dic. 1999.

CASTILLO, María del Pilar; SALAZAR, Boris. Tres juegos para el conflicto armado colombiano (p. 41-57). *Controversia*: No. 175 / Dic. 1999. Santafé de Bogotá, CINEP, Dic. 1999

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y EDUCACIÓN POPULAR. CINEP. La paz en Colombia, aportes desde la región: conversatorios sobre el nororiente. Santafé de Bogotá: Cinep; Funprocep, 2000. - 166 p

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y EDUCACIÓN POPULAR. CINEP. Voces de paz: propuestas de hombres y mujeres, Colombia 1994-1996. Santafé de Bogotá: Fundación Social, Cinep, 1996. -- 80 p.

CEPEDA, Fernando; FAZIO, Hugo; FRANCO, Saúl; GÓMEZ, Juan Gabriel. Colombia contemporánea (338 p.). Santafé de Bogotá, IEPRI; ECO, 1996

CERFAMI. / Para Mujeres Hoy Guerra en Colombia provoca catástrofe humanitaria. <http://www.mujereshoy.com/secciones/846.shtml>

CINEP; JUSTICIA Y PAZ. Derechos humanos: balance 1997 (p. 11-31). En: *Cien días: vistos por Cinep*: Vol. v.10 No. 40 / Ene. - Mar. 1998. Santafé de Bogotá, CINEP, Ene. - Mar. 1998.

CLADEM-CORPORACION CASA DE LA MUJER. 2004. Diagnóstico sobre derechos sexuales y reproductivos, Colombia 1995-2000, p. 15. Bogotá.

CODHES INFORMA. 2000. Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. No. 34. Alarma en las Fronteras por el Plan Colombia. Bogotá.

COLOMBIA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA - DABS. Violencia de género y conflicto armado: informe de interventoría de un proyecto de investigación. 2003.

COLOMBIA. PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA, CONSERJERÍA

PRESIDENCIAL PARA LA POLÍTICA SOCIAL. Informe nacional de Colombia: preparado para la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Santafé de Bogotá. Conserjería Presidencial para la Política Social - PNR, 1994. -- 64 p. IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Beijing, China. 1995.

COMISIÓN ANDINA DE JURISTAS. Crisis de la democracia en los Andes: informe anual sobre la región andina (201 p., Lima, Comisión andina de juristas, 2001.

COMISION ANDINA DE JURISTAS, SECCIONAL COLOMBIANA. Colombia: una democracia de baja intensidad. (Bogota), [1994]. -- 33 p.

COMISIÓN COLOMBIANA DE JURISTAS, FUNDACIÓN COMITÉ DE SOLIDARIDAD CON LOS PRESOS POLÍTICOS, GRUPO DE APOYO PEDAGÓGICO Y EL PROGRAMA GENERO, SINTRANAL, FENSUAGRO, ESCUELA NACIONAL SINDICAL. Recopilación de informes alternativos de Colombia al comité de derechos humanos - ONU : informe alternativo al comité de derechos humanos de la ONU con motivo del IV informe periódico de Colombia marzo 1997.

COMISIÓN COLOMBIANA DE JURISTAS. 2000. Situación de las mujeres y niñas víctimas de violencia sociopolítica y el conflicto armado en Colombia, Bogotá, mimeo.

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS. 57º período de sesiones. Tema 12 a) del programa provisional. INTEGRACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS DE LA MUJER Y LA PERSPECTIVA DE GÉNERO. LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER. Informe de la Sra. Radhika Coomaraswamy, Relatora Especial sobre la violencia contra la mujer, con inclusión de sus causas y consecuencias, presentado de conformidad con la resolución 2000/45 de la Comisión de Derechos Humanos, la violencia contra la mujer perpetrada y/o condonada por el Estado en tiempos de conflicto armado (1997-2000). <http://www.cajpe.org.pe/RIJ/bases/mechanism/10447.htm>

COMISIÓN DE ESTUDIO SOBRE LA VIOLENCIA. Colombia, Violencia y Democracia. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1987.

COMISIÓN INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS. Tercer informe sobre la situación de los derechos humanos en Colombia. (Washington: secretaria general de la OEA), 1999. -- 372 p.

COMPAÑÍA DE JESÚS. Colombia una casa para todos: debate ético. Santafé

de Bogotá. Programa por la paz. 1991. -- 431 p.

CONFLICTO URBANO Y DERECHOS HUMANOS EN MEDELLÍN. 2003. Balance desde Diferentes Sectores Sociales - 2002. IPC. Primera edición. Medellín.

CONFLICTO URBANO Y DERECHOS HUMANOS EN MEDELLÍN. BALANCE DESDE DIFERENTES SECTORES SOCIALES - 2002. IPC. Primera edición. Medellín.

CONSEJERÍA EN PROYECTOS. Asilo y Refugiados en las fronteras de Colombia. Consejería En Proyectos. 2003.

CONSEJERÍA PARA LA RECONCILIACIÓN, NORMALIZACIÓN Y REHABILITACIÓN. El avance hacia la reconciliación. Historia de un proceso. Presidencia de la República. Volumen III. Bogotá. 1990.

CONSULTORIA PARA LOS DERECHOS HUMANOS Y EL DESPLAZAMIENTO - CODHES -, CODHES INFORMA. Mujer desplazada: violencia y discriminación. Edición Especial No 3. Boletín febrero, Santafé de Bogotá, 1997.

CORREDOR MARTÍNEZ, María Consuelo. Crisis agraria, reforma y Paz: de la violencia homicida al genocidio. En Controversia, No 151 - 152. Bogotá : Cinep, 1989

CUBILES, Fernando y otros. Violencia y Desarrollo Municipal. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Colección CES. 1998.

CUELLAR DE MARTÍNEZ, Maria Mercedes. La mujer y la descentralización. En: Estrategia Económica y Financiera. No 250 Dic 31. 1996.

CUERO, Margarita. Olaymeló. 2003. Tomado de Alé Kuma Cantaoras.

DAZA, Gisela y ZULETA, Mónica. Maquinaciones sutiles de la violencia. Siglo del hombre Editores. Universidad Central. Bogotá, 1997.

DEAS, Malcom y GAITAN, Fernando. Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia. Fonade - Departamento Nacional de Planeación. Bogotá, 1995.

DEFENSORÍA DEL PUEBLO. Contra viento y marea: conclusiones y recomendaciones de la ONU y la OEA para garantizar la vigencia de los derechos humanos en Colombia: 1980-1997. Santafé de Bogota. Tercer Mundo, 1997. -- 245 p.

DÍAZ URIBE, Amparo y VILLAMIZAR HERRERA, Darío. (editores). Memorias del Encuentro Colombo-Español Paz y Guerra en conflictos de baja intensidad: El caso Colombiano. Enero 24, 25 y 26 de 1996. Programa para la Reinserción, Red de Solidaridad Social, Embajada de Colombia en España, Embajada de España

en Colombia, Centro de Investigación para la Paz-CIP-, Madrid, Compañía Nacional por la Paz -ComPaz-, Corporación por la Paz y el Desarrollo Comunitario -Corpadec-, Corporación Arco Iris, Fundación para el Desarrollo Social, la Democracia y la Paz -Progresar- y Fundación Sol y Tierra.

DÍAZ SAUSA, Dora Isabel. Situación de la mujer rural colombiana: perspectiva de género. Bogotá. ILSA. 2002.

DÍAZ, Amparo (editora). Un camino para el reencuentro. Programa para la Reinserción. Bogotá, 1997.

DÍAZ, Amparo y VILLAMIZAR, Darío. (Editores). Paz y guerra en conflictos de baja intensidad. El caso Colombiano. Programa para la Reinserción. Bogotá, 1996

DUQUE CUESTA, Haidy Isabel y LÓPEZ RODRÍGUEZ, Antonia María. Mujeres en situación de desplazamiento, reinventando una nueva vida en la ciudad: una experiencia de educación popular. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de estudios Interdisciplinarios, Maestría en Educación, Trabajo de Grado, Santafé de Bogotá, 1994.

EQUIPO DEL PROYECTO SOLUCIÓN POLÍTICA DE CONFLICTOS. El descontrol de la gente sin control (p.10-11). En: Cien Días: vistos por Cinep Vol. v.9 No. 36 / Ene - Mar. 1997. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, Ene - Mar. 1997.

ESCOBAR D, Diego. Democracia y sociedad civil: capacidad de organización, convocatoria, iniciativa y movilización de la sociedad civil colombiana. Amenazas y perspectivas para su fortalecimiento. Investigación Internet, Guerra y Paz. Cinep. 2003.

FAJARDO, Darío. Zonas de reserva campesina: una estrategia de Paz. En CINEP, Campo adentro. Boletín agrario. También quiere tierra. No 15, año 5 abril, de 1997

FERNÁNDEZ, Rubén H (editor). Ética para tiempos mejores. Corporación Región Medellín. 1996.

FIGUEROA IBARRA, Carlos, comp. América Latina: violencia y miseria en el crepúsculo del siglo (251 p.. México, D.F., Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Asociación Latinoamericana de Sociología, 1996.

FLACSO. Mujeres latinoamericanas en cifras. Santiago de Chile: Instituto de la Mujer, Flacso, 1993.

FUNDACIÓN SI MUJER, COLCIENCIAS, BID. Embarazo por violación. La crisis múltiple. Cali, Colombia. Convenio Fundación Servicios Integrales para la Mujer "Si-Mujer", Colciencias - BID. Impreso con fondos del Banco Mundial. Programa Pequeñas Donaciones. 2000.

GALEANO, Juan Carlos. Polen y Escopetas. La poesía de la violencia en Colombia. Editorial Universidad Nacional. 1997

GALLO, Gustavo (compilador). Entre movimientos y Caudillos. 50 años de Bipartidismo, Izquierda y Alternativas populares en Colombia. Cinep - Cerec. Bogotá, 1985.

GALLON GIRALDO, Gustavo, com. Derechos humanos y conflicto armado en Colombia. (Bogotá),

GALVIS ORTÍZ, Ligia. La Paz en la perspectiva política de las mujeres colombianas, una reflexión sobre la neutralidad activa. En NOVA & VETERA, No 6, junio julio de 1996. Boletín del Instituto de Derechos Humanos, "Guillermo Cano". ESAP.

GARCÍA DURÁN, Mauricio S.J. Veinte años buscando una salida negociada: aproximación a la dinámica del conflicto armado y los procesos de Paz en Colombia - 1.980/2.000. Investigación Internet, Guerra y Paz. Cinep. 2003.

GARCÍA DURÁN, Mauricio. Los dilemas de los actores de la guerra (p. 7-9). En: Cien días: No. 47 / 2000 Sep-Nov. Bogotá, 2000 Sep-Nov.

GIRALDO, Jaime. Conflicto y Contexto. Resolución alternativa de conflictos y contexto social. Tercer Mundo Editores - Instituto Ser de Investigaciones - Colciencias - Programa para la Reinserción. Bogotá, 1997.

GONZÁLEZ, Fernán E. Un estado en construcción. Una mirada de largo plazo sobre la crisis colombiana.

GONZÁLEZ G., Fernán Enrique, S.J. Reflexiones generales sobre la violencia y la Paz en Colombia. Memorias del Seminario Estrategias y Acciones para la Paz (1994: Oct., Sasaima - Cundinamarca-Colombia). Santafé de Bogotá, D.C., Programa por la Paz, 1995

GONZÁLEZ G., Fernán Enrique, S.J. Fragmentación de la política, conflicto y sentido de lo nacional. Santafé de Bogotá, Foro Nacional por Colombia, 1998.

GONZÁLEZ, Fernán. Violencia en la Región Andina. El caso de Colombia. Cinep - Apep. Bogotá, 1997.

GRANADA, Camilo y ROJAS, Leonardo. Los costos del conflicto armado 1990 - 1994 / Revista de Planeación y Desarrollo, 1995. Vol.26, no.4 (Oct-Dic 1995);

p.119-151

GRUPO DE INVESTIGACIÓN UNIVERSIDAD JAVERIANA, FCMD, CODHES. La mujer en situación de desplazamiento: creadora de nuevas formas de vida en el escenario urbano. En: Rojas Jorge Enrique, (Comp), Desplazamiento Derechos Humanos y conflicto armado, CODHES, Santafé de Bogotá, 1993.

GRUPO MUJER Y SOCIEDAD – CORPORACION CASA DE LA MUJER. Mujer, amor y violencia: nuevas interpretaciones de antiguas realidades. Bogotá Tercer Mundo. 1990. -- 207 p.

GRUPO MUJER Y SOCIEDAD. Mujer, Amor y Violencia. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1991

GUERRERO, Amparo Elisa. Nunca imaginé ver todo lo que he visto (p. 15). En: Cien días: vistos por Cinep Vol. 6 No. 21 / Ene.-Mar. 1993. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, Ene.-Mar. 1993

GUERRERO, Amparo Elisa. En un bosque de la china (p. 26-27). En: Cien días: vistos por Cinep Vol. 7 No. 29 / May.-Jul. 1995. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, May.-Jul. 1995

GUTIÉRREZ VALENCIA, Alberto (editor). Exclusión social y construcción de lo público en Colombia. Centro de estudios de la realidad colombiana - CEREC- y Facultad de Ciencias Económicas y Sociales -CIDSE- Universidad del Valle. Bogotá, Octubre de 2001.

HARAWAY, Donna J. 1995. Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. España. Ediciones Cátedra.

HENRÍQUEZ, Narda, comps.; ALFARO, Rosa María. Mujeres, violencia y derechos humanos (187 p.). Madrid, IEPALA, 1991.

HERNÁNDEZ, Omar. Sendero de guerra (p.12-13). En: Cien Días: vistos por CINEP Vol. v.8 No. 35 / Oct. - Dic. 1996. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP.

INFORME DE LA COMISIÓN DE ANÁLISIS Y RECOMENDACIONES SOBRE LAS RELACIONES ENTRE COLOMBIA Y ESTADOS UNIDOS. "Caracterización de la sociedad Colombiana." En: Revista Análisis Político. Edición Especial. Julio de 1997. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. IEPRI.

INSTITUTO POPULAR DE CAPACITACIÓN. Sueños de paz: una búsqueda constante de los movimientos sociales en Colombia. Relecturas no. 24. (Medellín: IPC), 1997. -- 177 p..

JIMENO, Myriam (compiladora). Conflicto Social y Violencia: notas para una discusión. Sociedad de Antropología de Colombia, Instituto Francés de Estudios Andinos. Bogotá, 1993.

JIMENO, Myriam y ROLDÁN, Ismael. Las sombras arbitrarias: violencia y autoridad en Colombia. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1995.

JONASDOTTIR, Ana. 1993. El poder del amor: ¿Le importa el sexo a la democracia?. Colección feminismos. Ediciones Cátedra. Madrid.

LAGARDE Marcela. 1998. Identidad genérica y feminismo. Instituto Andaluz de la Mujer, Sevilla España.

LAGARDE Marcela. 1997. Los cautiverios de las mujeres: madre esposas, monjas, putas, presas y locas. Universidad Autónoma de México, UNAM.

LEAL Francisco (editor). Tras las huellas de la crisis política. Tercer Mundo Editores - Fescol - Iepri. Bogotá. 1996.

LEAL Francisco. El Oficio de la Guerra. Iepri - Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1994.

LEAL, Francisco (compilador). En busca de la estabilidad perdida. Actores sociales en los años noventa. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1995.

LEÓN DE LEAL, Magdalena. "La mujer rural y la reforma agraria en Colombia." En: Cuadernos de Desarrollo Rural. No 38 - 39. 1º y 2º Semestres de 1997. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales. Pontificia Universidad Javeriana. 1997.

LINARES ANGEL, Hernán. Usted, la violencia y la Paz (172 p.). Santafé de Bogotá, D.C., Fundación Universitaria Los Libertadores. INPAHU, 1996

LINDSEY, Charlotte. Las mujeres ante la guerra. Estudio del CICR sobre los efectos de los conflictos armados para las mujeres. Comité Internacional De La Cruz Roja. Ginebra, Suiza. 2002.

LOPEZ CASTAÑO, Martha. 1996. Del dolor y el exilio, a la construcción de la identidad femenina de las mujeres desplazadas. Bogotá

MACHADO, Absalón. El mercado de tierras y la distribución de la propiedad rural.

MARTÍN BERISTAIN, Carlos. "Violencia y afirmación de las mujeres. Reflexiones desde una perspectiva psicosocial." En: Revista En Otras Palabras. Publicación Especializada Editada por grupo mujer y Sociedad, Programa de estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, Corporación Casa de la Mujer de Bogotá. No 10. "Mujeres, familias y conflictos sociales." Bogotá D.C. Colombia, Enero

– Junio de 2002.

MARULANDA, Cesar Augusto. Intereses blancos tierra de negros. En CINEP, Campo adentro. Boletín agrario. También quiere tierra. No 15, año 5 abril, de 1997.

MASSOLO, Alejandra. “Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México.” En multicopiado. Sin datos.

MEERTENS Donny. 1998. Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género. En la revista Foro No 34 Ediciones Foro Nacional por Colombia. Bogotá.

MEERTENS, Donny. “Género y Violencia. Representaciones y prácticas de investigación.” En: Robledo, Ángela Inés y Puyana, Yolanda. (comps.). Ética: masculinidades y feminidades. Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2000. pp. 37-55.

MEERTENS, Donny. “Las mujeres y la violencia: conflictos rurales y sus efectos diferenciados por género.” En: García Durán, Mauricio. S.J. (ed). La paz: Miradas de esperanza. Memorias del seminario Estrategias y Acciones para la Paz. Sasaima, Octubre de 1994). Programa por la Paz, Pontificia Universidad Javeriana. Santafé de Bogotá. 1995. pp. 89-100

MEERTENS, Donny. “Mujer y violencia en los conflictos rurales.” En. Análisis Político. No 24. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales –IEPRI-. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Enero-Abril de 1995. Pp. 36-49.

MEERTENS, Donny. “Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género.” En: Revista Trimestral de la Fundación Foro Nacional por Colombia. No 34, Junio de 1998. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. pp. 19-35.

MEERTENS, Donny. Género y conflicto armado en Colombia: aproximación a un diagnóstico. PNUD, Consejería Presidencial para la Política Social. Santafé de Bogotá, 1996.

MEERTENS, Donny. Las mujeres y la violencia: conflictos rurales y sus efectos diferenciados por género. En La Paz, miradas de esperanza. Memorias del Seminario Estrategias y Acciones para la Paz. Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1995.

MEERTENS, Donny. *Tierra, Violencia y Género.* Hombres y mujeres en la historia rural de Colombia. 1930 - 1990. Universidad Católica de Nymeger, Holanda. 1997.

MENDOZA, BALCÁZAR. Ursula. 2002. Impacto del Conflicto Armado sobre

las Mujeres Afro colombianas. En Mujer y Conflicto Armado. Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres y niñas en Colombia. Tercer Informe 2002. Bogotá,

MESA DE TRABAJO MUJER Y CONFLICTO ARMADO. Conversaciones en la mesa.

MESA DE TRABAJO MUJER Y CONFLICTO ARMADO. Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres y niñas en Colombia. Segundo avance – 2001. Bogotá, Ediciones Antropos. Noviembre de 2001.

MESA DE TRABAJO MUJER Y CONFLICTO ARMADO. Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia. Tercer Informe – 2002. Bogotá. Ediciones Antropos. Febrero de 2003.

MESA DE TRABAJO MUJER Y CONFLICTO ARMADO. 2001. Informe Preliminar para la relatora especial de Naciones Unidas sobre violencia contra las mujeres. Bogotá.

MESA REDONDA: SEMANA POR LA PAZ. ¿Es posible una solución negociada al conflicto armado? /Revista Universidad Incca De Colombia. No.11 (Jun 1996); p.19-33.

MIES, Maria. 1998. ¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista? El debate en torno a la ciencia y la metodología feminista en Debates en torno a la metodología feminista. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México.

MINISTERIO DE AGRICULTURA Y DESARROLLO RURAL. Mujer y conflicto Armado. Santafé de Bogotá, 1997.

MINISTERIO DEL MEDIO AMBIENTE. 1999. “El Putumayo, el medio ambiente y los cultivos de uso ilícito”. Bogotá.

MOLANO BRAVO, Alfredo. La batalla económica: todo parece indicar que el conflicto armado ha dejado de ser una de esas guerritas de baja intensidad / Cambio 16 Colombia, 1996. No.173 (Oct 1996); p.18-19.

MONGE, Luis Alberto. Los derechos de la mujer: en defensa contra su discriminación. San José. 1984.

MONTÚFAR, Cesar. Desarrollo social con sociedad civil: el espejismo de la participación en el nuevo discurso del desarrollo (p. 9.23). Controversia: No. 168 / May. 1996. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, May. 1996.

MOSER, Caroline O. N. Experiencias de América Latina en género, conflicto y la construcción de la Paz sostenible:: un reto para Colombia (54 p.). Bogotá, Tercer

mundo, 2001

MOTTA, Cristina (compiladora). Ética y Conflicto. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1995.

NACIONES UNIDAS. OFICINA EN COLOMBIA DE LA ALTA COMISIONADA. Derechos de la mujer. Bogotá: Oficina en Colombia de la Alta Comisionada para los derechos humanos. 2001.

NICHOLSON, Linda J. 1992. Compiladora. Feminismo y postmodernismo. Feminaria. Editora Buenos Aires.

NIÑO GUARÍN, Juan Enrique. Conflicto armado y elecciones de octubre / Revista Javeriana: Revista De Cultura General Santa Fe de Bogotá : Pontificia Universidad Javeriana. Vol. 129, n. 638, (Sep.1997) ; p. 165-167.

OFICINA DEL ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS DERECHOS HUMANOS, CINEP, COMISIÓN COLOMBIANA DE JURISTAS, PROGRAMA POR LA PAZ COMPAÑÍA DE JESÚS Y FUNDACIÓN SOCIAL. Seminario Internacional. Verdad y Justicia. En procesos de paz o transición hacia la democracia. Realizado en Santafé de Bogotá, entre el 13 y el 3 de Septiembre de 1999. Memorias. Bogotá, Colombia. Segunda edición actualizada. Junio de 2003.

ONIC, CECOIN, GHK. Tierra profana. Megaproyectos y pueblos indígenas. En CINEP, Campo adentro. Boletín agrario. También quiere tierra. No 15, año 5 abril, de 1997.

ORDOÑEZ GÓMEZ, Myriam. Implicaciones socio - demográficas de la violencia rural /Revista Javeriana: Revista De Cultura General (Bogotá), 1988. Vol.110 no.547 (Ago 1988); p.135-144.

ORGANIZACIÓN FEMENINA POPULAR. OFP En búsqueda de nuestra identidad: organización femenina popular (25 p.). Barrancabermeja, s.n., 1984.

OROZCO, Iván. Combatientes, Rebeldes y Terroristas. Guerra y derecho en Colombia. Iepri - Temis. Bogotá, 1992.

ORTIZ- OSÉS, Andrés. 1975. Mundo, Hombre y Lenguaje Crítico. Ediciones Sígueme: Salamanca.

PADILLA, Fredy Nelson. Oro Y Plomo: El conflicto armado mantiene sitiada a Segovia. /Revista Cambio 16 Colombia, No.163 (Ago 1996); p.14-20.

PALACIOS, Germán. La irrupción del Para Estado. Ensayos sobre la crisis colombiana. Bogotá, CEREC, 1991.

PANOS INSTITUTE. Armas para luchar, brazos para proteger: las mujeres hablan de la guerra (360 p.). Barcelona, Icara, 1995.

PARDO, Rafael. De primera mano. Colombia 1986 - 1994, entre conflictos y esperanzas. Cerec - Grupo Editorial Norma. Bogotá, 1996.

PAREDES HERNÁNDEZ, Natalia. El deterioro de los derechos económicos y sociales a finales de los noventa en Colombia (p. 105-129). Controversia: No. 176 / 2000 Abr. Bogotá, 2000 Abr.

PARRA RODRÍGUEZ, Luis Eduardo. Impacto Ambiental de los cultivos ilícitos en Colombia. Revista Coloquio - Revista Dirección Nacional de Estupefacientes. Año, marzo de 1997, Pág. 3 - 17.

PÉCAUT, Daniel. Crisis guerra y Paz. En Crónica de dos décadas de política Colombiana. Siglo XXI Editorial, 1989.

PECAUT, Daniel. De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano (p. 9-31). Controversia: No. 171 / Dic. 1997. Santafé de Bogotá, CINEP, Dic. 1997.

PÉCAUT, Daniel. Es posible una interpretación global de los fenómenos recientes de violencia en Colombia?. En Boletín Socio - Económico, No 27, Universidad del Valle, junio de 1994.

PELÁEZ MEJÍA, Margarita. La política de género en el Estado Colombiano: un camino de conquistas sociales. Medellín. Universidad de Antioquia. 1ª Edición. 2002.

PLATA, María Isabel y Calderón, María Cristina. La violencia y los derechos humanos de la mujer. Servicio de Consultoría Jurídica de Profamilia. Bogotá. 1992. P. 208.

PLATAFORMA COLOMBIANA DE DERECHOS HUMANOS, DEMOCRACIA Y DESARROLLO. El Embrujo Autoritario. Primer Año de gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Bogotá, Ediciones Antropos Ltda. Septiembre de 2003.

POSADA GONZÁLEZ, Carmen. 2000. Estudio Exploratorio "Interrelaciones entre la violencia intrafamiliar y la violencia socio política" CERFAMI, Centro de Recursos Integrales para la Familia. Consejería para la Mujer. Medellín.

POVEDA Sandra. 2003. El Putumayo como escenario de las políticas antidrogas, y la afectación en la vida de las mujeres. Ruta Pacífica de la Mujeres. Medellín.

PROFAMILIA; Servicio de Consultoría Familiar. La violencia y los derechos humanos de la mujer (208 p.). Santafé de Bogotá, D.C., Servicio de Consultoría Jurídica Familiar, 1992.

PULIDO, Luz Margoth, RODRIGUEZ, Ana Luz y PEDRAZA, Betty. Entre el fuego: tres experiencias de participación en zonas de conflicto armado. Santafé de Bogotá: PARCOMUN. 2000.

PUYANA, Yolanda y MUTIS Aura María. 1999. Cultivos Ilícitos y desplazamiento en la Amazonia y la Orino quía. En: Desplazados, Migraciones internas y Reestructuraciones Territoriales. Editores: Fernando Cubides, Camilo Domínguez. Observatorio Socio – político y Cultural – Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Ministerio del Interior..

RAMÍREZ TOBON, William. ¿Un campesino ilícito? En Análisis Político. IPREI, Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá, No 29 septiembre - diciembre de 1996.

RAMÍREZ TOBÓN, William. Estado y Crisis regional: el caso de Urabá. En: Análisis Político. No 20. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional, 1993.

RANGEL SUAREZ, Alfredo. ¿A donde va esta guerra? la salida del conflicto armado colombiano pasaría por avizorar situaciones indeseables / Lecturas Dominicales. Santafé de Bogotá - El Tiempo, 1996. May.5,1996); p.9.

RANGEL SUAREZ, Alfredo. COLOMBIA: Guerra en el fin de siglo. Tercer Mundo Editores - Universidad de los Andes. Bogotá, 1998.

RANGEL SUAREZ, Alfredo. Conflicto armado y convivir: historia de la fragmentación de un país / Estrategia Económica Y Financiera, No.264 (Sep. 1997); p.33-37.

RANGEL SUAREZ, Alfredo. El estado actual del conflicto armado en Colombia /Estrategia Económica Y Financiera. No.254 (Mar.15, 1997); p.14-20.

RANGEL SUAREZ, Alfredo. Guerrilleros, Militares y civiles: una guerra interminable y los nuevos retos de la seguridad. En Colombia: guerra en el fin de siglo. TM Editores, Uniandes. Bogotá 1998.

RANGEL SUAREZ, Alfredo. Irregular warfare in Colombia, CIDEAC, Serie ciencia Política , No 41, Santafé de Bogotá, 1995.

REVISTA EN OTRAS PALABRAS (varios). Mujeres, familias y conflictos sociales. Revista En Otras Palabras. Grupo Mujer y Sociedad. Programa de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Corporación Casa de la Mujer de Bogotá. Bogotá D.C. Colombia. Enero – Junio de 2002. No. 10

REVISTA EN OTRAS PALABRAS (varios). Mujeres, Violencias y Resisten-

cias. Revista En Otras Palabras. Grupo Mujer y Sociedad. Programa de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Corporación Casa de la Mujer de Bogotá. Bogotá D.C. Colombia. Enero – Julio de 2001. No. 8

REVISTA FORO (varios). Mujeres y Política. Revista Foro. Santafé de Bogotá D.C., Colombia. No. 33. Diciembre de 1997 – Enero de 1998- Ediciones Foro Nacional por Colombia.

REVISTA NÓMADAS (varios). Las guerras contemporáneas. Revista Nómadas. Bogotá. Departamento de Investigaciones Universidad Central. Octubre de 2003. Número 19.

REYES Posada, Alejandro. “Territorios de la violencia en Colombia.” En: Silva, Renán (Editor). Territorios, regiones, sociedades. Centro de estudios de la realidad colombiana - CEREC- y Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Valle. Santafé de Bogotá, 1994. pp. 111 - 122.

REYES, Alejandro y BEJARANO, Ana María. Conflictos agrarios y lucha armada en la Colombia contemporánea. Una visión geográfica. En Análisis Político. No 5, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional, septiembre - diciembre de 1988.

REYES, Alejandro. Conflicto y territorio en Colombia. En Pérez Edelmira (Ed). El Campesinado en Colombia Hoy: Diagnostico y perspectivas. Pontificia Universidad Javeriana y ECOE. 1991.

REYES, Alejandro. Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea; Una visión geográfica. En Análisis Político, No 5. Sept - dic 1988.

REYES, POSADA Alejandro. 1991. Paramilitares en Colombia: contexto, aliados y consecuencias”. En: Análisis Político, No.12. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional.

RÍOS, José Noé y GARCÍA PEÑA, Daniel. Construir la Paz de mañana. Una estrategia para la reconciliación. Informe de la comisión exploratoria de Paz. Oficina del alto Comisionado para la Paz. Bogotá, 1997.

RUBIO, Mauricio. De las riñas a la guerra. Hacia una reformulación del diagnostico de la violencia en Colombia. Cede - Universidad de los Andes. Bogotá, 1997.

RUBIO, Mauricio. Los costos de la violencia en Colombia. Universidad de los Andes. Cede. Bogotá, 1997.

RUEDA, Blanca del Pilar. Mujer y conflicto armado. Ponencia presentada en el Seminario Mujer y desplazamiento forzado por la violencia. Girardot 13 y 14 de junio.

Convocado por el CONPES Centro Oriente y Consejería para Desplazados. 1997.

RUIZ CONTARDO, Eduardo. Luchas y conflicto. En Gonzalo Casanova, Pablo (coord.). América Latina hoy. México, siglo XXI, Universidad de las Naciones de las Unidas. 1990.

SALAZAR J., Alonso. Mujeres de fuego (372 p.). Medellín, Corporación Región, 1993.

SÁNCHEZ GÓMEZ, Gonzalo. Violencia, guerrillas y estructuras agrarias. En Nueva Historia de Colombia. Tomo II. Bogotá, Planeta, 1989.

SÁNCHEZ GÓMEZ, Gonzalo. Guerra y política en la sociedad colombiana. En Análisis Político. No 11. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional, septiembre - diciembre de 1990.

SÁNCHEZ, Gonzalo y PEÑARANDA, Ricardo (compiladores). Pasado y presente de la violencia en Colombia. Cerec - Iepri. Bogotá, 1991.

SÁNCHEZ, María Dolores. 1994. "La sustentabilidad del desarrollo" en: VARGAS, Ricardo, "Desarrollo Alternativo en Colombia: Pautas para una redefinición política". Ed. CINEP, Bogotá.

SANTACOLOMA, Luz Elena. La violencia en el campo: amenaza estratégica al desarrollo agropecuario / Sociedad, Educación Y Desarrollo. (Jul 1995); p.63-66

SANTANA RODRÍGUEZ, Pedro. Crisis política, impunidad y pobreza en Colombia. Corporación Viva la Ciudadanía. 1A Edición. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. Agosto de 1997.

SARMIENTO, Libardo. Colombia fin de Siglo: Crisis de hegemonías y ecosocialismo. Bogotá. Corporación ensayo y Error. 1997

SARMIENTO, Libardo. Exclusión, conflicto y desarrollo societal. 1A Edición. Bogotá. Ediciones desde abajo. 1999.

SARMIENTO, Libardo. Violencia y Acumulación capitalista en Colombia. En Revista Ensayo y Error, No 1 Santafé de Bogotá, 1996.

SEGURA ESCOBAR, Nora y MEERTENS, Donny. "Desarraigo, género y desplazamiento interno en Colombia" En: Revista Nueva Sociedad. No 148, Marzo-Abril 1997. Caracas, Venezuela.

SEGURA ESCOBAR, Nora y otros. "La mujer desplazada y la violencia" Informe de Investigación para la Consejería Presidencial para los Derechos Humanos. Bogotá, Marzo de 1996.

SEGURA ESCOBAR, Nora. Género Violencia y desplazamiento. Programa

por la Paz y Consejería Presidencial de derechos Humanos, Santafé de Bogotá, 1996.

SEGURA ESCOBAR, Nora. "Desplazamiento en Colombia: perspectivas de género". Revista Trimestral de la Fundación Foro Nacional por Colombia. No 34, Junio de 1998. Bogotá. Ediciones Foro Nacional por Colombia. pp. 5-11.

SEMINARIO SOBRE DERECHOS HUMANOS Y SERVICIOS LEGALES EN EL CAMPO. Proyecto de defensa de los derechos humanos de la mujer: balance y resultados. Segunda reunión de servicios jurídicos alternativos. Documentos; no. 1. (Bogotá: ILSA), 1988. -- pp. 2-47

SHIVA, Vandana. Exprimiendo a los campesinos: la privatización de la agricultura. En Hambre de Justicia. Acceso a los recursos productivos. Un derecho humano económico, No 9 Foordfirst Information & Action Network - FIAN - Heidelberg, Alemania, 1997

TOBON O, Gloria y OTERO V, Yuli. 1997. Mujeres y desplazamiento una realidad en la Ciudad de Montería. Corporación María Cano. Montería Córdoba 1997.

TOBÓN O., Gloria; OTERO V., Yuli. Mujeres y desplazamiento: una realidad en la ciudad de Montería (130 p.). Montería, Corporación María Cano, 1995.

TOBÓN OLARTE, Gloria. "Mujeres y Conflicto Armado." En: Nova Et Vetera. No. 29. Dic - Ene 1998. Boletín del Instituto de Derechos humanos "Guillermo Cano".

TOBÓN, Gloria y OTERO, Yuli. Mujeres y Desplazamiento. Una realidad en la ciudad de Montería. Montería. Corporación María Cano. 1995.

TOKATLIAN, Juan Gabriel y RAMÍREZ, José Luis (editores). La violencia de las armas en Colombia. Fundación Alejandro Abgel Escobar. Bogotá, 1995.

TORRES, Cesar y ALVAREZ, Alejandro. Apostando por la vida. Cartillas para la formación y organización de mujeres desplazadas por la violencia. CEDAVIDA, Convenio Interinstitucional de la Sociedad Colombiana de Pedagogía y la Fundación Social Colombiana. CEDAVIDA. S.f..

UNICEF. MEMORIAS: Acción para la igualdad, el desarrollo y la Paz. Red de organismos gubernamentales de la mujer en América Latina y el Caribe.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA. "Estructura familiar, niñez y conflicto armado. Informe de Investigación" Septiembre de 1997. Facultad de Derecho. Universidad Nacional.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA. Mujeres desplazadas y vio-

lencia, Santafé de Bogotá, 1996.

UPRIMNY, Rodrigo. Resolución democrática de los conflictos. Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán - Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Bogotá, 1996.

URIBE A., María Victoria. El bipartidismo como encubridor de la venganza de la sangre: la violencia en zonas rurales andinas (p. 15-28). Controversia: No. 162-163 / Dic. 1990. Bogotá, CINEP, Dic. 1990

URIBE, Victoria María y Vásquez Teófilo. Enterrar y Callar Las masacres en Colombia 1980 - 1993. Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos. Bogotá, 1995.

USECHE, Ximena. ¿Podéis ir en Paz? (p.14-15). En: Cien Días: vistos por Cinep Vol. v.9 No. 37 / Abr. - Jun. 1997. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, Abr. - Jun. 1997.

VALENCIA VILLA, Alejandro. El respeto a la vida en el conflicto armado colombiano: las exigencias militares deben ser siempre compatibles con el respeto a la persona / Su Defensor, 1995. Vol.3, no.25 (Ago. 1995); p.16-18.

VALENCIA VILLA, Alejandro. (compilador y editor general) Memorias Seminario Internacional Verdad y Justicia. En procesos de Paz o transición a la democracia. Realizado en Bogotá entre el 1 y el 3 de Septiembre de 1999. Segunda edición actualizada. Bogotá. Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, CINEP, Comisión Colombiana de Juristas, Fundación Social, Programa por la Paz-Compañía de Jesús. Junio de 2003.

VARGAS MEZA Ricardo. 1999. Fumigación y Conflicto. Santafé de Bogotá Editores-TNI-Acción Andina.

VARGAS MEZA, José Ricardo. Colombia y el área Andina: los vacíos de la guerra (p.53-72). Controversia: No. 169 / Nov. 1996. Santafé de Bogotá, D.C., CINEP, Nov. 1996.

VARGAS VELÁZQUEZ, Alejo. Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado / Bogotá: Cinep, 1992.

VARGAS VELÁZQUEZ, Alejo. Tres momentos de la violencia política en San Vicente de Chucurí. En Análisis Político. No 8 Bogotá, IPREI, Universidad Nacional de Colombia, septiembre - diciembre de 1989. Investigación Internet, Guerra y Paz. Cinep. 2003.

VÁSQUES D., Teófilo. Guerra en medio de la Paz (p. 13-16). En: Cien días:

No. 49 / 2001 sep. Cien días: No. 49 / 2001 sep.

VÁSQUEZ DELGADO, Teófilo. Un ensayo interpretativo sobre la violencia de los actores armados en Colombia (p. 59-103). Controversia: No. 175 / Dic. 1999. Santafé de Bogotá, CINEP, Dic. 1999.

VELA ORBEGOZO, Bernardo. De la guerra regular a la guerra de guerrillas: una aproximación ética al conflicto armado colombiano / Santafé de Bogotá: Defensoría del Pueblo, 1996.

VELA ORBEGOZO, Bernardo. Violencia En Colombia: La Guerra Tibia. Los Protagonistas Del Conflicto Armado Requieren Algo Mas Que Buenas Intenciones Para Hablar De Paz / Economía Colombiana. No.259-260 (agolpes 1996); p.48-49.

VELÁSQUEZ, Magdala. "Reflexiones sobre el conflicto armado desde una mirada feminista." En: Revista En Otras Palabras. Publicación Especializada Editada por grupo mujer y Sociedad, Programa de estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, Corporación Casa de la Mujer de Bogotá. No 8. "Mujeres, Violencias y Resistencias." Bogotá D.C. Colombia, Enero - Julio de 2001. pp. 20-31

VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. Colombia, conflicto armado, regiones, derechos humanos y DIH. 1998 - 2002. Vicepresidencia de la República. Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. Observatorio. Bogotá, Colombia, Segunda Edición, Realizada bajo la Vicepresidencia de Francisco Santos Calderón. Octubre de 2002.

WINDFUHR, Michael. ¿Escasez de recursos o escasez de acceso a recursos? En Hambre de Justicia. Acceso a los recursos productivos. Un derecho humano económico, No 9 Foordfirst Information & Action Network - FIAN - Heidelberg, Alemania, 1997.

Anexo 1.

Matrices para la sistematización

Matriz para la primera categorización. Tiempo Cronológico niña

La categorización se inició definiendo la unidad de análisis a partir de la cual se podía descomponer la información. Y se construyó una tabla que agrupara las categorías derivadas de las preguntas de las historias de vida y organizará las respuestas por la fuente de información.

Categorías iniciales (deductivas)	FUENTES				
	Historia de vida 1	Historia de vida 2	Historia de vida 3	Historia de vida 4	Historia de vida 5
Concepto(s) de poder (Conformación de la familia-toma de decisiones)					
Roles y jerarquías en la familia					
Concepto de conflicto familiar (Representaciones sobre conflictos familiares)					
Dimensiones personales y culturales sobre la afectividad					
Dimensiones personales y culturales sobre la sexualidad					
Dimensiones personales y culturales sobre el cuerpo					

Categorías iniciales (deductivas)	FUENTES				
	Historia de vida 1	Historia de vida 2	Historia de vida 3	Historia de vida 4	Historia de vida 5
Vida Comunitaria (Dimensiones de la vida comunitaria)					

Matriz para la primera categorización.

Tiempo cronológico mujer adulta afectada por el conflicto

Antes del conflicto					
Categorías iniciales (deductivas)	Historia de vida 1	Historia de vida 2	Historia de vida 3	Historia de vida 4	Historia de vida 5
Familia y conflicto armado					
Roles y jerarquías en la familia					
Conflictos familiares					
Dimensiones personales y culturales sobre la afectividad					
Dimensiones personales y culturales sobre la sexualidad					
Dimensiones personales y culturales sobre el cuerpo					
Vida comunitaria					

Después del conflicto					
Categorías iniciales (deductivas)	Fuentes				
	Historia de vida 1	Historia de vida 2	Historia de vida 3	Historia de vida 4	Historia de vida 5
Familia y conflicto armado					
Roles y jerarquías en la familia					
Conflictos familiares					
Dimensiones personales y culturales sobre la afectividad					
Dimensiones personales y culturales sobre la sexualidad					
Dimensiones personales y culturales sobre el cuerpo					
Vida Comunitaria					
Formas de resistencia y respuesta – Público					
Formas de resistencia y respuesta – Privado					
Concepto de sí misma en el conflicto					
Concepto del conflicto					

Después del conflicto					
Concepto de actores armados y sus prácticas –Público					
Concepto de actores armados y sus prácticas –Privado					

Segunda matriz para la categorización y el establecimiento de sub-categorías. Tiempo cronológico niña, mujer adulta antes y después del conflicto

Después de la primera categorización, se reorganizaron las categorías que arrojaron resultados que podría ser agrupados en otros temas, teniendo en cuenta los tiempos cronológicos en los cuales se periodizaron las historias de vida:

Tiempo cronológico niña, mujer adulta antes y después del conflicto – familia y dinámicas		
Categoría deductiva (general)	Historia de vida 1	
	Proposiciones agrupadas por temas	Categorías inductivas (subcategorías)
Concepto(s) de poder. (Conformación de la familia: toma de decisiones y roles)		Ejercicio de autoridad en la familia
		Toma de decisiones relativas al hogar
		Toma de decisiones relativas a la vivienda
		Toma de decisiones relativas a la economía
		Toma de decisiones relativas a la educación
		Forma en que se tomaban las decisiones

Tiempo cronológico niña, mujer adulta antes y después del conflicto – familia y dinámicas		
Roles y jerarquías en la familia		Rol principal de la madre
		Rol principal de las mujeres
		Rol principal del padre
		Rol principal de los varones
		Tres roles asignados cuando niña a la entrevistada
		Persona más poderosa para la entrevistada
Concepto de conflicto familiar (Representaciones sobre conflictos familiares) Sujetos(as) entre los que se presentaban más conflictos		Persona con más autoridad para la entrevistada
		Situaciones que generaban más conflictos familiares
		Formas de resolución de conflictos familiares
		Respuesta de la entrevistada a los conflictos familiares
		Respuesta de la entrevistada cuando estaba involucrada en el conflicto
		Persona a la que acudía la entrevistada
		Sujeto(s) a(s) que resolvían los conflictos
		Prácticas de resolución más frecuentes: diálogo, silencio, violencia física y/o verbal
		Miembros de la familia que ejercían estas prácticas
		Situaciones en las que se ejercían estas prácticas

Tiempo cronológico niña, mujer adulta antes y después del conflicto – familia y dinámicas		
Dimensiones personales y culturales sobre la afectividad		Principal recuerdo sobre el afecto, el amor y la amistad con niños y niñas
		Normalización y Calificación de los roles de las niñas
		Expresiones de afecto entre padre y madre
		Persona que más la influenció (de niña) en su afectividad
Dimensiones personales y culturales sobre la sexualidad		Educación sexual
		Conceptos de la familia sobre la sexualidad y el afecto
		Persona que más la influenció en su sexualidad
		Reconocimiento a los sentimientos, pensamientos y deseos de las niñas
		Sujetos(as) y permisividad en las demostraciones de afecto
Dimensiones personales y culturales sobre el cuerpo		Gusto por el propio cuerpo
		Posibilidad de realizar la voluntad propia
		Sueños de niña
		¿Qué quería ser como mujer?
		Sujetos(as) y permisividad en las demostraciones de sexualidad

(Footnotes)

- ¹ NICHOLSON, Linda J. Compiladora. *Feminismo y posmodernismo*. Feminaria. Editora Buenos Aires. 1992. Pp. 27.
- ² HARAWAY, Donna J. *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. España. Ediciones Cátedra. 1995. Pg. 322.
- ³ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 319-320.
- ⁴ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 321.
- ⁵ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 319-320.
- ⁶ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 324.
- ⁷ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 325-326.
- ⁸ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 327.
- ⁹ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 328.
- ¹⁰ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 329.
- ¹¹ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 341.
- ¹² HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 343.
- ¹³ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 345.
- ¹⁴ HARAWAY, Donna J. 1995. Op-cit. Pp. 346.
- ¹⁵ MIES, María. ¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista?. El debate en torno a la ciencia y la metodología feminista en Debates en torno a la metodología feminista. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México. 1998. Pp. 99.
- ¹⁶ MASSOLO, Alejandra. "Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México." En multicopiado. Sin datos. Pp. 13.
- ¹⁷ MASSOLO, Alejandra. Op-cit. Pg. 11.
- ¹⁸ MASSOLO, Alejandra. Op-cit. Pp. 10.
- ¹⁹ MASSOLO, Alejandra. Op-cit. Pp. 16.
- ²⁰ MASSOLO, Alejandra. Op-cit. Pp. 19.
- ²¹ Nasa significa gente, ser humano y, yuwe significa boca, palabra, idioma. En consecuencia se trata del idioma de los nasa.
- ²² Caramantúa, es canto tradicional. Tomado de Alé Kuma Cantaoras.
- ²³ JONASDOTTIR, Ana. El poder del amor: ¿Le importa el sexo a la democracia?. Colección feminismos. Ediciones Cátedra. Madrid. 1993. Pp. 45.
- ²⁴ ORTIZ- OSÉS, Andrés. *Mundo, Hombre y Lenguaje Crítico*. Ediciones Sígueme: Salamanca. 1975. P. 20.
- ²⁵ LAGARDE, Marcela. *Identidad genérica y feminismo*. Instituto Andaluz de la Mujer, Sevilla España. 1998. Pp. 15-16.
- ²⁶ CLADEM-CORPORACION CASA DE LA MUJER, *Diagnóstico sobre derechos sexuales y reproductivos, Colombia 1995-2000*, p. 15. Bogotá 2004.
- ²⁷ La estrategia bélica de las fuerzas combinadas militares-paramilitares pretende dar solución de continuidad sobre esta espacialidad en forma de herradura. Uno de los extremos se inicia en el eje de producción petrolera (las dos vertientes de la cordillera Oriental) y del oleoducto que concluye en el golfo de Morrosquillo. Igualmente buscan controlar las zonas de cultivos ilícitos en las altillanuras del Orinoco y Amazonas, y el territorio estratégico para la construcción del canal interoceánico. Lo anterior explica la alianza de las autodefensas de Córdoba y Urabá (controladas por los hermanos Castaño) y los paramilitares dirigidas por Víctor Carranza (controlan zonas de Cundinamarca, Boyacá, Meta y Casanare), en la autodenominada organización Autodefensas Unidas de Colombia. De esta forma ejército y autodefensas hacen presencia y ejercen control en las zonas petroleras de Putumayo, Casanare, Meta y a lo largo del Magdalena. Los ejércitos de la insurgencia operan en estas áreas, por lo que el nivel del conflicto es más agudo en estas zonas. Ello explica la acción militar a través de bombardeos y operativos en las llanuras del Yari, las altillanuras del Orinoco, zonas de cordillera y Chocó biogeográfico. Estas acciones afectan principalmente a las comunidades allí asentadas, teniendo que desplegar diversas formas de sobrevivencia y provocando innumerables desplazamientos forzosos por razones de la violencia política y los intereses económicos asociados.
- ²⁸ Esta situación explica los procesos de privatización de las empresas del Estado, las medidas de desregulación económica y las nuevas leyes que entregan la soberanía del subsuelo y la biodiversidad a las transnacionales, violando los derechos de los colombianos establecidos en la Constitución- el caso que afecta la comunidad indígena U'wa es uno de los más ilustrativos-.
- ²⁹ CLADEM-CORPORACION CASA DE LA MUJER, 2004, op-cit. Pp. 15.
- ³⁰ CONFLICTO URBANO Y DERECHOS HUMANOS EN MEDELLÍN. BALANCE DESDE DIFERENTES SECTORES SOCIALES - 2002. IPC. Primera edición Mayo 2003, Medellín. P. 18.
- ³¹ Hipótesis corroborada durante el trabajo de campo realizado para la monografía de grado titulada "Mito-Identidad-Territorio. Una Propuesta de Hermenéutica Urbana. El caso de la Antioqueñidad en Medellín." Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia. 1995 por López, Sandra y Murillo, Gonzalo. Trabajo en el cual se indaga por la antioqueñidad como mito, es decir matriz de significación que sirve de lecho a la configuración de un ser cultural.
- ³² POVEDA, Sandra. El Putumayo como escenario de las políticas antidrogas, y la afectación en la vida de las mujeres. Ruta Pacífica de las Mujeres. 2003. Pp. 17.
- ³³ SÁNCHEZ, María Dolores, "La sustentabilidad del desarrollo" en: VARGAS, Ricardo, "Desarrollo Alternativo en Colombia: Pautas para una redefinición política". Ed. CINEP, Bogotá, septiembre 1994. Pp. 11.

³⁴ MINISTERIO DEL MEDIO AMBIENTE. "El Putumayo, el medio ambiente y los cultivos de uso ilícito". Bogotá enero de 1999.

³⁵ VARGAS MEZA Ricardo. Fumigación y Conflicto. Santafé de Bogotá 1999. TM Editores-TNI-Acción Andina. Página 107.

³⁶ POVEDA, Sandra. 2004. Op-cit Pp 22

³⁷ POVEDA, Sandra. 2004. Op-cit Pp 26

³⁸ Se entienden como los mecanismos culturales que las instituciones y las personas interiorizan como dados, y que estructuran la subjetividad.

³⁹ POSADA GONZÁLEZ. Carmen. Estudio Exploratorio "Interrelaciones entre la violencia intrafamiliar y la violencia socio – política". CERFAMI, Centro de Recursos Integrales para la Familia. Consejería para la Mujer. Medellín 2000. P 8.

⁴⁰ CONFLICTO URBANO Y DERECHOS HUMANOS EN MEDELLÍN. Balance desde Diferentes Sectores Sociales - 2002. IPC. Primera edición Mayo 2003, Medellín. P 89

⁴¹ MENDOZA, BALCÁZAR Ursula. Impacto del Conflicto Armado sobre las Mujeres Afro colombianas. Fundamentado en la información aportada por las mujeres participantes en el taller nacional con mujeres afro colombianas "Efectos de la violencia del conflicto armado en las mujeres afro colombianas", organizado por la Mesa de Trabajo "Mujer y Conflicto Armado", septiembre 23 a 25 de 2002. En Mujer y Conflicto Armado. Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres y niñas en Colombia. Tercer Informe 2002. Bogotá, 2003. P 23

⁴² Es necesario señalar que las diversas dinámicas de desplazamiento expresan también la existencia de un conjunto de conflictos y guerras regionales, dentro de las cuales los escenarios son muy diversos coyuntural e históricamente.

⁴³ Cf. REYES, POSADA Alejandro. Paramilitares en Colombia: contexto, aliados y consecuencias". En: Análisis Político, No.12. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional. Enero – Abril de 1991. Pp.10.

⁴⁴ Cf. PUYANA Yolanda y MUTIS Aura María. Cultivos Ilícitos y desplazamiento en la Amazonia y la Orinoquía. En: Desplazados, Migraciones internas y Reestructuraciones Territoriales. Editores: Fernando Cubides, Camilo Domínguez. Observatorio Socio – político y Cultural – Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Ministerio del Interior. 1999. Pp. 8.

⁴⁵ Cf. CODHES INFORMA Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. No. 34. Alarma en las Fronteras por el Plan Colombia. Bogotá. 2000. Pp.5.

⁴⁶ TOBON O, Gloria y OTERO V, Yuli. Mujeres y desplazamiento una realidad en la Ciudad de Montería. Corporación María Cano. Montería Córdoba 1997. Pp. 22.

⁴⁷ MEERTENS Donny. Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género. En la revista Foro No 34 Ediciones Foro Nacional por Colombia. Bogotá junio de 1998. Pp. 16.

⁴⁸ MESA DE TRABAJO MUJER Y CONFLICTO ARMADO. Informe Preliminar para la relatora especial de Naciones Unidas sobre violencia contra las mujeres. Bogotá, 2001. Pp.7.

⁴⁹ Comisión Colombiana de Juristas. Situación de las mujeres y niñas víctimas de violencia sociopolítica y el conflicto armado en Colombia, Bogotá, marzo de 2000. mimeo.

⁵⁰ La Convención sobre los Derechos del Niño, en su artículo 1º, define una niña o niño como persona menor de 18 años.

⁵¹ Se clasifican como "jóvenes" las víctimas respecto de las cuales la fuente o la noticia exprese esa característica, sin precisar la edad, y las víctimas con edades expresadas de 18 a 25 años incluso.

⁵² MENDOZA, BALCÁZAR Ursula. Impacto del Conflicto Armado sobre las Mujeres Afro colombianas. En Mujer y Conflicto Armado. Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres y niñas en Colombia. Tercer Informe 2002. Bogotá, 2003. P 33

⁵³ CUERO, Margarita. Olaymeló. Tomado de Alé Kuma Cantaoras. Con esta canción Margarita Cuero enseñó a sus nietas Benigna y Emeris, las voces del currulao.

⁵⁴ LÓPEZ, MARTÍNEZ. Esther. Fragmento del poema Es Difícil. En Lluvia de Palabras. Centro literario de Antioquia. Poemario 15 años. Medellín. 1994. P 15

⁵⁵ LAGARDE Marcela. 1998. Op-cit. Pp. 21.

⁵⁶ LAGARDE Marcela. 1998. Op-cit. Pp. 43.

⁵⁷ LOPEZ CASTAÑO, Martha. Del dolor y el exilio, a la construcción de la identidad femenina de las mujeres desplazadas. Bogotá, 1996. Pp. 43.

⁵⁸ LAGARDE Marcela. Los cautiverios de las mujeres: madre esposas, monjas, putas, presas y locas. Universidad Autónoma de México, UNAM, 1997, Pp. 177.

⁵⁹ LAGARDE Marcela. 1997. Op-cit. Pp. 180.

⁶⁰ LAGARDE Marcela. 1997. Op-cit. Pp. 190..

⁶¹ BURIN Mabel. Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires Argentina, 1987. Pp 129.

⁶² BURIN Mabel. 1987. Pp. 130.